



**ESPAÑA DE MIERDA**

**ALBERT  
PLA**



rocabolsillo | ficción

# España de mierda

Albert Pla



**Rocaeditorial**

# ESPAÑA DE MIERDA

Albert Pla

UNA NOVELA *ON THE ROAD* HILARANTE, BELLA, ONÍRICA Y CANALLA POR LAS TIERRAS DE ESPAÑA.

Raúl Gadea, un joven cantante uruguayo, y Tito, su representante y máximo exponente del Madrid de Lavapiés, se embarcan en una gira de conciertos por varias ciudades españolas. En su periplo quijotesco, un viaje iniciático y rocanrolero no exento de crítica salvaje, vivirán episodios tan surrealistas como epifánicos, dotados de lírica y realismo cruel. Las aventuras y desventuras de Raúl y Tito reflejan el espíritu de nuestro tiempo, el desconcierto del individuo ante un paisaje cambiante sin rumbo fijo, y dan fe del sabio, fresco y original estilo narrativo del autor: directo, lúcido, cómico-visceral, sensible, preciosista, tierno, cabrón.

Albert Pla irrumpe con fuerza en el panorama literario con este impresionante debut, lanzándose a los caminos de la ficción con una voz tan personal como única.

## ACERCA DEL AUTOR

**Albert Pla** (Sabadell, 1966) es uno de los cantautores más conocidos de la escena nacional. Singular e irrepetible, publicó su primer disco, *Ho sento molt*, en 1989. A este le siguieron otros álbumes como *No solo de rumba vive el hombre* (1992), *Supone Fonollosa* (1995), *Veintegenarios en Albuquerque* (1997), *Canciones de amor y droga* (2003) o *La diferencia* (2008). En su faceta de actor, ha sido protagonista de la obra teatral de Helmut Krausser *Caracuero*, de *Llits*, de Lluís Danés, y de *El malo de la película*, de la que además fue director. También ha colaborado en films como *Airbag*, de Juanma Bajo Ulloa, *Honor de cavalleria*, de Albert Serra, *A los que aman*, de Isabel Coixet, y *Murieron por encima de sus posibilidades*, de Isaki Lacuesta. Con *España de mierda* inicia una nueva etapa como novelista.

## ACERCA DE LA OBRA

«Tito subió al auto con un resacón evidente, una dignidad envidiable y tarareando una canción imposible.

—En cuatro horitas estamos en Madrid.

Lo dijo como si la cosa fuera fácil, pero Raúl sabía que cuatro horas de distancia por una carretera en España podían ser eternas. Podía suceder de todo y llegar a ver todo tipo de paisajes y maneras de vivir. Viva Rosendo.

Dejaron atrás Murcia y entraron en la provincia de Albacete. Pasaron por Hellín, Tobarra y Pozo-Cañada.

Vieron llover, nevar, caer granizo, sufrieron vientos huracanados y un sol de mil demonios. Subiendo inexplicablemente por la sierra de las Cabras, vivieron un duro invierno de tres horas y ochocientos cuarenta y cinco curvas que acabó de sopetón en una meseta eterna, seca y calurosa. A Raúl le dio la sensación de que, en apenas media mañana, habían visto

un desierto similar al de Atacama, una estepa más enorme que la Pampa y la montaña más alta y fría de los Andes.

—El tiempo está un poco raro, ¿verdad?»

# Índice

Portadilla  
Acerca del autor

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX  
XX  
XXI  
XXII  
XXIII  
XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

Créditos

## I

—Pues a mí la catedral me parece una mierda —dijo Tito.

—Una puta mierda —añadió Julián.

—Muy grande —constató Raúl.

Tito, Julián y Raúl contemplaban la catedral de Santiago de Compostela.

—A esos hijos de puta de curas siempre les ha gustado hacer las cosas a lo grande.

Tito era cuarentón, mánager de profesión y estaba hasta los huevos de todo. Despreciaba Santiago por provinciana; como buen madrileño, pensaba que el barrio de Lavapiés era el centro del mundo y que Galicia simplemente era el sitio al que los madrileños iban de vacaciones.

—Malditos curas, han hecho más daño a este país que los mismísimos Borbones —continuó Tito. Estaba de buen humor, como Julián.

—A mí no me tienes que convencer, Tito, ya sabes lo que pienso: me cago en el rey y en la reina y en todos sus antepasados, que hicieron más daño a este país que la puta Iglesia que los ampara y los bendice. Me cago en Dios y en su gracia divina.

Julián era gallego, líder de la banda punk Siniestro Total, y hacía tiempo que quería conocer a Raúl, un joven uruguayo de veintidós años que iba a dar en Santiago el primer concierto de una gira que le llevaría por toda España. A Julián le habían llegado voces que aseguraban que el chico cantaba como nadie; que su hilo de voz era capaz de quemar el techo de cualquier catedral. Y allí estaba Julián, como buen anfitrión, mostrándole a Raúl la ciudad.

—A mí me parece muy grande —repitió Raúl.

Julián, que era cantante punk pero también un tipo muy culto, se puso pedagógico e intentó explicarle la historia del edificio.

—Aquí está el sepulcro del apóstol Santiago, que convirtió este templo en uno de los principales destinos de peregrinación de Europa durante la Edad

Media. Era el Camino de Santiago, una ruta iniciática que seguía la estela de la Vía Láctea...

Tito le interrumpió:

—Pero ¿de verdad alguien cree que aquí está enterrado Santiago? Yo no me creo ni que existiera. ¡Un apóstol de Jesús! No me creo ni que existiera Jesús, mira qué te digo.

Julián prosiguió sin hacerle caso:

—Según la tradición, el apóstol Santiago difundió el cristianismo en la península ibérica. Todos los ahorcados mueren empalmados, pero él fue decapitado en Jerusalén. Luego sus restos fueron trasladados a Galicia en una barca de piedra. Siempre según la leyenda, su tumba fue descubierta en el año 814 por el ermitaño Pelayo, cuando contempló unas luces extrañas en el cielo nocturno.

—¿Barcas de piedra?, ¿luces extrañas? ¿Hay chorradas más absurdas que las que se inventaron los cristianos? —preguntó Tito.

—¿Las que se inventaron las otras religiones? —contestó Julián.

Entonces Raúl preguntó:

—¿Así que creéis que Jesús no existió?

—¿Quién dice que sí existió? No me voy a fiar de lo que cuentan unos mamarrachos con faldas que, en nombre del tal Jesucristo, han mentido, robado y asesinado durante veinte siglos. Menuda patraña.

Esta vez fue Julián quien interrumpió la soflama de Tito:

—Como empresarios son geniales: se han enriquecido durante veinte siglos vendiendo un producto que no existe. Picos de oro. Y luego, claro está, han tirado de pico y pala, y de oración de ladrillo, erigiendo altares, colgando crucifijos con hilo musical de campanario. No es Jesús, Raúl, es España, la hostia, un montón de pueblos de mala muerte con iglesias de puta madre en medio. Y pensar en todos los niños que juegan ingenuos en la plaza de la catedral...

Tito suspiró, y recordó por primera vez aquella pelota que se le quedó colgada cuando era niño en el tejado de la parroquia de Lavapiés. Empezaba a llover.

—¿Te ha gustado la catedral, Raúl?



—Es muy grande.

El uruguayo estaba confuso, pues pensaba que en España todo el mundo era católico. No sabía qué decir; jamás creyó que oiría a dos españoles cagándose en Dios de ese modo.

Tito sonrió.

—En fin, ya está todo visto. Esta es la plaza del Obradoiro, esta es la catedral y allí está la calle de las tascas.

—¿Cuándo se come aquí? ¿Echamos otra caña? —propuso Julián.

—Sí, que esto apesta a concha de vieira podrida —sentenció Tito.

Tito se las daba de fino, pero era un bestia, y Julián se las daba de bestia, pero era un fino. Raúl, entre ellos, parecía más bajito de lo que era en realidad. Ellos eran altos y flacos, mientras que Raúl era más bien chaparrito, de cintura ancha y hombros estrechos.

Se sentaron en la barra de una tasca de la calle Fraga Iribarne y pidieron unos mejillones y tres cañas.

## II

El primer concierto de Raúl Gadea en Europa; mejor dicho, en España; o mejor, en Galicia; o aún mejor, en Santiago de Compostela, tuvo lugar en una sala rocanrolera de toda la vida, la sala Francisco Franco.

Era la típica sala de tubo, donde se podían meter hasta doscientas personas de pie. Había una barra más larga que un día sin pan que se extendía desde la puerta de entrada hasta el borde del escenario. Al parecer, el equipo de sonido que tenían había sido toda una revolución en 1984, pero ahora se caía a trozos. El camerino era el almacén de las cajas de bebidas.

Tal vez por los nervios, las primeras dos canciones las cantó Raúl con mucho cuidado y algo de miedo. No sabía cómo reaccionaría el público español, pero la gente no tardó en transmitirle que estaba con él, dispuesta a escucharle. Eran francotiradores sensibles y exaltados, que disparaban expectantes una curiosidad infinita hacia ese nuevo cantante uruguayo. La lucha entre la barra y el cantante estaba en su apogeo. La barra se empeñaba en estropear el concierto con sus relucientes *gin-tonics*, su ruido de neveras, cajas registradoras y barriles de cerveza arrastrándose por el suelo. Pero perdía claramente ante un cantante inspirado, el público tenía fe en él, y lo pondrían todo de su parte para salir de la sala encantados de la vida, a pesar de la barra, del aire acondicionado y del sonido infecto.

A los diez minutos, Raúl empezó a sentirse confiado. Interpretó la canción *La lagartija del antifaz* y el público parecía entusiasmado. Sin embargo, cuando todo presagiaba que iba a ir bien, sucedió uno de esos intangibles que solo pueden sufrir los artistas.

Son muchos los imprevistos que pueden sucederle a un cantante a lo largo de un concierto: puede que vea el foco que tiene encima de la cabeza

desenganchándose lentamente de la tuerca que lo sostiene, o puede no oírse la voz por los altavoces del escenario, o que no funcione el pedal de la guitarra, o que esta se desafine inexplicablemente, o que se le rompa una cuerda —las guitarras son muy caprichosas—; también puede quedarse afónico de pronto: ¿alguien sabe lo difícil que es cantar intentando disimular que no se tiene voz?

También puede que le duela horrores una muela, o que le pique un huevo.

Puede que su mujer se haya fugado con el productor y toda la recaudación del concierto un minuto antes de empezar el espectáculo.

O, algo más común, puede tener una resaca de mil demonios.

Por supuesto, el público no puede percibir ninguna de estas cosas. Si las descubriera, despertaría del estado de hipnosis en el que navega y empezaría a sentirse incómodo. Mal asunto.

La cuestión es que Raúl se encontraba raro, como pesado. No comprendía qué le pasaba. Tal vez había comido en exceso. Por su mente pasó un mejillón volando, y una almeja saltándole de oreja a oreja por el interior del cerebro. Sintió como si una empanada gallega estuviese estrangulando con sus intestinos a un pobre camarón dentro de su estómago.

Y Raúl cantaba, disimulando el mal cuerpo: era un profesional.

Ahora estaba seguro: era el inicio de la marea, había comido demasiado. Tito y Julián lo habían llevado de tascas toda la tarde y habían tragado como cerdos, inflándose a comida. Raúl no había querido ofenderlos y también se había puesto fino. Pero algo le había sentado mal, no sabía si los mejillones, o las chirlas, o el queso, o la empanada de la señora María que le obligaron a comer hacía apenas una hora.

Y cantaba, como si tuviese un acuario de albariño donde miles de peces se mordían entre ellos e intentaban escapar de sus tripas reventándole el estómago.

Y cantaba, pero veía estrellitas, la Vía Láctea sobre la bilis densa y nocturna de la platea. Le parecía que el público se aburría, que ponía mala cara, que estaban a punto de abandonar el barco. Seguían meciéndose, bailando, pero Raúl solo veía mejillones vomitados por su estómago mareado. Su frente sudaba. Se imaginó todas las desgracias posibles, lo pasó

mal. Estaba seguro de que cuando el concierto terminara las cuatrocientas personas del público le abuchearían sin piedad. Pero fue todo lo contrario: cuando acabó, la gente estaba enloquecida. Gran ovación. Tormenta de palmas. Ola de aplausos. Chapoteo, que no chapapote.

Había sido un éxito. Tito estaba encantado. Felicitó a Raúl con una palmada en la espalda que por poco le disloca la clavícula.

—¿Has visto qué tías más buenas había entre el público?

En la puerta del camerino se agolpaban una veintena de personas para hacerse una foto con Raúl.

Julián también parecía feliz. Le dio un abrazo efusivo y un beso en la frente.

—Gracias por tu música.

—Gracias por la tuya —contestó Raúl. Y se sintió bien abrazando a Julián. Esa era su mejor recompensa.

### III

Por fin Raúl estaba en Europa, la tierra de sus antepasados. No podía dormir. El hotel de Santiago donde Tito y él se hospedaban se construyó antes de que los españoles invadieran América; le costaba imaginar cuántas cosas habrían sucedido en ese inmueble. Frente a su cama había una tosca reproducción de *La última cena*, de Leonardo da Vinci. Raúl se acordó de su familia y de cómo su antepasado Jorge Gadea llegó a América casi cinco siglos atrás.

La historia de Jorge Gadea formaba parte de los cuentitos que sus padres le explicaban cada noche antes de dormir. El malo de estos cuentos, y el culpable de que Jorge Gadea emigrara a América, siempre era Leonardo da Vinci.

Era el inverosímil año 1510 cuando la madre de Jorge lo metió en una carabela rumbo a América. La familia había vivido durante muchos años en Milán bajo el yugo del multidisciplinar genio florentino. Antes de embarcar, su madre le cubrió de besos y abrazos, asegurándole que ese viaje sería menos peligroso que seguir al servicio de Leonardo da Vinci. No quería que el destino de Jorge fuera el mismo que el de su padre y hermanos.

Los Gadea, igual que los Borgia, llegaron a Italia desde Valencia, pero al contrario que los Borgia, no tuvieron ningún éxito social. Acabaron como criados de algunos señores de Milán.

Jorge siempre había sentido miedo de aquel excéntrico señor. Leonardo da Vinci vestía raro, olía mal, caminaba con altivez, llevaba una barba enorme, terrorífica, y siempre que podía le manoseaba con cualquier pretexto, diciéndole que era como un ángel y que algún día tenía que pintarlo vestido de querubín.

Jorge odiaba a Leonardo da Vinci, el responsable, con sus inventos imposibles, de la muerte de casi toda su familia. El maestro no era el gran genio ni el semidiós al que todos adoraban; el lumbreras no era más que un déspota sin escrúpulos, un asesino.

Nunca se preocupó por sus sirvientes, estaba demasiado ajetreado inventando tanques de madera, buscando colorines imposibles o tratando de volar por el cielo.

El gran Leonardo quiso ser un pájaro, pero fue demasiado cobarde para afrontar tal reto, de modo que obligó al padre de Jorge a subirse a su maldita máquina voladora, y este se estrelló contra el peñasco más alto de la Toscana.

Luego dijo que la máquina no tenía la culpa; había sido un error humano, un fallo del piloto. Así que obligó a su hermano Manuel a subirse a otro de esos artilugios infernales, que también se estrelló. Esta vez contra la torre del Palazzo Vecchio de Florencia.

Leonardo da Vinci, el gran pirómano, el absurdo inventor de absurdos como la cocina que presuntamente debía solucionar los problemas de la humanidad. ¿Acaso Leonardo se preocupó cuando Matías Gadea, el hermano mayor de Jorge, quedó pulverizado cuando explotó la maldita cocina?

Ni siquiera le importó, tan solo le importó el hecho de quedarse sin criado y sin cocina.

Para el gran inventor, la muerte del padre de Jorge y de sus hijos Manuel y Matías solo fue un contratiempo. Ordenó que los sustituyeran por su pobre hermana María, y la metió dentro de un asqueroso pastel de gelatina inmenso para que se la comieran las ratas.

¿Qué le importaba su hermana? ¿Lloró por ella? No. Solo le interesaba impresionar al duque de Milán con aquel diabólico y gigantesco pastel asesino.

¿Qué se podía esperar de un tipo como Leonardo da Vinci, que fue capaz de mandar a la mina más lejana y profunda al joven Mario Gadea, de apenas catorce años? Mario murió de agotamiento y de tos solo para conseguir el pigmento que habría de tinter la capa roja del apóstol Judas Tadeo en su insípido fresco *La última cena*. ¡Vaya bodegón indigesto!

Mario era un buen muchacho, igual que sus hermanos. Pero ¿acaso Leonardo se acordaba de los rostros de todos los hombres que habían muerto a su servicio? No. A él solo le interesaba por qué falló el mecanismo del muelle que ajustaba la catapulta imposible que le reventó la cabeza al pequeño Francisco Gadea.

Jorge lloró por sus hermanos. Lloró por su hermano Alejandro, la primera víctima de un tanque cuando ni siquiera existían los tanques. También lloró por Miguel, que murió aplastado bajo una tonelada de bronce. Sus cuerpos destrozados sirvieron luego a Leonardo da Vinci para jugar a los médicos en ese oscuro sótano donde los desmembró sin piedad en nombre de la ciencia.

El gran Leonardo tenía sed de gloria, de reconocimiento y de dinero.

La madre de Jorge sabía que Leonardo da Vinci pasaría a la historia porque a la gentuza como él le importaba más la mirada enigmática de la puta Gioconda que la vida y la muerte de un puñado de miserables. ¿Quién recordaría el sacrificio de los Gadea? El arte no tiene humanidad.

La madre de Jorge solo deseaba que su pequeño escapara de las garras de Leonardo, alejarlo de Milán lo antes posible y llevarlo al otro lado del mundo, donde jamás podría encontrarle por muchos submarinos y aviones que inventara.

Por esa razón metió a Jorge en la carabela que partía hacia América. Era su única esperanza, pues ella ya no podía tener más hijos: Leonardo la había dejado estéril cuando creyó haber inventado un remedio genial para la jaqueca.

Si Jorge conseguía llegar a América, el apellido de los Gadea no desaparecería, la estirpe tendría una oportunidad.

La carabela se alejaba mar adentro rumbo a América, con Jorge Gadea de grumete.

—Adiós, hijo mío, te quiero mucho —dijo su madre entre lágrimas. Y mirando al suelo, con rabia, masculló—: Y a ti, Leonardo da Vinci, solo quiero decirte que eres un maldito quejica, maricón, cobarde, avaricioso y egoísta. Y no eres ni mucho menos un genio. Yo te maldigo.

Y se tiró al mar.

Raúl adoraba esta historia, y la de otros muchos antepasados de su madre. Su madre tenía una voz dulce, expresiva, sabía contar historias y cantar muy bien los cuentos.



## IV

Tito y Raúl habían quedado con Julián a las doce del mediodía en un bar cercano al hotel en el que al parecer servían unas tapas de cangrejo espectaculares. Pero Julián, como buen rockero, no se presentó.

Raúl estaba ansioso por salir enseguida de gira por España, pero Tito le propuso almorzar antes.

—No me apetece mucho comer.

—No te preocupes, que hoy no hay bolo. Esto no te va a sentar mal seguro; los sitios donde Julián nos llevó ayer eran una mierda, pero este restaurante es el mejor de todo Santiago, te lo juro. Prueba los mejillones en gabardina.

Hoy Raúl descubriría que los españoles solo hablan de negocios durante el almuerzo o cuando van de copas.

—No tengo mucha hambre.

—¿Te parece que hagamos la liquidación del bolo ahora? Así nos la sacamos de encima. A ver, entraron doscientas personas, estuvo a tope. A veinte euros cada uno serían cuatro mil euros, pero tenemos que restar diez invitaciones. Total, que cortamos doscientas noventa entradas: tres mil ochocientos euros, menos el diez por ciento de autores... Nos quedan tres mil trescientos veinte euros. Menos el veintiuno por ciento del IVA, nos quedan dos mil seiscientos. Menos el alquiler de la sala que son quinientos, nos quedan dos mil cien. Menos la pegada de carteles, nos quedan mil ochocientos. Menos los gastos de hotel y comidas, nos quedan mil doscientos. Menos la retención del IRPF, nos quedan novecientos euros. El billete de avión costó mil cien euros. Si quieres, lo liquidamos ahora: solo me debes doscientos euros y estamos en paz. La comida la pago yo.

Raúl se quedó atónito. ¿Cómo podía ser que una recaudación de cuatro mil euros se convirtiera en novecientos euros para el artista y sin siquiera amortizar el billete de avión?

—Bienvenido a Europa, compañero, estos hijos de puta se lo quedan todo. Pero tranquilo, que nos vamos a forrar. En los bolos de León y Salamanca empezaremos a ganar algo. Luego viene Madrid; allí seguro que se quedan flipados contigo y nos salen un montón de bolos. Vamos a arrasar. Te lo juro.

Raúl no entendía muy bien ni el optimismo de Tito ni la cantidad de impuestos y comisiones que tenían que pagar. Ya le habían dicho que las cosas no iban muy bien en España, pero no creía que estuvieran tan mal. No desconfiaba de Tito y, aunque todo era un poco raro, tampoco le pareció que le mintiera.

Tito era un tipo alto y en otros tiempos incluso fue atractivo, pero la mala vida le afeó un poco. Hablaba rápido, mucho y seguro de sí mismo. No se cortaba ante nada ni ante nadie; la sinceridad, según él, era la mayor virtud del hombre. Aunque sus verdades fueran tonterías supinas fuera de lugar. Y, sobre todo, cuando decía «te lo juro» era que mentía seguro.

De joven pudo ser un brillante estudiante de historia —estaba loco por la egiptología—, pero lo dejó por una mujer que lo arrastró al mundo del rock and roll.

La chica se llamaba Bibiana. A finales de los ochenta le presentó a Ray Heredia, uno de los fundadores de Ketama, autor de uno de los discos más fantásticos de la historia del pop español: *Quien no corre vuela*.

Tito, con su cálido desparpajo y su sensibilidad chulesca de Lavapiés, empezó así su carrera como mánager, acompañando a Ray Heredia de bolo en bolo y de radio en radio, hasta que este murió de sobredosis.

Después de pasar por todos los departamentos de promoción de todas las discográficas, en aquella época, las multinacionales como Warner, EMI y Sony eran el criadero de los modernos y los cheques dieta, Tito empezó a trabajar como *road manager* de Antonio Flores, pero Antonio también murió de sobredosis.

Siguió errando por los años noventa, intentando montar radios pirata primero y radios por Internet después.

Acabó el milenio y se puso a trabajar con la banda Los Secretos. Pero el cantante, Enrique Urquijo, también murió de sobredosis. Su muerte, en un

portal de Belén, calle Espíritu Santo, Madrid, anunciaba la muerte del imperio discográfico.

Los de promoción ahora trabajaban en el departamento de marketing. Las hojas de ruta se llamaban «raiders». Empezaba el siglo XXI.

Estaban acabados.

Después de pasar un par de años en casa de su madre o en clínicas de desintoxicación, Tito volvió a la carga en este siglo con un nuevo cantante, Migue, fundador de Los Delincuentes, pero este también murió de sobredosis.

Tito no se arrugó y creó su propia discográfica, pero como los ingresos en *royalties* eran menores que los gastos en cocaína... se hundió. Digamos que su discográfica también murió de sobredosis.

Luego empezó a trabajar con Antonio Vega, que no murió de sobredosis, pero sí después de muchas dosis.

Las cosas andaban mal y la industria del disco estaba en estado terminal, igual que el resto de la economía del país. Tito pasó dos o tres años escondiéndose de sus acreedores y viendo cómo se desmoronaba el mundo que había conocido. Trabajaba esporádicamente en alguno de esos mil festivales veraniegos medio podridos de rock o pop o indie o folk o funk, pero nada volvió a ser lo mismo.

Fue entonces cuando una amiga le ofreció la oportunidad de hacer la gira con Raúl Gadea. El marido de su amiga, que era el promotor español del cantante uruguayo, había huido a Senegal perseguido por unos traficantes de droga.

Así que hoy Tito estaba feliz, se sentía otra vez con fuerzas, sabía que tenía una joya en sus manos.

Le daba la sensación de que Raúl Gadea triunfaría en España y, sobre todo, de que no moriría de sobredosis.

Estaba en su salsa, en el mejor restaurante de Santiago y con ganas de irse a León, seguro de que la gira sería un éxito.

## V

—Haremos el camino de Santiago, pero al revés: pasaremos por Lugo, luego Ponferrada y en un momento llegaremos a León.

Se montaron en el Volkswagen Passat rojo que Tito había alquilado para la gira y se pusieron en marcha.

Cuando pasaron por Lugo, Raúl se quedó maravillado con la muralla romana; nunca había visto una de ese tamaño. La muralla de Lugo, intacta, rodeaba el centro histórico de la ciudad.

—Cuanto más hijo de puta eres, más alto ha de ser el muro que te protege —comentó Tito.

—Es muy grande —contestó Raúl, que agradeció que Tito no le obligara a parar en Lugo para comer de nuevo.

Al poco rato se detuvieron en una gasolinera y Raúl se puso a buscar la máquina de agua caliente para el mate. No la encontró. Estaba la de refrescos, la de agua fría, la de chokolatinas, pero ni rastro de la máquina de agua caliente.

Preguntó a Tito:

—¿Sabes dónde queda la máquina de agua caliente para el mate?

—Aquí no hay mate, chico, solo café, que por cierto en todos los sitios lo hacen fatal, excepto en el bar de debajo de mi casa en Lavapiés.

Siguieron el viaje y Raúl fue mirando por la ventanilla el paisaje gallego, con sus bosques espesos y oscuros. Pensó que a esos árboles increíblemente viejos y fríos les sentaría bien tomarse un buen mate.

Estaban a punto de llegar a Ponferrada cuando empezaron a ver a gente amontonándose a ambos lados de la carretera.

—Cuántos vendedores ambulantes, ¿no? —observó Raúl.

—No son vendedores, son peregrinos.

A Raúl le pareció pintoresco que hubiera tal cantidad de gente caminando por los arcones de la carretera. Miró a los peregrinos con curiosidad. Le divertía preguntarse qué escondían en las enormes mochilas que cargaban, tal vez pantaloncitos cortos y calcetines gordos, pensó, puesto que todos vestían del mismo modo.

—¿Ves? La concha de vieira colgada al cuello señala que son peregrinos.

Poco a poco, la cantidad de gente que andaba junto al camino empezó a aumentar y la cosa comenzó a volverse incómoda para conducir. Tito tuvo que reducir la velocidad por miedo a atropellar a alguien; iban en dirección contraria a los peregrinos, que venían de frente, sin mirarlos.

Un par de kilómetros más adelante, los peregrinos seguían creciendo en número y ya no solo ocupaban los arcones de la carretera, sino que invadían descaradamente la calzada.

Parecía que el Volkswagen de Raúl y Tito era uno de esos ciclistas del Tour que llegan a la meta y se encuentran con un montón de gente estrechando la carretera hasta convertirla en un pasillo.

Los peregrinos iban haciéndose dueños del asfalto, imparables hacia su destino, con paso lento pero implacable. Caminaban con la mirada perdida en algún punto del horizonte, sin mirar a otro lado, sin reír, sin llorar, en silencio y con rostros inexpresivos. A Raúl le daban un poco de miedo.

—Tranquilo, que esos no son de aquí.

Tito intentó relajar el ambiente, pero cada vez tenían más dificultad para pasar entre la multitud de peregrinos que los estrujaba, como si el coche fuera el intruso y ellos los dueños de la carretera.

La cosa se estaba poniendo fea.

Conforme iban avanzando, el número de peregrinos crecía: ya ocupaban la totalidad de la carretera. El coche no podía seguir adelante, estaba bloqueado entre miles de cuerpos humanos con enormes mochilas que le impedían el paso.

Primero los peregrinos se limitaron a bordear el auto, pero finalmente este les debió de parecer solo una pequeña piedra en el camino, así que dejaron de variar su santa dirección y empezaron a caminar por encima. Se subían al capó del Passat, andaban por el techo y seguían su camino bajando por el

maletero, sin reducir siquiera el paso. Primero uno, luego otro y otro y otro; la procesión no cesaba y el coche se iba hundiendo por el peso de tanto peregrino pisoteando. Gordos como eran, el techo cedía bajo el peso de su fe. Hay que pensar que los caminantes iban cargados con mochilas enormes de las que colgaban paellas, botas de vino, chorizos, fogones de gas, pero, sobre todo, iban cargados con un montón de creencias absurdas dentro de su cabeza que debían de pesar muchísimo.

El Passat estaba siendo aplastado y sus dos ocupantes atrapados, acojonados, sin salida, no podían siquiera abrir la puerta para escapar. Cuando el techo ya les rozaba las narices, el cristal de la ventanilla del conductor estalló por la presión, y dejó una abertura por la que Tito pudo salir. En un gesto increíblemente ágil, se subió encima del techo del coche y consiguió meter la mano para coger a Raúl. Tiró de él con fuerza y lo sacó de allí en el último instante, justo antes de que el coche fuera engullido por la masa de peregrinos. Raúl, que estaba aterrorizado, se sintió enormemente agradecido: Tito le había salvado la vida arriesgando la suya propia. Este gesto le llegó al corazón.

El resto de sus cosas, el equipaje, la guitarra y todo lo demás, estaba perdido. No podían volver atrás. Trepano por encima de los cuerpos de los peregrinos, que les habían ignorado por completo y habían desoído sus gritos de terror, consiguieron subir al primer árbol que encontraron. Desde ahí pudieron ver con espanto cómo el Volkswagen era aplastado, triturado bajo el peso de los caminantes.

Diez minutos después, solo quedaba una fina chapa de color rojo pegada al asfalto, como una mancha de sangre en la carretera.

Pasaron una de las peores horas de sus vidas subidos a aquel árbol, hasta que se fue el último de los peregrinos. Luego, se hizo el silencio.

## VI

El paisaje que alcanzaban a ver sus ojos era desolador. Igual que su coche, la carretera y los campos y bosques cercanos habían quedado arrasados como un campo de trigo después de una plaga de langostas. No quedó nada, solo tierra quemada y un destello rojo y metálico sobre el camino.

Tito, animoso como era y acostumbrado a improvisar ante los percances habituales de una gira, tardó poco en reaccionar.

—No hay problema, estamos cerca de la casa de Lalo.

—¿Quién es Lalo?

Era un exdirectivo de Ariola Records que se hizo *hippy* y montó una palloza para dar conciertos de buen rollo, solo con amiguetes. Estaba alejado de los circuitos habituales desde hacía más de diez años.

Tito continuó:

—Quería contratar un bolo en la palloza, pero como teníamos León preferí montar el concierto solo en la capital, para no dispersar.

—Creo que ahora sí que necesito un mate —dijo Raúl.

Se pusieron a andar por senderos apartados del camino principal, bosques espesos, lobos aullando, búhos y murciélagos acechándoles, hasta que llegaron a una arboleda casi pantanosa; a lo lejos una tenue luz, estaban salvados: era la luz de la palloza.

—Ya hemos llegado: bienvenidos a la palloza de Lalo —les dijo la mujer de Lalo, que salió a recibirles.

Lalo no estaba allí.

—Fue a por setas, yo me he quedado para controlar el bolo de esta noche. Pero ya se imaginó que igual vendríaís. ¿Cómo estás, Tito? —preguntó.

—De puta madre. Por fin limpio. ¿Y tú?

—Bien. No nos va mal del todo. Hoy estoy contenta: actúa el mago Tamariz.

—¿El mago Tamariz? —se interesó Raúl—. Es uno de mis cantantes preferidos.

La mujer de Lalo se lo quedó mirando fijamente.

—A mí también me encanta. Pero es un mago, no un cantante.

Acto seguido entraron en la palloza. A Raúl le pareció la mismísima casa de Astérix, y no iba desencaminado: realmente era un asunto muy celta. Se trataba de una casa redonda, con paredes de piedra y con un tejado cónico construido con tallos de centeno. Una construcción encantadora, que daba la sensación de viajar en el túnel del tiempo. Ideal como vivienda para un druida.

Raúl se sentía bien, era agradable estar dentro del local y hacía calorcito. Imaginó que dos mil años atrás los romanos ya debieron de sentirse engullidos por el tiempo al entrar en esas mismas construcciones. Sintió que era uno de esos momentos en los que todo cuadra, a pesar de estar en un lugar redondo.

Pero Tito cometió el error de pedir botillo para cenar. Este plato típico de la zona está elaborado con piezas troceadas procedentes del despiece del cerdo, básicamente sangre y grasas condimentadas y embutidas en el ciego del animal, que encima luego es ahumado y semicurado. El año anterior ganaron el premio al producto alimenticio más insano y repugnante del mundo, aunque ellos estaban orgullosos de ello.

Raúl no probó ni medio bocado y se disculpó alegando que el incidente con los peregrinos le había quitado el hambre.

—¡Ja! —se rio la mujer de Lalo—. Estos peregrinos acaban con el hambre de cualquiera. No te asustes, chato, son inofensivos.

Después del botillo sacaron de postre una especie de masa de castañas que también olía a grasa de chorizo. Pasaron otros largos minutos. Raúl se sintió aliviado cuando retiraron los platos y empezó la actuación del mago.

Raúl no se lo podía creer. ¿Cómo podía ser? ¿El mago Tamariz en una palloza?



Suponía que el mago Tamariz actuaba solo en teatros como el Rex o el Solís, en salas tipo Carnegie Hall, o en hotelazos de Las Vegas. Pero estaba aquí, actuando en una humilde sala rural situada en el mismísimo culo del mundo; nuestro querido Bierzo, cuna de descubridores.

Raúl tenía dos cantantes preferidos: el mago Tamariz y el payaso Tortell Poltrona. Creía que ambos tenían un don especial. Su manera de contar un montón de cosas sin decir nada le causaba admiración.

Raúl decía que las dos mejores virtudes de un cantante eran la magia, por un lado, y la de ser un buen payaso, por el otro.

Mientras Tamariz actuaba, Tito aprovechó para acabarse el *gin- tonic* y levantarse para ir al baño, costumbre muy arraigada entre los mánagers y críticos musicales.

En el baño se encontró con Sebas, el hermano de Lalo:

—Hostia, Sebas, ¿tú también por aquí? ¿No estabas trabajando en Madrid, en la Warner?

—Sí, pero al final Warner fue absorbida por BMG, y BMG absorbió a EMI, pero EMI se juntó con Ariola, que a la vez fue recomprada por BMG, que luego se reconvirtió en Sony. Total, que me quedé sin curro.

—Mierda de ciudad.

—¿Quieres una rayita? —le propuso Sebas.

—Venga, pero rápida que quiero ver al mago Tamariz.

Entraron los dos y se hicieron una raya. Cuando ya salían, se encontraron con dos chicas que también entraban en el baño.

—¿Queréis empolvaros la nariz?

—Vale.

Entraron ahora los cuatro. El lavabo era pequeño, pero aún llegó más gente. Llamaron a la puerta: era la novia de Sebas.

—¿A alguien le apetece una chupadita de MDMA?

Todos tomaron un poco y Tito dijo:

—Espera, que no cabemos, yo ya salgo. Voy a ver al mago.

Pero al abrir la puerta del baño vio a María y a Pedro con dos *gin-tonics* en la mano, y no pudo resistir la tentación de pedirles un trago para comprobar la calidad del brebaje. Él, Titoramix, el gran druida del *gin- tonic*.

—Venga, va, el último trago y me voy. Por cierto, Pedro, este *gin-tonic* es una mierda.

Llegaron dos más: Juan y Diego.

—¿Un cigarrito?

—¿Tenéis una china?

—Otra rayita.

—Tengo una maría buenísima.

—¿Una pastilla?

—Hola, Fina.

Otra ronda.

—¿Qué tal, Lidia?

—Me voy a ver al mago.

—Espera, otra raya y te vas.

—Espera, que quiero mear. ¿Os podéis girar, coño?

En el lavabo ya no se cabía. El mago seguía con su actuación, pero en ese momento había más gente dentro del lavabo que en la sala.

Sin duda, también era cosa de magia meter tanta gente de fiesta en un sitio tan pequeño.

Cuando finalmente Tito consiguió abrir la puerta para salir, se topó con Raúl.

—Hola, ¿qué haces?

—Voy a hacer pis. ¿Está ocupado?

—Un poco. ¿Quieres una raya?

—No, gracias.

—¿Vamos a ver al mago?

—Ya terminó.

—¿Te ha gustado?

Raúl estaba emocionado. Parecía un niño después de ver a un marciano.

—Ha sido muy grande. Además, como número final, nos hizo aparecer en el bolsillo esta cajita, dijo que era mágica.

—¿Y qué hay dentro?

—No lo sé, todos intentamos abrirla, pero nos resultó imposible. Es alucinante. Y luego nos dijo: «No intenten abrirla ahora, señoras y señores.

Guarden esta cajita en sus bolsillos. Tal vez algún día, en caso de vida o muerte, puedan necesitarla. Entonces, y solo entonces, podrán abrirla. Buenas noches y muchas gracias. ¡Tachááán!». Y se esfumó, desapareció. Muy grande. Lo mejor que vi nunca... ¿Y a ti? ¿Te gustó?

—Bueno, es que me han invitado a una rayita. He ido al váter, había gente allí y nos hemos liado, ya sabes, para no dispersar. Además, yo ya lo he visto mil veces.

Raúl estaba emocionado. Se había quedado boquiabierto con el espectáculo del mago. Le pareció asombroso. Se guardó la cajita en el bolsillo y salió a mear fuera.

La noche estaba limpia. Miró el cielo y vio las estrellas al revés. Se preguntó si también estaría bajo los efectos de la droga, pero luego recordó que se encontraba en el hemisferio norte. Las constelaciones estaban al revés, la luna también. Toda la noche estaba del revés.

¿Estaría también él del revés? ¿Por qué el pis no le daba en la cara si estaba del revés?

Cuando entró de nuevo en la palloza, ya no quedaba nadie. Todos estaban en el lavabo, donde seguía la juerga. Intentó encontrar a Tito, pero había demasiada gente, no se podía pasar.

De pronto, desde detrás de la multitud apareció la cabeza de Tito, que le gritó:

—Esta noche nos quedamos a dormir aquí, ¿vale? Ya iremos a León mañana.

De repente, todos se quedaron en silencio. Las rayas se cayeron de las papelas, los porros se apagaron y los vasos de *gin-tonic* cayeron al suelo.

—¿León? ¿Vais a León? —preguntó Sebas mientras todos miraban fijamente a Tito y Raúl.

—Sí, tocamos mañana.

—Pero ¿no sabéis lo de León?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Los terroristas del Bierzo.

—¿Qué terroristas de qué Bierzo?

Los pusieron al corriente. Les contaron que los terroristas del Bierzo eran un grupo recién creado que luchaba por la independencia del Bierzo, harto de estar sometido al poder despótico de los leoneses.

Tenían planeado un atentado en el consistorio, pero la bomba explotó en el mismo piso franco donde la banda la estaba preparando. Las seis víctimas eran los terroristas. Al parecer, las tres facciones de la banda —los que querían grabar el comunicado en gallego-leonés, los que lo querían en gallego y los que lo querían en lengua burón, idioma oficial de los arrieros del valle de Fornela— estaban discutiendo acaloradamente en el momento de la explosión. Los últimos prefirieron autoinmolarse con su propia bomba a hacer un comunicado en gallego.

«¡Antes muertos que gallegos!», gritaron antes de hacer estallar la bomba.

Esta fue la razón por la cual nunca se llevó a cabo el atentado en el consistorio de León como estaba previsto. La prematura, radical y violenta escisión de la banda terrorista del Bierzo provocó su disolución inmediata, o mejor dicho, su desintegración absoluta.

A pesar de ello, las autoridades pusieron en estado de alerta máxima a toda la provincia de León, especialmente la capital. La policía acordonó todos los objetivos e instituciones amenazados por el grupo terrorista. Se blindaron todos los edificios públicos, museos y líneas de autobuses, y se cancelaron todos los espectáculos previstos para esa noche, incluido el concierto de Raúl Gadea.

Tito estaba indignado. Nadie le había avisado desde León.

—Nadie me ha dicho nada. Mierda de bercianos.

—¿Has mirado el móvil?

Tito sacó el móvil del bolsillo. Tenía veinte mensajes avisándole de que el bolo se había suspendido.

—Bueno, a tomar por culo. Vamos directos a Salamanca. Lo de León lo dejamos para el final de la gira, ya lo encajaremos en otra fecha más adelante.

## VII

Por una razón que solo podrían entender los argentinos y los uruguayos, Raúl quería ver la famosa casa de las Conchas de Salamanca. Le parecía chistoso el nombre.

Al poco rato pasaron por la plaza Mayor.

—Es muy grande.

Tito y Raúl se instalaron en el hotel y fueron a la universidad para hacer la prueba de sonido. El bolo era temprano.

La Universidad de Salamanca era, junto con la de Oxford, París y Bolonia, la universidad más antigua del mundo.

Era el espejo donde se reflejaba el nivel académico y cultural de los españoles. Cinco siglos dedicados a negar la cultura y la educación. Un par de veces por siglo, algún monarca inauguraba alguna facultad nueva, más que nada para que su nombre figurara en la placa de la puerta o su busto en alguna esquina visible. Y no por deseos de hacer algún gesto a favor de la educación. Cabe recordar que los mandatarios españoles siempre se cuidaron mucho de evitar en lo posible la educación de los ciudadanos. Ser ministro de Franco era mérito suficiente como para ser investido doctor honoris causa. Y ser hijo o nieto de ministro franquista, o lo que es lo mismo, ser ministro del Partido Popular, era otro motivo. Algún deportista y algún banquero también fueron premiados.

Pero en la actualidad, su tarea se reducía a organizar debates sobre si a los honoris causa encarcelados posteriormente por corrupción se les debía despojar de tal título honorífico o no.

También se encargaban de ello, y de otras labores menos agradables, los becarios, al mando de todas las facultades. La universidad contaba entre sus filas con los nombres y rostros más ilustres; profesores eméritos, venerables catedráticos de barba blanca que, por la cara, se pasaban el día fuera de la

facultad, haciendo bolos y fumándose la clase, asistiendo a congresos en Punta Cana y a ponencias en Princeton en invierno, viviendo a tope los últimos estertores de una vida padre mientras dejaban las riendas del día a día a sus bastardos; discípulos e imitadores con licencia de esclavo sobre sus jóvenes espaldas. El templo del saber; unos de cara a la galería y controlando el cotarro, mientras otros se desloman.

Pero lo peor de los profesores y de los honoris causa es que ellos se creían el faro intelectual del mundo de la cultura. Estaban orgullosos de su historia y menospreciaban las universidades de Oxford, París y Bolonia. Los españoles siempre han tenido claro que los ingleses son unos hijos de puta que conducen al revés. Los franceses, unos pedantes que no se duchan, y, respecto a Bolonia, no eran capaces ni de situarla en el mapa.

Y allí se encontraba Raúl, preparado para hacer un concierto en la ostentosa universidad.

—Es muy grande.

Tito, que ya le iba pillando la onda a Raúl, contestó:

—Sí, creo que es más grande que la catedral de Santiago, pero no tan alta.

El concierto tendría lugar en una pequeña sala de conferencias. El aula magna la reservaban para actos donde asistían los reyes y presidentes o las televisiones. De vez en cuando también la utilizaban los catedráticos más veteranos para follarse a las señoras de la limpieza.

Cuando entraron en la sala, los recibió un joven con aspecto repelente, Manuel.

—Hola, soy Manuel Ibarra, secretario del coordinador de actos culturales de la Facultad de Medicina.

—Hola, soy Tito. Este es Raúl, el artista. ¿Está el técnico de sonido por ahí?

—¿De sonido? ¿Qué técnico de sonido?

—Es el que maneja el equipo de sonido.

—¿Qué equipo de sonido?

Vieron que la sala estaba totalmente vacía y que no había equipo.

—Pero ¿cómo vamos a dar un concierto sin equipo?

—Os hemos puesto un micro.

—Pero ¿dónde lo conectas?

—Espera, que llamo al coordinador de espectáculos del círculo estudiantil.

Cuando llegó el coordinador de espectáculos del círculo estudiantil, Tito le expuso el problema:

—Mira, que sin equipo de sonido no podemos hacer el concierto.

—Claro, claro, por supuesto. No nos dijeron que el cantante cantara tan flojito. Voy a llamar al jefe técnico del CIPSS.

Cuando llegó, el jefe técnico les explicó la situación.

—Es que aquí no han montado un bolo en su vida.

El técnico llamó a otro amigo técnico que les dijo que esto lo tenía que solucionar el subdirector del Centro Tecnológico de Diseño Cultural y de Desarrollo de las Comunicaciones, que los derivó al delegado del Departamento de Organización de la Facultad de Artes Técnicas, que les dijo que hicieran una solicitud al director de Planificación y Desarrollo de Docencia, que les contactó con el subsecretario de la plataforma estudiantil del Departamento de Producciones Audiovisuales, que gestionó un encuentro con el coordinador del Departamento Tecnológico, que finalmente los invitó a pasar a un almacén enorme, un sótano con pasillos y pasillos infinitos donde se amontonaban cajas llenas de equipos técnicos, cámaras y toda clase de aparatos biocientíficos abandonados a su suerte en una sala inmensa convertida en un trastero de tecnología punta.

El vigilante del almacén o, mejor dicho, el director del control de verificación del Departamento de Depósitos de la Universidad de Salamanca, masculló:

—Yo no sé para qué sirve todo eso. Lo saben los del Departamento de la Coordinadora de Facultades, pero nunca vienen por aquí.

Empezaron a buscar por pasillos eternos donde se encontraban abandonados toda clase de aparatos tecnológicos: aerogeneradores, telescopios de alta resolución, equipos de cirugía completos, generadores solares. Laboratorios químicos, ordenadores, los últimos ingenios en robótica, máquinas del tiempo y kits de nanotecnología... Todo estaba intacto y sin desempacar.

—Sí, cada día llegan dos o tres cacharros nuevos. Ayer llegó la máquina de curar el cáncer, la mandaron esos de la Comunidad Europea junto con un reactor nuclear y una nevera que hierva agua. Pero nadie viene a recogerlos. Se tienen que llenar demasiados papeles y nadie quiere hacerse responsable. Mucha burocracia.

Finalmente encontraron un pasillo donde estaban abandonados un montón de altavoces Marshall. En la pila, llena de polvo y telarañas, encontraron de todo: compresores, mesas de sonido digitales, Reverbs, previos, multiefectos... Hasta cuatro torres de focos LEDS. Suficiente material como para montarles un concierto a los Rolling Stones.

Nadie sabía que ese material existía en las catacumbas de la universidad y, gracias a la pericia de Tito, alegando que solo eran productos de limpieza, consiguieron sacar del sótano dos altavoces y una mesita de sonido con un par de efectos, suficiente para Raúl. Tito estuvo toda la tarde haciendo el papeleo, pero finalmente se pudo conseguir todo lo necesario para hacer el bolo.

El concierto empezaba a las siete de la tarde, un poco temprano. El delegado de coordinación de la organización del evento cultural les explicó que antes saldrían unos artistas invitados por la universidad para calentar el ambiente. Solo serían diez minutos y podrían empezar.

Cuando todo estuvo listo, salió el rector de la universidad e hizo un discurso sobre la importancia de la Tuna en la cultura española.

Luego salieron a actuar un dúo de gaita charra y un tamboril.

Cuando por fin terminaron, empezó el turno de los bailes típicos salmantinos: era un grupo de folklore con unas chicas vestidas rarísimas. Luego llegaron los de la tuna. Eso gustó mucho al público, pero la mitad abandonó el local.

Luego apareció una chica de tercer curso a leer poemas de Unamuno.

Finalmente, a las doce y media de la noche, salió Raúl. Las cincuenta personas que quedaban en el aula recordarán ese concierto de Raúl toda la vida. Hostia, se quedaron asombrados. Fue un concierto donde los sentidos se podían palpar. Los asistentes recordarían para siempre el olor de la sala



donde se celebró, la manera en que iban vestidos, al lado de quién se sentaron, el instante fugaz en el que cada nota musical se quedaría agradablemente incrustada en algún lugar de su memoria.

Al final del concierto, el rector invitó a Raúl y a Tito a una cena de gala en el aula magna. Eso extrañó un poco a Tito, que desconocía que el rector admirase tanto a Raúl, pero pensó que eso sería bueno para futuras contrataciones. Tal vez gracias a eso les saldrían más conciertos en el circuito universitario...

El rector insistió en sentarse al lado de Raúl durante la cena e inició una conversación bien curiosa. Decía cosas como «Desde el último concierto de Labordeta no había disfrutado tanto».

Al rector le entraban ganas de hablar cuando comía morcilla.

—Me encantó el concierto, pero pensaba que en Uruguay se hablaba castellano y tú has cantado alguna canción en un dialecto muy raro, aunque se entendía todo.

En efecto, Raúl cantaba en una lengua extraña que podía entender igual un niño chino que un bebé. Lo entendían los alemanes, los sordomudos, las plantas y los perros. Incluso podía entenderle el mismísimo rector de la Universidad de Salamanca. Ese era el don de Raúl.

El rector prosiguió con su conversación mientras se tragaba un cochinillo:

—Hoy leí un libro muy interesante y del todo revolucionario que decía que vengo del mono.

La cena se acercaba al final, con la llegada del postre y las torrijas, pero el rector seguía sin callarse:

—Ayer estuve presente en una conferencia del doctor Krugger, en la que planteaba la interesante teoría de que Bizancio pudo ser la misma ciudad que Constantinopla y, aún más, aseguró que Constantinopla era la misma ciudad que Estambul. ¿No les parece una hipótesis fascinante? Por cierto, hablando de cosas fascinantes... ¿Y su mujer? ¿No vino con usted?

—Yo no estoy casado —contestó Raúl.

—Lo lamento mucho. ¿Se han separado? ¿Le dejó por otro?

—No, yo nunca estuve casado.

—Disculpe, pero ¿usted no está casado con Leonor Watling?

—No, ese es Jorge Drexler.

—¿Usted no ha ganado un Óscar ni está casado con Leonor?

—No. No gané nada ni me casé con Leonor.

La cara del rector se desencajó:

—Entonces ¿tú no eres Jorge Drexler?

—No.

—Pero ¿tú no eres uruguayo?

—Sí, soy uruguayo.

—Pero entonces... ¿hay más de un cantante uruguayo?

—Sí, somos dos o tres. Yo soy Raúl Gadea.

El rector comprendió entonces que se había equivocado. Él quería contratar a Jorge Drexler. Leyó que estaba casado con Leonor Watling en una revista que su mujer robó de una peluquería.

—¿Eso quiere decir que Leonor no vendrá?

El sueño del rector de la universidad era conocer a Leonor, por eso contrató a Jorge Drexler. Últimamente se masturbaba obsesivamente imaginando que seducía a Leonor en el aula magna mientras el pobre Jorge cantaba en el aula del fondo a la izquierda.

Poco imaginaba que en Uruguay existían otros cantantes que no fueran Jorge Drexler. Ahora lo entendía todo. Por eso le costó tan barato contratarle. ¿Cómo pudo cometer semejante error? Fácil, con decirles que otro de sus colegas, el rector de la Universidad de Bilbao, después de veinte años de vivir en Euskadi, envió una carta de protesta quejándose porque no entendía el vasco.

De todos modos, el rector no se desanimó. Tenía otros planes y otras pajas mentales. Ahora ya sabía que venía del mono y que Bizancio era Estambul, y tenía cierta ventaja sobre el resto de los rectores.

Podría llegar muy lejos, tal vez a ministro de Cultura.

La cena se dio por terminada.

Raúl jamás contó a Tito el pequeño malentendido con el rector.

Y los dos salieron pitando de Salamanca.

## VIII

Quedaban dos días para el concierto de Madrid, tiempo suficiente para pasar por Segovia y conocer a Andrés Calamaro.

Andrés Calamaro era un cantante uruguayo, pero hacía creer a todo el mundo que era argentino. Era un tipo con un gusto extremadamente refinado para la música y le gustaban las canciones de Raúl; lo quería conocer, pero las circunstancias personales en las que se veía envuelto impidieron ese encuentro.

Todo empezó dos años atrás.

Andrés Calamaro estaba en el jardín de su casa con tres músicos amigos suyos. Justo en el instante de arrancar con el primer estribillo de la tercera canción del nuevo repertorio, notó que no podía respirar. Que se ahogaba. Empezó a angustiarse, quería que el oxígeno entrara en sus pulmones, pero no lo conseguía. Iba tambaleándose por el jardín intentando desesperadamente tragar aire, pero era inútil.

Tropezó y se cayó dentro de la piscina.

Mientras se hundía pensó que se estaba muriendo, pero sin darse cuenta empezó a respirar debajo del agua. Así que Andrés se quedó sentado en el fondo, respirando. Sintió un extraño placer sumergido en su piscina. Se le fue pasando el mareo y entonces decidió quedarse debajo del agua.

Sus amigos se tiraron a la piscina para intentar salvarlo, pero cuando lo sacaron a la superficie volvió a quedarse sin respiración. Se revolvió desesperadamente, se desembarazó de sus amigos y volvió a sumergirse.

Lo primero que hizo Andrés Calamaro el día que se dio cuenta de que podía respirar indefinidamente debajo del agua de su piscina fue observar la cara de preocupación de los médicos que le estudiaban.

Y lo primero que hicieron los médicos el día que le diagnosticaron que no podía respirar fuera del agua fue meterlo inmediatamente debajo del agua.

Lo segundo que hizo Andrés Calamaro el día que se dio cuenta de que el destino le había reservado una estancia más o menos prolongada dentro del agua fue pedir unas gafas de natación azules.

Andrés Calamaro empezó a recibir a sus amigos, a especialistas y a otros curiosos fuera del agua. Pero las conversaciones eran breves. Debía sumergirse cada diecisiete segundos.

El día que Andrés Calamaro se cansó de recibir a sus visitantes fuera del agua, empezó a recibir a la gente dentro de la piscina.

Y el día que Andrés Calamaro asumió que jamás podría llevar una vida normal fuera del agua, sacó parte de sus ahorros del banco y compró trajes de submarinista a sus amigos.

Durante meses, Andrés Calamaro y sus amigos pasaron largos ratos dentro de la piscina. Pero, un año después, se dio cuenta de que se aburría cuando lo dejaban solo dentro de la piscina, y decidió sacar otra parte de sus ahorros del banco para meter dentro de la piscina una televisión, una radio, un sofá y varios libros sumergibles y hábilmente impermeabilizados.

Pero el día que Andrés Calamaro sacó otra parte de sus ahorros para comprarse un ordenador porque la televisión le aburría, su mujer le comunicó que se habían quedado sin dinero.

El día que se quedó sin dinero, decidió pedir un préstamo al banco para comprarse una pecera móvil con ruedas de dos por tres y agua climatizada. Dentro de ella emprendió una gira por los mejores teatros del mundo, con el fin de sufragar los gastos que su extraña situación le provocaba. Cincuenta y cinco bolos después, Andrés Calamaro comprendió que su felicidad era más importante que su público, y decidió tirarse al río más profundo para encontrar la respuesta a todas las cuestiones relacionadas con su destino.

Veinte días después, sin embargo, comprendió que en el río no se necesitaba dinero y que las medidas de tiempo eran distintas. Y se propuso remontarlo bajo el agua.

Doscientos kilómetros más arriba, sintió que el río que remontaba no era de su gusto, supo que no todos los ríos eran iguales. Y se fue en busca de nuevos ríos.

Lo primero que hizo cuando encontró el río perfecto donde vivir fue darse cuenta de que, en realidad, quería vivir en un lago.

Y el día que Andrés Calamaro se dio cuenta de que los lagos no le realizaban como persona acuática, decidió meterse en el mar.

El mar es muy grande.

Después de doscientos cuarenta y tres atardeceres, Andrés Calamaro dejó de tener amigos que lo visitaran en el mar. Decidió hacerse amigo de los peces.

El día que fue visto por última vez en el mar, dicen que ya nadaba más rápido que los propios peces.

Nadie ha vuelto a ver a Andrés Calamaro, porque, como el salmón, nadie jamás pudo nadar tan lejos.

Por esta razón, Andrés Calamaro no pudo invitar a Raúl a su casa de Segovia para mostrarle su piscina nueva.

## IX

Raúl recordó la historia que le contaba su madre. De las historias de su familia, la de Jorge Gadea, el primero en llegar a América, era su preferida.

Llegó huyendo de Leonardo da Vinci en una flota cuyo almirante era un tal Juan Díaz de Solís.

Era un tipo asqueroso, y de hecho toda la tripulación lo llamaba el Asqueroso. Como capitán era un incompetente y maltrataba a Jorge Gadea y al resto de los marineros siempre que le era posible.

Así ingresó en el Río de la Plata, pero confundiéndolo con un brazo de mar concluyó que este era el paso que los podía llevar hasta el océano Pacífico.

Todos los marineros sabían que el Río de la Plata no atravesaba el continente, pero el imbécil de su capitán siguió insistiendo en atravesarlo.

Díaz de Solís se adentró en el estuario con una carabela.

La tripulación estaba hasta los cojones de Díaz de Solís, pero en esa época y en ese lugar era imposible desertar.

Por suerte, Solís fue preso por un grupo de indígenas que lo ejecutaron ante la mirada del resto de los marineros, que observaron con regocijo y alegría la muerte de Solís desde la borda del buque.

Su cadáver fue asado y devorado por los indígenas, nadie supo si indios charrúas o guaraníes. La mamá de Raúl pensaba que habían sido los mismos marineros disfrazados de indios quienes se lo comieron.

Juan Díaz de Solís acabó en la barriga de no se sabe quién, y es actualmente una de las víctimas de canibalismo más célebres de la historia.

Jorge Gadea huyó y acabó viviendo en Uruguay antes de que fuera Uruguay. Sus hijos y los hijos de otros hijos de europeos que después llegarían a América eran siempre los protagonistas de los cuentos que contaban los padres de Raúl.

Envuelta en cuentos, la infancia de Raúl fue feliz.

Raúl Gadea Glusberg nació en el año mil novecientos y pico casi dos mil en Uruguay, en el hospital de ciudad de Rocha, capital del departamento. En los años ochenta y noventa la región cambió mucho, llegaron los turistas y se poblaron los pueblos de la costa.

Sus padres, Diana Glusberg Pinto e Irving Coppini Wozniak, eran buena gente, trabajaban de muchas cosas, en cualquier lugar. No existía ningún pueblo de la zona (Balizas, La Pedrera o la Paloma) donde los padres de Raúl no hubiesen ayudado a levantar una casa, reparar una barca o cavar una zanja.

Sin embargo, Raúl sentía que el Cabo Polonio era su verdadero hogar. El faro, el atardecer, los lobos marinos, los perros de la playa y las casas hundidas en la arena.

El Cabo Polonio es una península diminuta. La playa lo rodea por los tres costados. Es tan pequeño que puedes recorrerlo entero en apenas un par de horas en un paseo. Los residentes, como mucho cien personas en invierno y quinientas en verano, se niegan a tener luz y agua corriente. No hay carreteras ni carros. Las casas se hunden lentamente en la arena, tanto que si dejas de ir por allí durante una temporada puedes encontrar tu ranchito hundido hasta el techo, engullido por las dunas.

Las dunas son como pequeñas montañas nómadas de arena, nunca están a gusto con cómo son ni con dónde están, por eso constantemente cambian de forma y de lugar, sin respetar los caminos ni los ranchitos construidos por el hombre.

Por esta razón sus padres siempre tenían trabajo en Cabo Polonio y pasaban ahí largas temporadas. Somos desenterradores de casas, decían.

Igual que a las dunas, a los padres de Raúl también les gustaba cambiar de forma y de lugar, y por ello la infancia de Raúl fue casi nómada. Vivieron un tiempo en Montevideo, cuidando de las palmeras del parque Rodó; otro en Colonia, implementando un faro con placas solares, y otro en el barrio de la Boca en Buenos Aires, serigrafiando camisetas de fútbol del River Plate.

También vivieron en La Paz y en Perú, cerquita de Titicaca, con los aimaras, construyendo barcas de totora. Así Raúl aprendió su lengua. También vivieron tres años en Brasil, dos en el estado amazónico de Acre,

Mapia, donde ayudaron a levantar la iglesia, y otro en Praya do Forte, al lado de Salvador de Bahía, donde reflataban barquitos de pesca.

Fueran donde fueran, Raúl recordaba su infancia repleta de los cuentos y las canciones que le contaban sus padres. Nunca supo si los cuentos eran reales o las canciones inventadas, pero él siempre quiso entenderlas como verdaderas. Sus padres disfrutaban contándole esas historias, y el pequeño Raúl las memorizaba palabra por palabra y después las reproducía convertidas en pequeños cuentitos tarareados con melodías deliciosas.

No fueron los únicos en percibir este don. Se podría decir que su carrera de cantante comenzó con apenas siete años, cantando por los barecitos y terrazas, acompañándose con una guitarra más grande que él, a cambio de unas monedas.

Por entonces ya hacía las delicias del público. A él no le costaba nada, es más, le gustaba cantarle a la gente, generalmente adaptaba los cuentitos que le contaban sus padres acerca de sus antepasados, pero a su modo. El niño tenía gracia, sentido del ritmo y una voz muy bonita. Simplemente le cantaba a su familia, se sabía las vidas y aventuras de sus antepasados de memoria.

Raúl Gadea Glusberg tenía prácticamente un antepasado en cada país del mundo.

El primero en llegar a América fue Jorge Gadea, huyendo del malvado Leonardo da Vinci en el mismo barco que el pérfido Solís, aquel al que se comieron los indios.

Otros llegaron más tarde.

Estaba la tía María, la polaca, que era una mujer tan gorda que se caía de la cama por los dos lados.

La tía Hayfa llegó de Libia a Panamá con su propia máquina voladora y luego la destruyó para no entregársela a unos soldados mexicanos que pretendían convertirla en un arma bélica.

Thomas Delacroix llegó atravesando a nado el Atlántico en pleno invierno y no le salió ni un sabañón.

También estaba Edgar Strauss, el austriaco que nació con la piel de color verde pistacho y escapó de París a Perú, para al final desaparecer en la selva



amazónica colombiana, no sin antes engendrar tres hijos: uno negro, otro chino y otro colorado.

Y Nergüi Li, el mongol que llegó a Canadá cabalgando en poni.

O Francisco Suárez, que luchó en la batalla de Almansa y atravesó las montañas de Sierra Morena malherido, con las tripas y el corazón fuera del cuerpo, para regresar a su pueblo, y que, aun así, sobrevivió. Francisco Suárez fue a celebrarlo a la taberna, pero, completamente borracho, resbaló por las escaleras y murió.

Y estaba Hannu Korhonenn, el antepasado finlandés que recorrió la tundra y se enfrentó con un pelotón de la caballería cosaca armado con una lanza de madera, y los venció.

La última en llegar a América fue Elvira Heredia, que tuvo que abandonar el Sacromonte de Granada por las inundaciones y el posterior desalojo de 1967. Las autoridades confinaron a todos los gitanos del barrio en barracones, pero la tía Elvira huyó con un argentino hacia Montevideo. Elvira era una gran cantaora y bailaba flamenco como los ángeles, pero en Uruguay dejó de cantar: decía que cantar flamenco sin tu familia era lo más triste del mundo. Aun así, le enseñó la mayoría de los palos flamencos a Raúl. Tal vez por eso, o tal vez no, sus canciones eran así, repletas de personajes extraños con sentimientos extraños.

Raúl era capaz de cantar en muchos idiomas, incluso de niño no sabía qué palabras pertenecían a qué idioma. Primero cantaba en la lengua de los naimaras, después en búlgaro (nadie sabía cómo ni por qué), luego en vasco y, finalmente, en inglés, portugués y castellano. A veces mezclaba los idiomas, encontraba la palabra justa en el idioma justo y lo ubicaba en el pedazo de verso preciso para que fuera inteligible. Era como un juego, simplemente le añadía letras a los cuentos mímicos que le contaba su padre y palabras a las melodías de su madre. Porque su madre tenía una voz preciosa y una manera de hilvanar palabras totalmente hipnótica. Era capaz de cantarle a una cucaracha y que te enamoraras de ella.

La cucaracha es hermosa, si no, que se lo pregunten al cucaracho.

## X

Llegaron a Madrid de noche. Tito dejó a Raúl en un hotel de la Gran Vía y se fue a dormir a casa de su madre.

Quedaron en que por la mañana Raúl pasaría a buscar a Tito e irían a visitar el barrio: Lavapiés, el país más bonito de España.

Al día siguiente, Raúl llegó a la casa de Tito. Era el 3.º 2.ª de un edificio en el centro de Lavapiés. El portal del bloque estaba ocupado por un colmado chino. A un lado había un cibercafé pakistaní, y al otro, una peluquería puertorriqueña. Todo muy madrileño.

Subió por una de esas escaleras de madera típicas de los pisos de la capital. Chirriaban igual que las maderas del barquito de pesca que veía arreglar a su padre de pequeño en el Cabo Polonio.

Llamó al timbre y le abrió la madre de Tito.

—Buenos días, señora. ¿Es esta la casa de Tito?

Era una anciana pequeñita, de mirada amable y voz dulce.

—Sí. Adelante, querido. ¿Buscas a Tito? Está descansando. Ayer trabajó hasta muy tarde. Pasa, por favor. ¿Quieres un café?

La mamá de Tito parecía encantadora.

Tomaron un café y unas galletitas. Raúl volvió a sentir una fugaz añoranza del mate, pero el café y la agradable compañía de la viejecita hicieron que se olvidara.

—Parece que Tito ha estado trabajando hasta tarde. Pobre, siempre está trabajando. No creo que se despierte... Por cierto, me llamo Antonia. ¿Te apetece ir a dar un paseo?

—Claro, no conozco nada de Madrid.

A Raúl el plan le pareció genial. Le gustaba la idea de conocer Madrid agarradito del brazo de esa encantadora y afectuosa ancianita.

Antonia se levantó, cogió su bolso y salió del piso. Raúl fue tras ella.

—Tenía pensado dar un paseo por el Retiro y tal vez pasar por el museo del Prado. ¿Quieres acompañarme?

—Claro. Me encantaría ver ese museo. Es muy grande, ¿verdad?

—Sí, sí, es muy grande.

La mamá de Tito se rio. Su sonrisa era franca y algo pícara. Había algo de inocencia en sus gestos, parecía frágil, pero tenía una vitalidad espontánea que la hacía adorable. Antonia desprendía ternura.

—Qué bien que te guste la pintura. Yo fui profesora de historia del arte. Te puedo contar un poco. Conozco bastante bien el museo. ¡Me he pasado media vida dentro!

Salieron a la calle y cruzaron el barrio.

Aquella mañana, el ambiente de Madrid estaba un poco crispado.

Un taxista discutía con su pasajero, un camarero echaba a un cliente borracho, dos hombres se peleaban por sentarse en un banco del paseo, se acercaba una manifestación de señoras de la limpieza y los antidisturbios las esperaban agazapados tras sus escudos, dos niños atracaban a punta de navaja a otro niño, el resto de la gente caminaba mirando fijamente su teléfono...

—Ay, Dios mío, no sé qué le pasa a la gente. Últimamente ya no puedes pasear tranquilamente por la calle. No sé adónde iremos a parar...

—Sí, parece que la gente está un poco enfadada esta mañana. ¿Pasó algo?

—No, qué va, ahora siempre es así, parece que todo el mundo está enfadado. Pudiendo ser felices..., ¿qué nos cuesta regalar una sonrisa de vez en cuando? Eso ayudaría.

—Desde luego, tiene usted toda la razón, Antonia.

—Vamos al Prado directamente, allá al menos estaremos tranquilitos. La respuesta a tanta violencia tal vez esté en el arte.

Antonia y Raúl, agarraditos del brazo, entraron en el museo del Prado.

El edificio del Prado le recordó un poco a la Universidad de Salamanca.

Entraron en la sala de Velázquez. Un grupo de italianos miraba al techo mientras el guía les explicaba:

—En este museo está comprendida toda la historia del arte español, como verán. Los...

De pronto, la mamá de Tito interrumpió al guía:

—Querrás decir del arte español católico, capullo, porque de los setecientos años de arte musulmán y judío no hay ni rastro.

—Por favor, señora, estoy intentando explicar a mi grupo la historia de...

—Deja de molestar con tus gilipolleces, imbécil.

—Le ruego que se calle, señora, estoy tratando de...

La mamá de Tito no se amilanó, todo lo contrario. Con lo pequeña que era, agarró al pedazo de guía por la solapa de la camisa y le gritó:

—A ver si te voy a dar una hostia que te van a dar dos vueltas las cervicales, ¡hijo de puta!

Raúl no podía creerse la reacción de Antonia.

—Cálmese, Antonia, salgamos de aquí. —La agarró del brazo y la sacó sin prisa pero sin pausa de la sala—. Tranquila, Antonia, cálmese, que ya nos vamos.

Salieron al pasillo y la mamá de Tito pareció relajarse un poco.

—Ay, gracias, majo, ya estoy mejor, más calmada. Perdón. Últimamente no duermo muy bien. Qué guapo eres. Gracias, gracias.

Antonia pareció calmarse, pero cuando alzó la mirada y observó los cuadros que colgaban de las paredes del pasillo volvió a sofocarse y empezó a gritar y a maldecir de nuevo:

—¡Me voy a cagar en todos los muertos! ¿Has visto alguna vez tantos obispos, cardenales, reyes, duques, condes y gentes de mal vivir juntas? ¡Los grandes genocidas de la historia de este país están retratados aquí! ¡Esta mierda de museo es el puto túnel del terror!

La mamá de Tito parecía poseída por el diablo, sacaba bilis por la boca, pataleaba y daba puñetazos al aire sin ningún control. ¿De dónde sacaba tanta energía?

—¡Devolvednos todo el arte que quemasteis, cabrones! ¿Es que nadie lo ve? ¡Los mismos hijos de puta que cuelgan de las paredes del museo fueron los que quemaron las verdaderas obras de arte español! Solo dejaron Cristos y reyes. ¡Me cago en Dios, en el rey y en la piojosa de su madre!

Era tal el escándalo que Antonia armaba que el guardia de seguridad se acercó.

—¿Otra vez por aquí, Antonia? Venga, váyase para casa que ya sabe que esto no le va bien para su salud.

—¡A ti te voy a mandar a casa de una patada en los cojones! ¿Es que soy la única que se da cuenta de lo feos que son los ricos? Mira qué cara de idiota, qué mirada repugnante, vanidad, crueldad... ¡Me cago en el palco del Bernabéu! Los únicos guapos que encontrarás en este museo son los niños pobres de Murillo. Niños hermosos con ropas humildes, miradas limpias, sonrisas francas... ¡Viva el Rayo Vallecano! Esto es una farsa, un inventario del mal gusto. ¡Socorro, quiero color!

Raúl trataba de arrastrar a Antonia hacia la puerta de salida, pero ella forcejeaba y se caía al suelo constantemente maldiciendo con un vozarrón que parecía salir de las entrañas de un estibador de los muelles. De la viejecita adorable no quedaba nada, echaba espuma por la boca.

—Hostia puta, el Greco de los cojones, este era simpático, ¡pero se pasó la vida pintando maricones y mapas! Palacios, iglesias, monasterios, vicarías... montones de piedra construidos para albergar monumentos a la injusticia y a la desigualdad. ¡Jódete, Greco, vete al carajo! Quiero color, hostias, dadme color que estoy en un museo de pintura. ¡Viva el Rayo Vallecano!

Raúl no sabía qué hacer. Intentaba buscar el cartelito de salida del museo, pero cada vez parecía adentrarse más en un laberinto de salas con seres monstruosos colgados de las paredes que le miraban fijamente desde encima de sus caballos, Cristos colgados en todas las formas suplicándole ayuda, Vírgenes con sonrisas beatas y mirada iluminada que parecían reírse de sus intentos de escapar.

Era increíble la perfección con que estaban pintadas las expresiones de vanidad, crueldad y avaricia en ese museo.

Consiguieron llegar al pabellón de la pintura flamenca. La mamá de Tito tenía la cara morada de tanto gritar, los ojos en blanco y el cuerpo medio agarrotado, pero seguía dando voces:

—Mira qué imbéciles, las pinturitas de otros países. Eligieron los cuadros extranjeros más tenebrosos para que no resaltaran entre los españoles. ¡Quiero ir al museo a ver colores, gilipollas! ¡Me cago en España, vaya mierda de país!

—Tranquila, Antonia, vamos a casa y tomamos otro café.

Raúl no sabía cómo calmarla. Intentaba huir del museo, pero cada vez aparecían más salas y más cuadros. Las salas ya le parecían criptas llenas de muertos con miradas aterradoras, paisajes tormentosos y escenas dantescas.

Buscaba desesperadamente algún cuadro en la pared que tuviera un poco de luz y de color, pero le era imposible.

En el museo del Prado, los cuadros parecen haber sido pintados rascando un lienzo negro, descoloriéndolo poco a poco para conseguir una especie de imagen entre gris y marrón que parece salir de entre las tinieblas. Como empalidecer el negro en vez de hacer resplandecer el blanco del lienzo.

Con decir que *El jardín de las delicias* le pareció a Raúl el cuadro más colorido y alegre del museo, ya queda todo dicho.

Antonia estaba al borde del desmayo o al borde del despegue definitivo hacia las nubes, sacaba humo por las orejas, la permanente se le había puesto de punta y sus pelos parecían escarpas.

Seguía vociferando:

—¿Os parece que el color es de mal gusto o qué? ¡Os voy a pegar dos tiros y luego iré a mearme encima de vuestras tumbas!

Otro guardia de seguridad se acercó con calma. También parecía conocerla.

—Vamos a llevarla a la sala de los Goya, a veces allí se siente mejor.

El guarda ayudó a Raúl a cargar a Antonia hasta allí. La sala de Goya estaba llena de niños jugando. Sus padres los dejaban ahí mientras visitaban el museo. Era, sin duda, la más alegre de todas. Comparada con el espanto que provocaba el resto de las pinturas del museo, esta era ideal para el público infantil, un buen lugar donde dejar a sus hijos jugando mientras los mayores se adentran en las tinieblas de un templo no apto para menores.

Antonia pareció calmarse. El guardia de seguridad le hizo un masaje y fue calmándola poco a poco mientras le susurraba al oído el *Eres tú* de Mecedades.

Miró a Raúl y le dijo:

—En cuanto se relaje, llévesela de aquí de inmediato. ¿Es que no sabe que esta señora tiene prohibida la entrada al museo?

—No lo sabía. La acabo de conocer.

—Ya, siempre hace lo mismo, pilla al primer desconocido con cara de tonto que encuentra y lo trae al museo. Váyanse a casa, y sobre todo, si le pide ir al campo del Rayo Vallecano, no le haga caso. Sigán derechos para casa y no paren hasta llegar al portal.

—De acuerdo, ya me la llevo.

El guardia jurado ayudó a levantar a Antonia y le arregló el peinado con la mano, cariñosamente.

—Venga, Antonia, este muchacho la acompaña a casa. Y recuerde tomarse la medicación.

Regresaron a casa. La gente de la calle parecía ahora más tranquila, todos caminaban mirando sus móviles, apresurados, como si vinieran de un sitio importante y fueran a otro sitio aún más importante; el móvil era su brújula, su guía.

Nadie hablaba. La ciudad estaba en silencio, el silencio del teléfono.

Cuando llegaron a casa, Antonia volvió a ser la adorable ancianita. Tito ya estaba desayunando un cigarro y un café.

—Veo que ya os conocéis. No la habrás llevado al museo del Prado, ¿verdad?

—No, qué va, estuvimos paseando por el Retiro y luego me enseñó Lavapiés. Es un barrio muy grande.

Raúl miró de reojo a Antonia y le dedicó una sonrisa cómplice. Antonia sonrió, estaba feliz.

## XI

El concierto de Madrid fue en la sala Galileo.

En el concierto de Madrid no pasó nada. Parecía que tenía que pasar algo, pero al final nunca pasa nada.

Eso sí, antes del concierto pasó un montón de gente. Todos querían entrevistar a Raúl: un punki para una emisora *heavy* de San Blas, un seminarista para la SER, un rabino para *La Vanguardia*, un becario para *El País*, un meritorio para *El Mundo*, un estudiante para el *ABC*.

Un pintor muy interesante quería hacerle un retrato, una chica quería hacerle la carta astral, otra le proponía tocar en un descampado en solidaridad con unos okupas que iban a ser desalojados...

Un niño inválido quería besarle, otro tenía unas camisetas que pretendía vender con su permiso. Uno quería hacerle una página web, otro tenía un restaurante muy bueno y le invitaba a un chupito cuando quisiera.

Otro quería hacerle una foto artística, otra le quería de portada de su *fanzine*. Una chica le quería hacer el amor, otro le invitaba a una reunión para elegir nuevo presidente de la SGAE.

Tantas propuestas deshonestas hicieron que Raúl estuviese ligeramente desconcentrado durante el concierto, pero, aun así, disfrutó mientras cantaba, perdiendo la mirada entre los mil recodos de la sala Galileo.

Después del concierto, la gente estaba feliz, sospechosamente feliz. Extremadamente. Eufóricos, totalmente entusiasmados. A todos les había encantado. Extraordinario. Fantástico.

Le hicieron un par de propuestas para ser actor de teatro o de cine o de lo que quisiera.



Una discográfica le ofrecía un contrato, tres productores le juraron amor y gira eterna, otro le invitaba a la presentación de los premios Goya, otro le ofrecía hacerle un videoclip completamente gratis.

Otro le proponía hacer una gira por toda Europa.

Todos sonreían. La gente que tiene los dientes blancos se ríe mucho y con la boca abierta.

Tanta sonrisita y buenas palabras hicieron que Raúl no supiera nunca si el concierto fue bueno o malo.

Todo el mundo era importante esa noche. Manuel diseñador y modelo. Jose escenógrafo del teatro es tan grande. Los madrileños tienen nombres extraños. Parecen añorar su pasado cortesano, les gusta aparentar que tienen cierta nobleza o importancia social. Ramón productor y arreglista de Juan Pardo. Se sienten desnudos sin abo lengo, por eso se hacen llamar por el nombre y las acciones que emprenden. María hijad el director Trueba. Eso les confiere un rango igual a un título nobiliario. Soy Juan presidente de tal compañía. Ella es María super amiga del jefe de todo.

Parece que, así, su nombre cobra cierta relevancia.

Es muy triste llamarse Manolo a secas en Madrid.

Tal batiburrillo de nombres acabó llenando el pasillo-camerino de la Galileo de gente super feliz y super encantada. Raúl tenía ganas de estar solo. Tito estaba a sus anchas, radiante.

Alguien propuso ir a tomar una copa al Candela, pero a otro le pareció demasiado cutre. Otro dijo de ir a La Boca del Lobo, pero era demasiado *indie*. Otro quería ir al Perro Verde, pero había una fiesta demasiado *hippie*. La Realidad estaba llena de pijos y La Esfera llena de niñatos.

La discusión subía de tono.

En una ciudad llena de bares, nadie parecía encontrar el local ideal para tomar una simple cerveza.

Raúl aprovechó la confusión y los dejó discutiendo en la puerta de la Galileo. Tenía ganas de llegar al hotel.

Estaba cansado de conocer a tanta gente, pero las calles no le dejaban en paz. Los edificios de la calle le veían pasar y se le presentaban.

—Hola, Raúl, soy el edificio de correos, del arquitecto Ventura Rodríguez.

—Pues yo soy la plaza Mayor.

—Pues yo soy la Puerta del Sol y soy más importante que tú.

Los monumentos y palacios de Madrid parecían tenerse envidia entre ellos. Raúl no les hacía caso. Estaba cansado. No quería saber nada de las discusiones privadas entre los edificios de Madrid. Los ignoraba.

—Eh, Raúl, ¿qué tal? ¿Me ves? Soy un *jeep* Cherokee.

—Yo soy una moto BMW 100 Zeppelin.

—Pues yo soy la pescadería Lolita.

Raúl aceleró el paso. Hasta los perros le saludaban:

—Soy *Bobby*, un terranova de Torre Vieja.

Finalmente oyó una voz familiar:

—Hola, Raúl. —Era la voz cálida y amable de su hotel. Por fin—. Buenas noches, pasa, por favor.

El hotel abrió la boca y le dejó entrar.

## XII

Esa noche Raúl tuvo pesadillas, soñó que era un león marino que intentaba ser cazado por una de las meninas bajo la implacable mirada inquisitiva del Greco, en medio de una tempestad pintada por Brueghel.

Miles de Cristos crucificados boca abajo se desangraban en el cielo y teñían el mar de rojo.

Cuando despertó, puso la televisión. No lo podía creer: el ministro que hablaba en la tele tenía la misma cara que uno de los obispos de Rubens. Nada había cambiado.

A las diez de la mañana tenían reunión en la oficina de Manuel Quijano de las Heras, un promotor de toda la vida que les ofrecía una gira por Europa. Pero Manuel Quijano de las Heras retrasó la cita a la una del mediodía y, en vez de quedar en la oficina, se encontraron directamente en el bar Santa Bárbara.

Tito y Manuel se conocían de siempre, habían compartido artista, discográfica y sala de conciertos en más de una ocasión. Se tomaron ocho o nueve cañitas cada uno y hablaron de los viejos tiempos y de los amigos muertos.

Manuel Quijano de las Heras dijo:

—Os voy a hacer una propuesta. ¿Por qué no vamos al Doña Joaquina y allí lo hablamos tranquilamente?

Fueron a comer un cocido madrileño que a Raúl le sentó como una patada en los huevos. «¿Es que nunca paran de comer?», pensaba.

La comida se alargó y entonces Manuel propuso que le acompañaran a una presentación de un grupo nuevo, Frijoles Fritos.

Allí tomaron unos *gin-tonics* mientras discutían ya medio borrachos la mejor manera de servirlos. En un momento dado, Manuel se levantó del taburete tambaleándose y dijo:

—¿Por qué no vamos a cenar y hablamos de la gira por Europa?

Fueron a cenar jamón, queso y unas morcillas que según decía eran las mejores de España. Tomaron un Ribera del Duero porque según Tito los riojas eran una mierda. Durante la cena Tito y Manuel seguían hablando de los viejos tiempos, de los amigos muertos y de lo mal que estaban las cosas. A Raúl la cena se le hizo eterna; tenía interés en conocer la propuesta de Manuel, quería conocer Europa. Se preguntaba si Manuel tenía pensado llevarlo a Bulgaria, le hacía gracia tocar en Sofía.

Después de tomarse un arroz con leche de postre, Manuel volvió a proponer un plan.

—Vamos a ver el concierto de Nacho Vegas. Y después seguimos hablando.

Fueron al concierto de Nacho Vegas.

Tito y Manuel llevaban tal pedo que pillaron un gramo de cocaína y fueron a tomar la última en el José Alfredo. Se habían jurado que allí concretarían la gira tomando unos tequilas tranquilamente.

Al día siguiente, ni Tito ni Manuel recordaban si cerraron el trato o no.

Raúl tampoco supo nunca si haría gira por Europa.

Así se hacen los negocios en Madrid.

## XIII

Nadie lo sabía, pero el jefe supremo del Gobierno del planeta E-X2 tenía serios problemas. Su popularidad estaba por los suelos, la economía estaba al borde del colapso y, según las encuestas, no ganaría las próximas elecciones presidenciales. Así que decidió dar un golpe de efecto electoral y activó un plan de actualización de los soportes de colonización en todos los planetas de los sistemas solares E\_X3 y EX8.

Las pistas de aterrizaje estaban obsoletas, los centros de observación comenzaban a fallar. Las estructuras de colonización eran inoperantes, los materiales como la piedra, tan abundantes en esos planetas, ya no aguantaban.

Los códigos de comunicación estaban a punto de ser descifrados por planetas enemigos.

Así que aquella mañana de jueves, el presidente activó el proceso de renovación.

Las pirámides egipcias, mayas y aztecas fueron sustituidas por un microchip microscópico de nueva generación, la Atlántida fue reflatada, dos templos indios, los monolitos de Stonehenge y el monte Fuji fueron sustituidos por otros soportes de materiales más modernos y no tan aparatosos.

Cuando los habitantes del planeta Tierra despertaron, las pirámides habían desaparecido.

Eso causó gran consternación.

¿Dónde estaba el monte Fuji? ¿Quién se había llevado las pirámides?

Las redes sociales echaban humo. La ONU se reunió de urgencia para tratar la cuestión. En el planeta Tierra no se hablaba de otra cosa.

Al alcalde de Burgos, que estaba a punto de ser imputado por corrupción, le vino de maravilla la noticia; nada mejor que hacer desaparecer las pirámides de Egipto para desviar la atención.

Raúl y Tito se enteraron de la noticia por la radio del coche, estaban cruzando Burgos en dirección a Pancorbo.

A Tito le afectó mucho la noticia. Al contrario que el alcalde de Burgos, él estaba triste. No se podía creer que las pirámides de Egipto hubiesen desaparecido. Se borraba de un plumazo buena parte de su juventud.

Recordó que estuvo a punto de ser egiptólogo. Ahora veía muy lejos los días en que estaba obsesionado con Egipto. Recordaba con cariño la compañía de la historia de Egipto. De hecho, Egipto fue su mejor amigo de infancia. Su único amigo.

Tito siempre había pensado que su destino era vivir en Egipto.

De pequeño era un niño muy especial. Se vestía siempre de faraón por carnaval y sus pasteles de cumpleaños tenían forma de pirámide.

Al principio, sus padres se preocuparon un poco, pues su obsesión por Egipto rozaba el asperger, no hablaba de otra cosa, ni veía películas de otro tema ni leía libros que no contaran aventuras sucedidas en Egipto.

Las paredes de su habitación estaban forradas con fotos del arqueólogo Howard Carter, descubridor de la tumba de Tutankamon, pósteres de Cleopatra o mapas del Nilo. Tenía un perro llamado *Ramsés* y un gato llamado *Ptolomeo* que se comió a su pez, llamado *Osiris*.

Soñaba que era un arqueólogo famoso descubriendo la nariz perdida de la Esfinge o descifrando jeroglíficos imposibles que explicaban la creación del universo.

De adolescente su obsesión no menguó: se imaginaba invadiendo el desierto del Sinaí junto a Kefrén, bebiendo cerveza en Tebas, desarrollando ambiciosos proyectos de irrigación en El Fayum o luchando codo con codo junto a Ramsés II contra los hititas.

Cada verano le suplicaba a sus padres que se fueran de vacaciones al Nilo, pero siempre acababan llevándole a Blasconuño de Matababras, así que se pasaba los veranos en el pueblo, en casa de su abuela comiendo panceta, persiguiendo lagartijas o huyendo de los perros del vecino.

Cuando acabó la secundaria, se matriculó en la Facultad de Historia. Quería especializarse en egiptología.

Empezaron a gustarle cada vez más las novelas sobre Egipto de Terenci Moix, hasta que comenzó a soñar que se vestía con ropas de faraón egipcio y sodomizaba a un soldado romano bañado en leche de burro. Cambió de autores, pero no de tema. Seguía obsesionado con Egipto.

Al acabar el primer curso de Historia, su madre, que era profesora de historia del arte en el colegio del barrio, le pagó por fin el viaje.

¡Por fin vería las pirámides de Egipto!

Era su primer viaje solo.

Llegó a El Cairo y se hospedó en una pensión del barrio de la Kasba. No pudo pegar ojo en toda la noche.

Por la mañana fue el primero en montar en el autobús. Los doce kilómetros que separan El Cairo de las pirámides se le hicieron eternos.

Cuando llegó, el corazón le palpitaba a cien por hora. Allí estaba, lo había conseguido. Sabía que había nacido para vivir este momento, todo encajaba, al fin el gran momento que daba sentido a su vida. Cerró los ojos. Aspiró el aire del desierto. Quería saborear el instante. Por fin, abrió los ojos y miró.

Estaba escrito, lo había imaginado millones de veces: allí estaba Tito, contemplando las pirámides de Egipto. Pero justo en ese momento el destino quiso que se cruzara por delante de él una chica con pantalón rojo. Le pareció la mujer más bonita del mundo. Giró la cabeza y dejó de contemplar las pirámides para fijarse en el brillo de los hombros de esa chica.

Así fue como Tito, en un abrir y cerrar de ojos, se olvidó de su obsesión por Egipto. En ese preciso instante dejaron de interesarle para siempre las pirámides de Egipto.

Desde ese momento, Tito ya solo se interesó por esa chica de pantalón rojo, tan ajustado que marcaba una pirámide roja invertida bajo su vientre mientras se alejaba poco a poco con andares ingenuamente provocativos.

La siguió, la persiguió y la consiguió. Aquella misma noche perdió la virginidad con la chica del pantalón rojo, ahora sin pantalón rojo.

La chica se llamaba Bibiana y estaba en Egipto para comprar algo de hachís y llevarlo a Madrid. Las pirámides le importaban un pito.

Esa noche, tumbados en la cama del hotel, él y Bibiana hicieron el amor como posesos. La luna no entraba por la ventana de su habitación, que olía a rancio, pero aun así a Tito le pareció todo muy romántico.

—Pues a mí me parece que las pirámides son una cagada —dijo Bibiana mientras encendía un porrito recostada en la cama.

—Son la perfección arquitectónica —contestó Tito sin pestañear.

Pero Bibiana prosiguió.

—Dile a unos niños que hagan castillos en la arena, el más tonto te hará una pirámide. Es la construcción más sencilla.

—Tú no tienes ni idea del trabajo de ingeniería y arquitectura que hay en estos templos.

Entonces Bibiana saltó de la cama y se puso en posición de jeroglífico egipcio.

—Conviérteme en faraón y dame todo el dinero del reino, doscientos mil esclavos a los que pueda tratar a latigazos y dar un puñado de avena para comer hasta que revienten de agotamiento y luego doscientos mil esclavos más. Verás como yo también te construyo, como mínimo, una pirámide.

Allí y así comenzó Tito su nueva vida. La chica le presentó a Ray Heredia y juntos se aficionaron a la heroína.

Finalmente, un 2 de mayo, la chica de pantalón rojo le abandonó por un guitarrista más peludo y alto que Sansón, pero Tito ya nunca dejó el mundo de la música.

Y aquí estaba, veinticinco años después, desafiando su destino. En vez de ejercer de profesor de historia en El Cairo, ahora estaba perdido en Burgos, camino a Gijón, acompañando a un cantante uruguayo.

Perdido, porque en vez de ir a Gijón por León fue en dirección a Santander. Cuando se dio cuenta del error, disimuló diciéndole a Raúl que por Santander la ruta era más larga y rara, pero más bonita.

Entre las paradas que hicieron para comer caparrones, callos cocidos, cabritos y chorizos y que Tito no tenía ni idea de dónde estaba, tuvieron que



quedarse a pasar la noche a medio camino, en un pueblecito minúsculo: Aliezo.

Durmieron en el hostel del pueblo.

A Raúl le gustó. En vez de esos cuadros horribles que tienen los hoteles de las capitales, la habitación tenía una mancha de humedad en la pared, que le recordó a la que había en su casa de Rocha, en Uruguay. De pequeño se pasaba horas mirando esa mancha, imaginando mundos que se dibujaban en un verde moho y que le disparaban la imaginación.

La mancha le hacía compañía, siempre pudo ver en ella lo que quiso. Cada día la mancha le mostraba una imagen diferente, otro paisaje, otro personaje, otra sensación. La mancha crecía con él.

Un día llegó un albañil y reparó la mancha.

Luego vino el pintor y la borró por completo.

Raúl se sintió solo, se quedó sin mancha, muy solo. Tal vez sus canciones solo fueran un intento desesperado por describir esa mancha.

En Aliezo se sintió bien. Durmió de un tirón. Próximo concierto: Gijón.

## XIV

Tito conocía la mayoría de los chismorreos de programadores, productoras, mánagers y gente del espectáculo. Según Tito, el concejal de Cultura de Gijón era un hijo de puta.

Es decir, que su madre era una puta.

Fina, pero puta. Se había tirado, a cambio de regalitos, a todos los altos cargos franquistas hasta casarse con un empresario de Gijón, el dueño del negocio de entradas y salidas del puerto. Lo llamaban el Carbonero.

Tuvieron un hijo, Leopoldo, que heredó toda su fortuna.

Hacerse rico gracias a los negocios de papá es uno de los deportes preferidos de los españoles en general. Por mucho que los españoles se declaren antimonárquicos, la ferretería de su padre siempre será para su hijo. Hoy Leopoldo, el huerfanito, ya era el amo de los muelles de Gijón y de algunos locales más en el centro de la ciudad.

Leopoldo se casó con la Trini, ahora llamada señora Trinidad, una mujer del Opus que se pasaba el día yendo a misa y viendo la tele.

Leopoldo quería ser alcalde de Gijón, o, mejor dicho, su mujer quería que fuera alcalde de Gijón, así que se afiliaron al Partido Popular y enseguida, a cambio —presuntamente— de regalarle un «barquito» al alcalde, le hicieron concejal de Cultura.

Una buena manera de comenzar en política.

Su trabajo consistía en enmarañar empresas fantasma, creadas por cuñados o amiguetes afines al partido, para reformar cosas como el teatro Jovellanos o la iglesia de San Agustín.

Su cometido era encontrar la manera de desviar buena parte del presupuesto de Cultura para cubrir los enormes gastos que le suponía conseguir niños.

Pero ser concejal de Cultura también tiene una parte más engorrosa, como es decidir qué espectáculos se programan en el teatro Jovellanos.

Normalmente le aconsejaba su mujer, que veía mucho la tele y estaba al día.

La programación era bastante buena. Contrataban a todos los cómicos de las series de televisión, los vodeviles protagonizados por los galanes de televisión y las obras de teatro de los presentadores de televisión.

El teatro se llenaba y Leopoldo estaba convencido de que Gijón era la ciudad piloto de la cultura española, ejemplo que seguir para las artes escénicas del mundo.

Entre el dinero que pagaba a los del Opus y su obra social, tenía el Cielo ganado. Se pasaría la eternidad en el Cielo, tumbado en una nube, rodeado de angelitos. Él les daría palmaditas en el culito y les acariciaría las alas.

¡Que viva Jesucristo! Ser católico y rico era fantástico.

Esa noche Leopoldo iba al teatro. No tenía ni idea de quién actuaba, pero quería ver las luces nuevas. Habían inundado el teatro de luces de emergencia. No solo el teatro, también todos los museos, juzgados, hospitales, escuelas y otros edificios públicos. Un buen día todo Gijón se despertó lleno de luces de emergencia.

Leopoldo ganó unos buenos dineros con esa operación. Las bombillas Led las consiguió de un contenedor que le regalaron unos chinos a cambio de saltarse el papeleo para abrir tres colmados en unos locales de su propiedad. Fue un golpe genial, una puñalada al corazón del cabrón del concejal de Urbanismo, Adolfo Sacristán, que también pretendía ser alcalde.

Leopoldo, el huerfanito concejal de Cultura, entró en el teatro como el *sheriff* entra en un salón de Alabama.

Primero pasó por la taquilla y saludó a la taquillera, que era su sobrina.

—¿Qué tal hoy? ¿Muchas entradas vendidas?

—Hoy no hay mucho público.

—Pero ¿no era un cantante muy famoso de una telenovela de moda en Argentina?

—Pues no sé, pero solo hemos vendido ciento cincuenta, y a los abonados de siempre.

Tito era hábil negociando con los teatros. Les había asegurado que Raúl Gadea era un actor famoso en Argentina, que dentro de poco se estrenaría la serie en España y que entonces les costaría un huevo contratarle. Si lo hacían ahora, Tito se lo dejaba a mitad de precio, y siempre podrían decir que fueron los primeros en contratar a Raúl Gadea, el galán latino del futuro.

Leopoldo se enfadó.

—Bueno, ya me darás la recaudación cuando salga. Y acuérdate de separar el diez por ciento para los de autores y de meterlo en la caja de zapatos, que también lo recogeré yo.

Fue al vestíbulo, Raúl estaba a punto de comenzar el concierto.

Leopoldo no tomó ningún café en el bar del teatro. Los beneficios de ese bar eran para el cabrón del concejal de Urbanismo.

«Hijo puta, rojo, fan de Ana Belén. Algún día todo será mío», pensaba Leopoldo. Y justo en ese momento apareció Adolfo, el concejal de Urbanismo.

—Hola, Leopoldo, ¿cómo estás? ¿Cómo va la cultura?

—Adolfo, querido amigo, ¿cómo estás?

—Me alegra verte por el teatro. Hoy hay un buen concierto, ¿verdad?

—No he venido al concierto, solo he pasado a recoger el dinero de la caja del bar de esta semana.

Adolfo era duro de roer. También era hijo del dueño de medio barrio chino.

De joven se hizo del PSOE y aprovechó el auge del socialismo para quedarse con la otra mitad del barrio. Luego, cuando el PSOE cayó, se sacó el carné del PP. Era un pelota y un trepa.

Ahora también pretendía ser alcalde. Él lo negaba, pero Leopoldo lo sabía. Era su rival, su único obstáculo para hacerse con la alcaldía.

Leopoldo subió las escaleras del teatro Jovellanos y entró en su palco. Desde allí vio al técnico de sonido en la mesa. Las mesas de sonido le gustaban: esos cacharritos con lucecitas y botones debían de costar un

montón de dinero. Era un negocio que se le escapaba de las manos. Tal vez podría ser rentable ser también el dueño de uno de esos equipos.

Esos aparatitos debían alquilarse a precios astronómicos, y por la manera en que iban vestidos los técnicos no parecían cobrar mucho.

Raúl empezó el concierto, a la primera canción consiguió atrapar a todo el público, a todos menos a Leopoldo, el concejal de Cultura. Él alquilaba el teatro a los artistas, los hospedaba en su hotel y les hacía comer en sus restaurantes. ¿Por qué no alquilarles también el equipo de sonido? Iba a estudiar con calma la cuestión.

Raúl ese día estaba fino, su voz salía despedida hacia la platea y chocaba dulcemente contra el cuerpo de los que escuchaban.

Leopoldo seguía ajeno a todo, absorto en sus pensamientos. Había ganado sus buenos dineritos con la empresa que creó dos años atrás solo para venderle al Ayuntamiento las sillas del teatro. La empresa de arquitectos de su primo Manolo ya había ampliado los lavabos, y su cuñado suministró el cemento y el material de construcción de la reforma del vestíbulo y los nuevos camerinos. Solo le quedaba apoderarse del maldito bar del concejal de Urbanismo y la cuestión del sonido. Si lo conseguía, el teatro sería suyo.

Raúl continuaba cantando, el público estaba entusiasmado.

El concierto era bonito de verdad.

Pero el concejal seguía maquinando.

Le gustaba contar el valor de las personas del público, no podía evitarlo.

Por ejemplo: una señora sentada en una butaca vale lo que lleva puesto. Se suma el precio de su vestido, más el de su abrigo, el coste de sus zapatos y del bolso, más el importe que él se imaginaba que costaban las cosas que llevaba dentro del bolso. A todo eso también añadía el precio del reloj, los anillos o los collares.

Raúl estaba llegando al final del concierto, había pasado casi una hora y media.

La hora y media más rápida en la vida de buena parte del público. Pero Leopoldo seguía calculando: «Esa persona vale dos mil doscientos euros, más el iPhone, son dos mil seiscientos euros; está sentada en una silla que cuesta

trescientos euros y con una lucecita de emergencia que cuesta dos euros. Total dos mil novecientos dos euros. Multiplicado por las ciento cincuenta personas que hay de público, serán 435.300 euros. Así que el valor total de las personas del teatro es de...».

Raúl tocó el último acorde del concierto y los 435.300 euros se levantaron de sus sillas entusiasmados.

Raúl saludó.

El público le aplaudía a rabiar.

El concejal también se levantó.

—¡¡¡Serán un total de 435.300 euros!!!

Y se imaginó que los aplausos eran para él.

—435.300 euros. Gracias, gracias. Yo también os quiero.

Después de recibir la ovación, el concejal de Cultura bajó las escaleras del primer piso como si hubiese hecho el concierto de su vida. Se encontró con una mujer que llevaba un niño en brazos durmiendo.

—Mmm, qué niño tan guapo tiene usted, señora.

Salió del teatro y se fue a una casa de putas.

En la casa de putas volvió a encontrarse con Adolfo, el concejal de Urbanismo.

—¿No lo sabes, Leopoldito? Acabo de comprar el local. Ja, ja, ja. ¿Te gusta?

—Algún día acabaré contigo, Adolfo, y la ciudad será mía.

Leopoldo salió de la casa de putas.

Tarde o temprano sería alcalde, tal vez presidente de Cantabria. Y quién sabe, si el partido se lo pedía, quizás algún día llegaría ser un buen presidente de España.

Su perfil encajaba con el puesto de presidente.

Méritos no le faltaban.

## XV

Saliendo de Gijón pasaron por delante de la nueva academia de guardaespaldas, para futuros mandatarios como de Podemos o Ciudadanos. Debían ser guardaespaldas con una imagen más informal y cercana; al mismo tiempo, las hostias que pegaban tenían que estar mucho más actualizadas, ser más sutiles y modernas, pero sin perder la eficiencia de siempre. Estaban a favor de los golpes que provocaban hemorragias internas, nada de sangre ni moratones. La eficacia de los nuevos cuerpos policiales era máxima. Para levantar el edificio de la nueva academia, mamotreto digno de Foster, murieron unos dos millones de hormigas, ciento ochenta y siete árboles, cuarenta especies de arbustos, polillas, cucarachas, conejos, zorros y jabalíes. La eficacia de los nuevos cuerpos policiales era máxima.

—Me gustaría mucho conocer el hogar de los cántabros orgenomescos — dijo Raúl.

A Raúl no le interesaban tanto los yacimientos megalíticos del Barcenal como pasear por los mismos paisajes que antaño pisaron los cántabros orgenomescos.

Le gustaba el concepto cántabro orgenomesco. Le atraían los nombres de razas ya extintas de Europa, nombres evocadores de tribus o civilizaciones como otomanos, queruscos, visigodos, sajones, turingios o macedonios. Se dijo a sí mismo que algún día conseguiría situarlos en el mapa y en el momento histórico correcto.

Logró arrancarle a Tito un pequeño paseo por el valle. Hacía frío, pero era agradable. Se veía el mar y la montaña, así de simple. Raúl se sintió por fin como un auténtico cántabro orgenomesco.

Tito caminaba a su lado con cara de aburrido.

—Recuerda que tenemos que llegar a San Vicente de la Barquera a la hora de comer. Sirven un atún que te cagas, lo mejor que has probado nunca,

tronco.

Raúl no comprendía cómo uno se podía cagar de gusto comiendo alguna cosa, y mucho menos un pedazo de atún.

Nunca vio a nadie en Uruguay hacerlo, pero al parecer, en España, si bien no era frecuente, tampoco era algo excepcional.

A él también le encantaría experimentar esa sensación. Ha de ser genial cagarse de gusto mientras se está comiendo. Intentaba imaginar qué comida tan extraordinariamente buenísima podría inducir al comensal a cagarse de placer.

Sobre las dos de la tarde llegaron al puerto de San Vicente. Aparcaron justo enfrente del restaurante.

—Siempre tengo suerte encontrando sitio para aparcar, soy la hostia —vociferó Tito—. Aquí está, el restaurante de Sebas.

Tito lo mostró orgulloso, señalando la puerta, como si fuera un trofeo de pesca.

—Este es el mejor, los demás son todos una puta mierda. Dan percebes de Marruecos, los muy mamones. Pero este es de un amigo mío, el Sebas. ¡Ja, ja, ja! Si yo te contara lo del Sebas, fliparías; es como mi hermano, ya verás.

Entraron en el restaurante. Enseguida se acercó a ellos una camarera joven que los atendió con indiferencia. Tito dijo:

—Qué guapa eres, cielo. ¿Está Sebas?

—No, hoy no vendrá, ayer estuvo trabajando hasta tarde.

—¿Trabajando hasta tarde? Ja, ja, ja. Este Sebas es la hostia. Bueno, ¿tienes una mesa bien chula para dos, preciosa?

—Tenemos esa. —Señaló la única mesa libre que quedaba en la terraza.

Tito se sentó en la silla como quien llega a casa agotado del trabajo y se tira en el sofá.

—Este restaurante me encanta, tío, tiene algo especial que no tienen los otros. ¿No te parece?

Pero a Raúl le parecían más bien todos iguales. Es más, no distinguía dónde acababa uno y empezaba el otro.

Tito pidió unas cañas, pero, a mitad del primer sorbo, exclamó:



—Joder, ni que el Sebas no hubiera estado nunca en Lavapiés. Vaya mierda de caña. ¿Me traes un botellín, porfa? Y un *gin-tonic*.

Luego, para picar, pidió unos mejillones, unos erizos de mar, unas almejas, unas navajas y, cómo no, unos percebes del Cantábrico.

La camarera también les recomendó una empanada que estaba muy rica.

El puerto de San Vicente era coquetón, repleto de gente. Los domingueros se esparcían como sombras coloridas en sillas de terracitas de bar y, básicamente, comían; o más que eso: parecía que sus vidas dependieran de los camareros que les servían la comida.

A Raúl le parecieron termitas: de un momento a otro dejarían de comer de los platos y empezarían a comerse las sillas, las mesas, los cubiertos, a los camareros, las vigas de techo, la barra, la playa entera.

Desde el mar debe de ser horripilante lo que ven los peces en los puertos turísticos: gente devorando a inocentes de una manera cruel, meticulosa y desproporcionada; los restaurantes del puerto deben ser la visión del Infierno para un pez.

Raúl comió medio erizo y un mejillón, no tenía hambre o, al menos, esa situación no le abría el apetito.

Tito tragaba como un poseso.

Cuando acabó con todos los pobres bichos de la mesa, llegó el atún. Se lo comió entre exclamaciones exageradas de placer.

—Mmm. ¿Qué te dije? ¡Está tremendo! Che, pibe, ¿no le gustó?

A Tito le parecía que imitando el acento uruguayo intimaba algo más con Raúl, pero este no entendía por qué a veces Tito soltaba expresiones en argentino o mexicano tan incongruentes. ¿Qué tendría que ver el acento argentino o mexicano con el uruguayo? Sabía que lo hacía de buena fe, en momentos en que se sentía más o menos eufórico y nunca antes de la tercera cerveza.

Tito le dijo que San Vicente era el pueblo más bonito de Cantabria, los demás eran todos una mierda.

—Son todos iguales, te lo juro. No tienen nada. Hace un frío que te mueres y llueve todo el año. Vivir en Cantabria ha de ser asqueroso. Bueno, solo

fíjate en la cara de tristes que tienen.

Tito dividía en dos a los cántabros:

—Están los comepercebes de Castro Urdiales, Santoña y Suances, y los comecocidos montañeses del interior, que tienen nombres más raros aún —sentenció—. Por lo demás, son todos medio idiotas y no saben ni tirar cañas. Además no tienen ni puta idea de lo que es un concierto y no te contratan un bolo ni siendo íntimo del concejal de Cultura.

Acabó el *gin-tonic* en un tiempo que a Raúl le pareció eterno.

—Tenemos que llegar a Bilbao pronto. La prueba de sonido es a las siete, abren puertas a las nueve, a las diez empieza el bolo. ¿Quieres pasar antes por el hotel?

## XVI

La distancia entre Santander y Bilbao es menor que entre Trinidad y San José. Para un uruguayo no es nada, un escupitajo, pero para un español es un mundo.

A Raúl le parecía increíble que en tan pocos kilómetros todo cambiara tanto. Le dio la sensación de que entraba en otra cultura, en otro paisaje, en otro mundo. La ría separaba el País Vasco de Cantabria igual que el Río de la Plata separaba Buenos Aires de Montevideo. Era como el mar del Plata en miniatura.

Poco a poco, los indicadores de carretera empezaron a cambiar de idioma:

—*Mecagonlaputa*, ya están estos vascos tocando los cojones. —Tito no entendía los indicadores de la autovía—. No entiendo nada, joder. ¿Por dónde tengo que tirar? ¿Para ir a Bilbao es por Donosti o por Guipúzcoa? ¿O mejor sigo por Vizcaya y por Gasteiz llego a Vitoria? No, espera: ¿Álava? ¿Irún? Ya sé, ¿*aeroportuak*? Aquí no hay quien se aclare...

Pero Raúl lo veía cada vez más claro, le pareció que entraba en el país de su infancia. Conocía muy bien el País Vasco, al menos conocía un poco su lengua gracias a las canciones de Mikel Laboa.

Raúl descubrió la música de Mikel Laboa cuando vivía con sus padres en Bolivia.

Una mañana en el mercado de Yunga, su madre le regaló una cinta casete de Mikel Laboa, *Bat-Hiru*. Raúl se obsesionó con sus canciones, le gustaba su timbre de voz irreal y sobrehumano, y también esa lengua en la que cantaba, el ritmo de sus sílabas, el misterio de sus vocablos, la cadencia de sus fonemas.

Luego vinieron Fermín Muguruza y Ruper Ordorika, y empezó a comprender; las palabras comenzaron a cobrar significado, y cuando apenas

tenía diez años, ya gozaba como un enano de los poemas de Joseba Sarrionandia más que cualquier otro niño leyendo *La isla del tesoro*.

Consiguieron llegar a Bilbao nadie sabe por dónde ni cómo; la suerte del mánager.

—¡Alehop! Ya estamos en Bilbao —gritó Tito—. Entraremos por la calle San Francisco, tengo que recoger unos folletos. Conozco a todos los negros de la calle.

Al tercer negro que se cruzaron, Tito bajó del coche y se puso a hablar con él:

—Hola. ¿Conoces a Said?

—Said..., no..., mucho, tocho, bueno, yo, ti, compra...

Se sacó una papela de la boca y se la dio disimuladamente.

—¿Está bueno? Mira que soy amigo de Said...

—Said no bueno..., esto..., más..., mucho..., bien...

Tito le dio cincuenta euros. Pilló un gramo.

En el fondo, Tito no se extrañó por no haber encontrado a Said; la calle San Francisco había cambiado mucho desde la última vez que pilló caballo.

Siguieron hasta la ría. Tito recordaba Bilbao sin el Guggenheim, con la ría de color oxidado y los barcos semihundidos, un paisaje decadente y deprimente, pero que a él le encantaba.

—Esto del Guggenheim es una cagada bien gorda. Antes Bilbao sí que era guapo, ahora parece todo hecho para turistas, el alcalde afeminado ese del Iñaki Azkuna que se lo cargó todo.

Busquen un hombre al que su ciudad no le pareciera más bonita en su juventud.

El esplendor de las ciudades siempre coincide con la juventud, las ciudades siempre fueron más bonitas antes.

## XVII

Hotel Nervión.

En recepción los esperaba Gorka, el programador de la sala. Les dijo que el concierto igual empezaba más tarde, ya que estaban convocadas dos manifestaciones para el día siguiente. Las medidas de seguridad iban a bloquear el paso a la sala.

—Es que llegáis en un momento bien liado, compis. Nos están tocando los huevos, pero les vamos a parar los pies, hostias, esto no puede seguir así. ¿Por qué no os apuntáis? Vamos a la manifestación los tres, y punto.

—Que no, hombre, que no. ¿Cómo voy a ir yo a una manifestación? Estoy trabajando...

Sonó el teléfono. Era Imanol, el exmánager de Fermín Muguruza:

—Hola, Tito, que me he enterado que estás por Bilbo. ¿Me guardas una invitación para hoy? ¿Y mañana qué hacéis? ¿Te vienes a la manifestación?

—Joder, qué pesaos... Que no, que no voy a la manifestación.... No voy, no voy y no voy. Que tengo bolo. Te dejo que tengo otra llamada en espera.

—¿Sí?

Era Isaki Lacuesta, un director de cine que tiró por la borda su carrera por culpa del alcohol y de las mujeres.

—¿Te vienes a la manifestación? Voy a llevar la cámara, igual le hago un par de preguntitas a Raúl...

Tito colgó el teléfono con violencia.

—Joder, ¿para qué sirve tener amigos? —le espetó a Gorka—. Mira que me conocen, ¿cómo se les ocurre llamarme para ir a una manifestación? Putos vascos, siempre estáis protestando.

Eran las cinco de la tarde. Raúl y Tito llegaron puntuales a la prueba de sonido.

La calle estaba vacía. Antes de entrar en la sala vieron a un montón de gente corriendo hacia ellos.

—¡La policía, la policía! —gritaba la multitud que se acercaba a toda prisa, como si fuera una estampida de bisontes.

—¿Qué policía?

De repente aparecieron los policías antidisturbios con todos sus ornamentos de gala, vestidos especialmente para disfrutar de la ocasión: con su armamento, sus carritos con mangueras, sus porras, sus balas de goma y sus cascos relucientes. Iban impecables, limpios. Sus escudos brillaban al sol.

—¡Corre Raúl!

Empezó la carga.

Al parecer era una manifestación contra la rebaja de las pagas de jubilación.

Raúl y Tito intentaron escapar corriendo hacia el casco antiguo de la ciudad, pero se dieron de bruces contra otra manifestación que protestaba contra la reducción de plantilla en el sector metalúrgico.

Hubo otra carga policial y siguieron corriendo por los alrededores de la plaza Nueva hasta que se toparon con otra manifestación que protestaba contra la ley antiterrorista.

Intentaron huir de allí, pero chocaron contra una multitud que se dio de frente con otra manifestación en contra de la violencia de la policía, que volvió a actuar violentamente dispersando a la multitud.

Se escabulleron por un callejón que daba a una avenida donde se celebraba otra manifestación pacífica. Allí estaban los pro de la paz, debatiendo que si la paz por aquí, que si la paz por allá. Era una manifestación pacífica que dejó de serlo cuando llegaron los pro de la guerra. Barricadas, contenedores quemados, escaparates rotos, supermercados asaltados. Hoy en día, la mejor manera de llegar al corazón de las personas es reventándoles las costillas.

La cosa se puso fea.

Menos mal que en una rambla perpendicular se cruzaron con una manifestación a favor de la libertad religiosa. Tito y Raúl intentaron buscar la salida de la ciudad por ahí, pero la libertad religiosa tiene muchos enemigos.

Llegaron los fundamentalistas que defendían la libertad religiosa de cargar con palos contra toda religión que no fuera la suya.

Los policías no tienen ni ética ni religión y cargaron con toda su fe contra moros y cristianos.

Tito y Raúl estaban siendo arrastrados hacia las afueras de la ciudad, directamente hacia una protesta de los defensores de los pingüinos patagónicos.

Comenzaron a darse cuenta de su situación. Estaban presos dentro de una protesta que se estaba generalizando. Encadenados al triste destino de ser uno más dentro de una masa de gente gritando a favor y en contra de todo.

Arrastrados por las protestas, fueron arrojados de mala manera a un pueblo de las afueras de Bilbao donde se celebraba un mitin político de izquierdas que estaba siendo apedreado por unos jóvenes neonazis. Por supuesto, tuvo que intervenir la policía, y Tito y Raúl volvieron a huir a galope fuera del pueblo, donde unos camiones habían cortado el paso por culpa de la subida del precio de la gasolina.

Hubo mucha confusión, pero al fin lograron salir del pueblo empujados por miles de camioneros indignados que se dirigían quién sabe dónde.

Después de pasar horas y horas apretujados entre gritos, golpes y sudores, se dieron cuenta de que estaban en la playa de la Concha de San Sebastián intentando escapar de una manifestación de pescadores que se enfrentaban a pedradas contra los defensores del gremio de hosteleros. Allí directamente cargó el ejército con toda la artillería. La playa de la Concha parecía una playa de Normandía el día del desembarco.

Gracias a los reflejos de Tito se subieron a unos autobuses que cruzaban la ciudad a toda velocidad, protestaban contra la reducción de plantilla y huían perseguidos por tres o cuatro furgonetas de la policía.

Por unos momentos parecía que los autobuses habían despistado a sus perseguidores, pero en las afueras de la ciudad fueron alcanzados por un obús lanzado desde los astilleros de Irún.

Tito y Raúl volaron por los aires y milagrosamente cayeron casi ilesos, solo con unas pocas magulladuras, en medio de un campo de alcachofas.

Si alguien se las prometía muy felices en el campo, estaba equivocado, porque de repente un enjambre de campesinos conduciendo tractores como locos les bloqueó el paso. ¿Acaso la suspensión de las ayudas al sector vinícola no merecía este tipo de respuesta ciudadana?

Los forestales cargaron, persiguiendo a los agricultores hasta que todos colisionaron con una masa de ovejas puestas en medio del camino por unos ganaderos indignados con el precio de la lana.

Corrieron tractores, ovejas, personas, campesinos, obreros, con la policía pisándoles los talones hasta llegar a Vitoria, en cuyo extrarradio estaban hasta las narices del ruido que producía un nuevo cinturón de autopistas que se iba a cargar veinte hectáreas de plantaciones de cogollos, espárragos y viñas.

De nuevo llegó la policía. Y de nuevo salieron corriendo con las balas de goma silbándoles detrás de la oreja y de las ovejas, hasta que consiguieron refugiarse dentro de una marcha ciudadana a favor de la autodeterminación. Su autodeterminación. Su yo, su minoría absoluta. Eso les importó una mierda a los *ertzaintzas* que los corrieron a porrazos hasta Vitoria.

En la capital alavesa, la cosa se puso más fea aún. Los de Queremos Más Agua estaban atrincherados en la calle Zapaterías, pero el ejército los dispersó de manera brutal. Se refugiaron en la catedral. Lástima que unos anarquistas la estaban quemando justo en ese momento.

Salieron corriendo.

Raúl ya no podía más, estaba agotado, creyó que iba a morir ahí, que jamás escaparía. Nunca lograría huir de la manifestación porque ya no había ningún sitio donde sentarse a no protestar.

Estaban atrapados permanentemente en una manifestación eterna.

Jamás lograrían salir de la protesta.

Y si alguna vez lo conseguían, la policía volvería a meterles, a porrazos, en otra manifestación.

Tito y Raúl estaban siendo empujados de ciudad en ciudad sin ninguna piedad.

Entonces, cuando estaban a punto de desfallecer, cuando ya habían perdido toda esperanza y gracias a un fallo del sistema, consiguieron ver una pequeña



rendija entre dos pancartas. Se agarraron de las manos, cerraron los ojos y los dos saltaron a través de la rendija.

Milagrosamente, a pesar de dos manifestaciones que intentaban bloquear la autopista, se encontraron, por fin, sanos y salvos en Logroño.

—Joder, cómo estaban hoy los vascos —dijo Tito, mientras se sacudía el polvo y se lamía las heridas.

—Sí, parecen enfadados.

—Vamos a Tudela, pillamos un hotel, nos pegamos una ducha, nos comemos una menestra de verduras y a dormir.

Podían dormir en Zaragoza, pero Tito odiaba esa ciudad. Zaragoza ostenta los títulos de Muy Noble, Muy Leal, Muy Benéfica, Muy Heroica y Siempre Inmortal. Títulos otorgados en su mayoría tras su resistencia frente al ejército napoleónico en los sitios de Zaragoza durante la guerra de la Independencia.

Tito pensaba que la guerra la habían perdido los buenos, o sea, los franceses.

—Gracias a esta mierda de sitio y a la puta de Agustina de Aragón perdieron la guerra los franceses. Por su culpa, tuvimos que soportar la vuelta de los Borbones, al imbécil de Fernando VII y a sus descendientes, que eternizaron para siempre la monarquía. Convirtieron a los hidalgos en latifundistas y a los aristócratas en terratenientes. ¡No duermo aquí ni loco!

—¿Es grande?

—Tan grande como el ojete del culo de la madre de Agustina de Aragón.

Raúl no entendía ese rencor hacia Agustina de Aragón. A él siempre le cayó simpática. Le recordaba a su madre, que no dejaba de contarle historias de heroínas: Agustina, Juana de Arco, Moll Flanders, Ana Karenina, la Malinche o Yracema, la querida de Artigas, padre de la patria uruguaya.

Yracema, tatarabuela de la tatarabuela de la madre de Raúl, era la amante de Artigas, el gran libertador sudamericano. Ella no era como todas las mujeres de aquella época. Era una india guaraní con una personalidad y una inteligencia extraordinarias.

Artigas estaba casado, pero era un mujeriego y visitaba a su amante con bastante frecuencia. Una noche, volvió de sus correrías, a las que llamaba

batallas, complemente borracho, y fue a visitarla. Después de hacer el amor durante horas, Yracema le dijo:

—¿Es que en vuestra revolución no vais a hablar nunca de la emancipación de la mujer? ¿Acaso no crees que la mujer también es un ser oprimido por un mundo machista?

—Claro, cariño, la revolución es para todos... Qué guapa estás... Hablando de mujeres, hoy no puedo estar mucho rato contigo porque tengo que volver con mi mujer.

Un día que hacía mucho frío, Yracema decidió escribir un manifiesto feminista para que su amante, líder de la revolución, lo divulgara entre la gente del pueblo.

Cuando Artigas lo leyó, le dijo:

—No entiendo nada, pero está bien escrito.

—¿Te gusta?

—Sí, sí, claro, no está mal, pero podrías escribir también otras cosas más, no sé, de tipo social... En fin, lo mismo, pero más generalizado. Por ejemplo: ¿por qué no me haces un escrito sobre la liberación de Montevideo?

Y así lo hizo la amante de Artigas: primero le escribió un pequeño discurso para alentar a las tropas, luego le escribió un texto más elaborado sobre la independencia, luego otro sobre el federalismo y, al final, acabó escribiendo toda una obra filosófica y social que, aún hoy en día, es sagrada en Uruguay.

Yracema sabía que los hombres se extasiaban al oír palabras como constitución, federalismo, igualdad, libertad, independencia. No entendía por qué esos términos les gustaban tanto; tal vez fuera porque eran conceptos radicalmente opuestos a su masculinidad. Ella consideraba que los hombres eran egoístas, machistas, avariciosos y déspotas, pero que les ponía cachondos decir lo contrario.

Artigas nunca confesó que el verdadero autor de todos estos textos era su amante Yracema. Él ni se los leía, pero se apropiaba de su autoría, y con los años fue más conocido por estos escritos intelectuales que por sus batallas o correrías.

Artigas se las daba de intelectual, pero era casi analfabeto, era más bien borrachín y holgazán, y se ponía hasta las trancas de tabaré, una sustancia

extraída de una planta, la música, que hoy ya no existe en Uruguay, pero que en aquella época gustaba mucho, sobre todo entre las filas del ejército de Artigas.

Yracema vivía resignada, si bien de vez en cuando le preguntaba:

—¿Por qué no publicas de una vez mi manifiesto feminista?

—Mañana, cariño, mañana, pero ¿por qué antes no me escribes para hoy algo sobre la opresión de los campesinos? Tengo que hablarle a la comunidad indígena.

La historia reconoce que el manifiesto feminista finalmente no se publicó. Ella acabó por mandarle a la mierda, y algunos dicen que, cuando Artigas murió, Yracema se meó en la urna donde descansaban sus perezosas cenizas. No lo pudieron evitar ni los soldados del glorioso cuerpo de blandengues.

## XVIII

Faltaban dos días para el concierto de Barcelona. Saliendo de Tudela, Tito llamó a Quimi Portet para decirle que pensaban llegar por la tarde a Montserrat, pero Quimi les dijo que todas las entradas a Cataluña estaban cortadas:

—Os será imposible llegar por la carretera de Alfarrás a Balaguer, es mejor seguir por la carretera bordeando los desfiladeros de Terradets. Subid por el embalse de Santa Ana hasta el embalse de Canelles, desde allí llegaréis a Puente de Montañana y tal vez conseguiréis entrar en Cataluña por la carretera que lleva a Tremp.

Tito colgó el teléfono y miró a Raúl.

—¿Estás seguro de que quieres ir a Cataluña?

—Estoy seguro. Quiero conocer a Quimi Portet.

Tito sería lo que fuera, pero era un mánager de los pies a la cabeza, cuyo primer objetivo era satisfacer al artista. Era un auténtico profesional, no le negaría ese viaje a Raúl por muy mal que pintaran las cosas y por muy capullos que le parecieran los catalanes.

Giró hacia el norte. Durante un par de horas, el coche se deslizó entre desfiladeros, pantanos y bosques tan hermosos que Tito pensó: «Es tan bonito que no parece Cataluña».

No tardaron en llegar a Puente de Montañana.

En la salida del pueblo, alguien había improvisado un puesto fronterizo con una docena de militares totalmente desbordados. Los soldados provenían de la escuela de suboficiales de Talarn, una academia famosa en todo el mundo por su inoperancia, lo más cutre que uno se pueda imaginar. Algo así como un criadero de chusqueros, orgullo, cómo no, del Ejército español.

Tito conducía mientras intentaba situar a Raúl.

—Hace tiempo que quieren cerrar la academia, pero al rey, jefe de las fuerzas armadas, le gusta visitarla de vez en cuando. Dicen que allí tiene un par de amantes, esposas de un teniente y de un comandante de la academia, que se la chupan de maravilla; además le sirven un vino de las bodegas de Figuerola que combina muy bien con la ketamina del observador internacional americano que también vive en el cuartel. Nada mejor que el vino de Figuerola con ketamina.

Palabra de rey.

Tito se reía, pero cuando vio el primer control de policía se asustó.

El puesto fronterizo estaba a la altura del resto de las bases del ejército. Gloria bendita. Ahora la gente se agolpaba contra las vallas para huir también de Cataluña y los soldados eran incapaces de contener tal avalancha de fugitivos.

Raúl y Tito se dieron cuenta enseguida de que por esa carretera no tendrían problemas para entrar, más bien los problemas eran para salir.

Tito arrancó el coche. Gas a fondo. Rompió la valla de entrada. Nadie los vio o no los quisieron ver. Los soldados estaban demasiado ocupados en tramitar los sobornos para decidir quién salía y quién no salía del país. Les importaba un pito que la gente entrara.

La carretera de Puente de Montañana es angosta, desértica y magnética.

Durante el viaje, Raúl puso música de Joan Miquel Oliver: «¿Quién duda de Clint Eastwood mirando el Gran Cañón del Colorado?».

—Bonita canción —dijo Raúl.

—Sí, lástima que sea en catalán —contestó Tito.

A Raúl, la música de Oliver le entraba por las orejas, pero enseguida le invadía dulcemente todo el cuerpo. Los acordes navegaban por sus venas, sentía como si sus glóbulos rojos hicieran viajar la música por cada recodo de sus órganos, y luego se mezclaban con el paisaje que veían sus ojos. «¿Quién duda de Clint Eastwood mirando el Gran Cañón del Colorado?».

Cruzaron el barranco de Montllobar. Sin duda, ese paisaje tenía poderes telúricos, como la música, que tiene fuerzas magnéticas todavía por

descubrir.

No se cruzaron con un solo coche por el camino.

Era mediodía. Cuando llegaron a Tremp se encontraron con una ciudad totalmente desierta, las casas estaban cerradas. No se veía a nadie por las calles, el silencio era casi aterrador.

Las persianas de las ventanas de los edificios eran como ojos espantados que advertían a los dos viajeros ignorantes del peligro. Otras ventanas permanecían con las cortinas corridas, con los ojos cerrados, ignorándolos por completo.

Raúl apagó la música. Se sentía como si estuviera bailando en un funeral.

Atravesaron Tremp a medio gas, conduciendo con cuidado, con las narices pegadas al cristal. Cuando llegaron al cruce para dirigirse a Isona, empezaron a adivinar la dimensión real de la tragedia: vieron el primer cadáver, tirado en el suelo junto a la carretera.

Raúl pensó que un cuerpo muerto tirado en la calle no es nada, un bulto deforme que no consigue reflejar nada de lo que fue y tuvo mientras vivía, un peso muerto sin dignidad, solo significativo por la repulsión y el hedor que provoca.

Siguieron el camino entre almendros y campos de cereales. Eran salvajemente hermosos, la naturaleza no parecía notar para nada lo que les estaba sucediendo a los humanos.

Pero en Biscarri vieron el siguiente cadáver, luego otros dos en Benavent, y cuando llegaron a Artesa de Segre el espectáculo ya era dantesco, la realidad era cruda y bestial: los muertos se apilaban en las calles, desordenados, conformando una nueva arquitectura urbana, no había suficientes vivos para enterrar a tantos muertos, la gente vagaba en silencio.

Tito estaba horrorizado.

—Hoy, aquí, seguro que no encontramos cocaína. No pienso parar ni a tomarme un *gin-tonic*, fijo que los hacen con Larios.

El camino hasta Montserrat fue una peregrinación del horror.

Agramunt y Cervera parecían estar construidas con pilas de muertos; los que aún quedaban vivos se tambaleaban sin entender nada, presas del horror

y el dolor. Tenían los rostros totalmente desfigurados, los sarpullidos de las bocas eran horribles, sus labios eran sacos de pus. No tenían ni fuerzas para quejarse, y mucho menos para interponerse en el camino de Raúl y Tito.

No se oían ambulancias ni coches de bomberos.

No había incendios, ni siquiera caos, la muerte se llevaba a todos los hombres de manera metódica, cruel y silenciosa. Nadie gritaba, nadie corría.

Siguieron la carretera hacia Montserrat sorteando coches abandonados en medio de la autovía. Era un paisaje realmente apocalíptico, muertos por todos los lados, niños y viejos, ricos y pobres.

Sin embargo, los pájaros seguían piando, los perros comían alegremente los cuerpos de los muertos, las primeras flores de primavera se abrían, y Montserrat, por fin, se alzaba ante ellos, majestuosa, más antigua que la catapún. Ignorante de la tragedia que sucedía a sus pies, parecía acostumbrada a la muerte. Sus piedras habían visto mil veces por miles de años cómo los humanos se mataban entre ellos, cómo nacían y morían generaciones de ellos bajo sus piedras, por eso callaba.

Sabía más que nadie que los hombres son efímeros, duran menos que un simple árbol, por eso ella prefería ser montaña.

Efectivamente, la montaña de Montserrat era muy pero que muy lista.

Se encontraron con Quimi Portet al pie de la montaña. Los saludó efusivamente.

Raúl admiraba a Quimi Portet, de cuando Quimi era el guapo de El último de la fila, pero sobre todo le gustaban sus últimas canciones en catalán. A pesar de los años, Quimi seguía siendo muy guapo.

—¿Cómo estás Tito?

—Contento de verte. ¡Dame un abrazo, tronco!

Se dieron un abrazo y Quimi miró a Raúl:

—Encantado de conocerte, Raúl. Os estaba esperando. ¿Qué os ha parecido el viaje? ¿Os gustó? ¿Cómo están los almendros?

—En flor, nunca vi tantos almendros juntos —contestó Raúl.

Tito bromeó.

—Sí, pero la gente no era muy simpática, estáis un poco raros los catalanes últimamente.

Quimi se abstuvo de juzgar el comentario de Tito. Hacía mucho tiempo que le conocía, casi el mismo que no le veía. Seguía siendo el mismo.

Los llevó hacia una cueva escarpada en la montaña.

Quimi había ocupado una de esas tantas cuevas de Montserrat talladas por la naturaleza en la misma roca, donde otros ascetas y místicos vivieron antiguamente.

Los invitó a un fuet, pues consideraba que cualquier hombre siempre queda bien si regala un fuet a un invitado. Para quien no lo sepa, el fuet es una especie de longaniza, pero no tan gruesa y con un sabor y una personalidad muy propia.

Mientras comían, Quimi le pidió a Raúl que le cantara alguna canción. Este aceptó encantado, y a cambio le pidió que le acompañara con la guitarra y que cantara los estribillos con él. Pero Quimi le dijo que cantaba mal. Era un hombre muy modesto, y, además, no conocía las canciones que iba a cantar.

Raúl le dijo que no se preocupara, que cuando llegara el momento sabría cómo entrar y cómo cantar.

Cantaron la canción del navegante que chocaba contra la ballena, la canción de la bailarina con chirucas y la canción de los amantes del antifaz.

Efectivamente, Quimi le acompañó a la guitarra, tocó mejor que nunca, y Raúl se sintió de veras conmovido con la viola de Quimi, que además cantaba los estribillos de maravilla. Él también parecía conocer esa lengua extraña que Raúl cantaba.

La música iba impregnando las paredes rocosas de la cueva, las voces de Raúl y Quimi se mecían en cada uno de sus rincones.

El poder de la estalactita.

La belleza de la estalagmita.

Tito hubiera dado todo el caballo del reino por tener una grabadora, o al menos una cerveza.

La música paró, la noche cayó, la conversación entre Raúl y Quimi fluyó, y Tito estaba tirado a su lado, preocupado por la falta de conexión telefónica.



Hablaron del poder de las pieles en las personas, del funcionamiento de los primeros transistores, del paso de Aníbal por los Pirineos con elefantes.

Poco a poco, la conversación fue tomando aires más trascendentes y al fin llegaron al meollo de la cuestión: ¿por qué los españoles decían corazón pronunciando la «zeta» en vez de la «ese» como todos los latinoamericanos?

Todo el mundo pronunciaba *corasón*, excepto los castellanos de Castilla.

La llegada de los Borbones tuvo la culpa. Eran zapizotas y todos los nobles de palacio se apresuraron a decir «corazón», porque así lo pronunciaba el rey. La moda se extendió a la corte, y de la corte pasó al pueblo.

Especialmente en Cádiz, donde, como eran muy incultos y sumamente pedantes, adoptaron la zeta borbónica para hacerle la pelota al rey y distinguirse así de los nuevos ricos indianos.

Así fue como los españoles iniciaron su romance con la zeta, por devoción infinita a ese defecto del habla que distinguía a los Borbones del resto de los castellanohablantes.

—Pero la culpa de todo la tiene Isaak Westinhouse —prosiguió Quimi.

—¿Quién es Isaak Westinhouse?

—Fue un buen amigo mío, ingeniero de sonido y biólogo. Él fue quien desarrolló la teoría de los Borbones, un estudioso del poder de las letras, erudito del sistema bucal, sabio de las laringes. Sus estudios se iniciaron a partir de preguntas como: «¿Mueven igual el paladar y la lengua mientras hablan los alemanes que los chinos mandarines?», «¿la laringe de un francófono se ejercita del mismo modo que la de un mongol?», «¿es más flexible la lengua de un hombre que habla mucho en turco que la de una mujer que habla poco en danés?».

Raúl escuchaba atentamente, jamás había pensado en ese asunto. Quimi prosiguió:

—Pero ahora ya es demasiado tarde, el mal ya está hecho. Por culpa de Isaak, dentro de poco no quedará ni un catalán con vida. Todos morirán.

Quimi había conocido a Isaak hacía cinco años.

Claro que, cinco años atrás, Isaak aún no sabía que conseguiría eliminar de la faz de la Tierra a todos los catalanes.

Isaak Westinhouse, ciudadano alemán con residencia en Guatemala, hijo de madre polaca con abuelo ortodoxo ucraniano y abuela pakistaní, había consumado el genocidio.

Porque un año antes, la infección ya se había extendido entre todas las gargantas de los catalanohablantes.

Porque un año y medio antes se había aplicado el virus a todas las gargantas a lo largo y ancho de Cataluña.

Porque dos años antes, los bombardeos constantes a las principales ciudades del país no habían surtido ningún efecto.

Porque dos años y medio antes, las tropas del ejército de los Estados Unidos desembarcaron en las costas del Garraf para invadir el país y derrocar a su presidente en nombre de las Naciones Unidas.

Porque tres años antes, la ONU había decidido apoyar al Ejército español en su intento de defenderse de Cataluña.

Porque tres años y medio antes los catalanes habían declarado la independencia de Cataluña.

Porque cuatro años antes los catalanes no sabían que Isaak Westinhouse ya había inventado una bacteria que provocaba una infección de garganta irreversible al hablar la lengua catalana.

Porque cuatro años y medio antes Isaak Westinhouse ya había conseguido descubrir un virus que se alimentaba de las cuerdas vocales en relación con los movimientos de la lengua, paladar y mandíbula, en cuanto tu boca se pusiera en disposición y posición de hablar esa lengua latina ya perdida para siempre.

Porque, cinco años antes, Isaak Westinhouse aún no sabía que iba a inventar una enfermedad infecciosa que acabaría con los catalanes.

No voy a decir que la totalidad de los miembros de las Naciones Unidas se sintieran satisfechos con la muerte de todos los catalanes, pero si la muerte de unos pocos millones de catalanes servía para salvar las vidas y la libertad de muchas personas en el mundo, valía la pena. Se había evitado una guerra.

Así pensaba hoy en día Isaak Westinhouse.

Y a Quimi eso le entristecía profundamente.

Raúl se dio cuenta enseguida. Tito se había despertado e intentó arreglar el asunto de una manera radical.

—Esto se arregla fácilmente: dejad de hablar el catalán y... ¡solucionado!

—Es una cuestión de principios —contestó Quimi, que ya parecía saber de antemano lo que diría Tito. Continuó—: Hay dos maneras de sobrevivir, callando o hablando el castellano. Yo preferí tomar voto de silencio y retirarme a Montserrat. Pero, aun así, ya es demasiado tarde, la gente está perdida, tenemos el mal dentro, tarde o temprano se desarrollará; podríamos evitarlo hablando otros idiomas, pero la mayoría de los catalanes prefieren morir antes que hablar el castellano.

## XIX

Así eran los catalanes, un pueblo orgulloso y estúpido. Morirían cagándose en la puta, pero en catalán. Jamás se encomendarían a Dios en otra lengua que no fuera la suya, pensó Tito.

A Raúl, sin embargo, le pareció lógico y poético.

—Pero ¿y tú? ¿Cómo has logrado sobrevivir? —le preguntó a Quimi.

—¿Que cómo he sobrevivido? —inquirió Quimi—. Yo ya nací enfermo. Siempre he estado enfermo. La manía que tienen los médicos de querer verme muerto es incurable. Esto fue así desde el día de mi nacimiento, bajo el signo de Cáncer. El médico les dijo a mis padres: «Este niño no sobrevivirá a esta noche». Pero lo hice.

»Luego el médico les dijo: «Este niño no sobrevivirá a esta semana». Pero lo hice. No solo sobreviví a esa semana, sino que crecí y me convertí en un niño enfermizo, pero vivo. Después de sufrir toda clase de dolencias propias de la infancia, como la viruela, el sarampión, la varicela, neumonía y la tan sobrevalorada meningitis, me convertí, muy a pesar de los doctores, en un joven con un enfisema pulmonar, una dolencia renal y tres empastes en las muelas.

»Seguía vivo. Empezaba a gustarme tratar con médicos. Me acostumbré sin darme cuenta a estar enfermo, a gozar de mis constantes internamientos. Le tomé cariño a los virus y a las bacterias. Aprendí a moverme en el hospital como pez en el agua.

»Todo el mundo sabe que la primera causa de muerte es el médico, la segunda es el hospital y la tercera es aceptar el hecho de que es el médico quien te va a matar en el hospital. Yo nunca creí esto. Siempre desconfié de los médicos y los maltraté. Me burlé de ellos, que querían verme muerto. Me reía de sus fracasos.

»Pasé mi juventud gozando de todo tipo de ictus, cánceres, glaucomas, hepatitis y tumores. El desenfreno de la juventud hizo que me excediera. Viajé hasta la remota isla de los leprosos solo para infectarme. Gocé con las mujeres que sufrían tuberculosis en el balneario, tragué su saliva, bebí sus jugos vaginales solo para enfermar como ellas.

»Lo logré y, aun así, sobreviví. Abusé, me descontrolé. Pecados de juventud.

»Pero en la madurez me calmé. Experimenté con enfermedades más sutiles y ambiguas como las mentales, en todas sus gamas, tumores cerebrales, esquizofrenia, paranoias, insomnios. Luego, qué maravilla, los médicos se pusieron a inventar enfermedades nuevas. Como el sida.

»Si alguien se cree que para pillar el sida basta con dejarse dar por el culo o compartir jeringuilla con algún yonqui, está muy equivocado. No es tan fácil enfermar. Sin autolesionarse, claro.

»Las enfermedades son esquivas, caprichosas. No se meten en cualquier cuerpo porque sí. Los virus son listos, saben muy bien a quién atacar, dónde anidar, dónde desarrollarse con total libertad, no les vale cualquier cuerpo.

»Tenía cincuenta años y ya no me quedaban apenas enfermedades que disfrutar, así que recurrí a las dolencias que se perdieron en el tiempo, auténticas joyas de coleccionista: cirrosis, cólera, gonorrea, sífilis, peste bubónica o malaria.

»Luego, ya rozando los sesenta años, revisé los clásicos: esclerosis múltiple, alzhéimer, artrosis, párkinson. Puedo asegurar que el único motivo por el que estas enfermedades son irreversibles es la vejez.

»Pero aquí estoy, enfermo y rebosante de salud. Hace apenas un mes, los médicos me dijeron: «Le quedan apenas tres días de vida. Tiene usted el mal catalán». Ja, ja, ja. Me parto el ojete.

Raúl escuchaba en silencio, atónito, Entonces, Quimi se levantó, agarró una antorcha y dijo solemnemente:

—Tenéis que marcharos de aquí. Os ayudaré a escapar, conozco un paso subterráneo en las cuevas de Montserrat que va directamente a L’Hospitalet de l’Infant.

La montaña de Montserrat los engulló, caminaron por un túnel natural unos minutos y a la salida vieron a lo lejos L'Hospitalet de l'Infant.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros, Quimi? —le preguntó Raúl.

—No, yo me quedo aquí. Al otro lado os espera Tortell Poltrona. Suerte, amigos.

En efecto, en la salida del túnel les esperaba Tortell Poltrona, quien les aconsejó que se fueran lo más rápido posible del país mientras les daba una nariz de payaso y le susurraba algo al oído a Raúl.

Tito no tenía ni la más mínima intención de hacerle caso. Quería darse un baño de mar.

La playa de L'Hospitalet de l'Infant estaba desierta. No había ni un alma, tal vez era porque casi todos los catalanes estaban muertos o tal vez fuera porque justo detrás de esa playa estaba la central nuclear de Vandellós. Tito decidió ocultarle ese pequeño detalle a Raúl.

—¿Te gusta la playa?

—Sí, es muy grande.

A Raúl le gustaba la arena, era el paisaje de su infancia, donde jugaba y se sentía seguro, donde pasaba la mayor parte del día, su casa, su sitio. Pero esta playa le parecía rara.

Se quedó pensativo mirando el cielo y el mar. Estaba desanimado y confundido.

¿Qué estaba pasando en España? Grupos terroristas, manifestaciones eternas, muertos. Era horroroso. Raúl creía que España era un país tranquilo, casi del primer mundo, pero ahora le parecía que era un caos. Tal vez debería sugerirle a Tito que cancelaran la gira. No tenía mucho sentido cantar en un país donde la gente se estaba muriendo o se estaba matando. Sin embargo, casi como siempre, Tito parecía tranquilo.

Raúl se tumbó en la arena, cerró los ojos y recordó cuando jugaba con su padre en el Cabo Polonio.

El padre de Raúl no tenía la misma facilidad de palabra que su madre: se

expresaba mal, hablaba poco, a veces tartamudeando, a veces desordenadamente, y casi nunca daba con la palabra adecuada para cada ocasión, así que la cambiaba por otra, aunque no tuviera sentido.

Sin embargo, se hacía entender muy bien mediante gestos, dibujos, onomatopeyas, muecas y miradas, porque el padre de Raúl tenía la mirada más expresiva del mundo.

Era capaz de contar las historias más fantásticas dibujando planos con un palo sobre la arena, construyendo ciudades en miniatura con piedrecitas, paisajes con conchas de mejillón, bosques con algas y montañas con colmillos de lobos marinos. Aullaba, bailaba y gesticulaba al mismo tiempo que con una patata moldeaba el rostro de los personajes de sus cuentos, llenos de barcos, naufragios y marineros fantasmas como los que vagaban por La Pedrera y daban los buenos días amigablemente a los vecinos que seguían vivos.

Casi nadie le entendía, pero todos le comprendían. Era un hombre imposible de no querer.

Ahora Raúl, sentado en la playa, le echaba de menos más que nunca.

Sin saber por qué, se acordó de la historia que le contó su padre sobre su antepasado holandés, aquel que siempre se equivocó de religión.

Paul Wildevoer era un holandés calvinista que huyó del país en 1922 perseguido por los luteranos hacia Turquía, donde se convirtió en chiita; lo salvó un budista de la ira de los sunitas y lo llevó a China, donde los seguidores de Confucio por poco le matan. Obligado a convertirse al hinduismo por unos forajidos vietnamitas, huyó a Polonia, donde cometió el error de irse a vivir al barrio judío justo después de convertirse al catolicismo. Ser católico en el barrio judío de Varsovia antes de la Segunda Guerra Mundial fue un auténtico suplicio. De ahí, luego embarcó hacia América, donde los primeros evangelistas radicales le asesinaron. Dicen que se fue al Cielo de los vikingos acompañado por unas valquirias, pero, sin saber cómo, llegó al Cielo de los sioux, donde aún hoy su espíritu sigue cazando bisontes sin entender nada.

Quizá Raúl también se equivocó viniendo a España. Pensó que él también era un hombre equivocado, en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—¿No crees que sería mejor anular los conciertos, Tito? Esto me viene muy grande.

—¿Anular los conciertos? ¡Pero si ahora empieza lo bueno! Tú, tranquilo, que aquí no pasa nada. Disfruta del sol, mira qué playas tan bonitas tenemos en España. ¿No te gustan?

—Sí..., son muy grandes.

Al fondo, la central nuclear de Vandellós los miraba con tristeza. Eran los dos únicos seres vivos que se atrevían a tumbarse en la arena de esa playa.

Creían estar solos, pero al instante comenzaron a llegar los primeros cadáveres a la orilla. El mar arrastraba hacia la playa los cuerpos de cientos de personas muertas.

—¡Es hora de irse de Cataluña! —exclamó Tito visiblemente contrariado—. Esto se está llenando de domingueros. Ya no se puede estar tranquilo ni en la playa más desierta.



## XX

El Gobierno español concluyó que la lengua de Aragón Oriental ya no era el catalán. A partir de ahora, el idioma de la Franja sería el aragonés oriental. Pero un señor muy listo de la Academia de las Letras dedujo que si el aragonés oriental era catalán, también se podría afirmar que el aragonés occidental era castellano.

Las autoridades competentes se inventaron un nombre para esta nueva y fascinante lengua: el lapao.

De este modo, según el Gobierno español, los catalanes se convirtieron de pronto en las personas más cultas del mundo, puesto que dominaban a la perfección seis idiomas distintos, aparte del español, claro. O sea, el catalán, el valenciano, el balear, el aranés, el andorrano y el lapao.

El resto de los españoles, en cambio, eran mucho más incultos, solo hablaban un idioma, el castellano, también llamado español.

Los venezolanos, cubanos y uruguayos hablaban el español, por supuesto, pero incorrectamente, ensuciándolo con vocablos llamados barbarismos propios de la miseria y el subdesarrollo de la región donde vivían.

Cuando los catalanes empezaron a morir, el Gobierno tranquilizó a los valencianos asegurándoles que ellos no sufrirían ningún daño, ya que el valenciano no tenía nada que ver con el catalán, pero lo cierto es que los valencianos y los mallorquines también empezaron a morir.

Cuando Tito y Raúl dejaron atrás Tortosa y entraron en el Reino de Valencia pensaron que la pesadilla había terminado. Pero no era así. La mayoría de la gente también había muerto contagiada por el virus.

No había cadáveres tirados en las calles, porque el concejal de Sanidad de Altea había conseguido vender los cuerpos de los muertos a un consorcio farmacéutico alemán-estadounidense. A cambio, la prestigiosa multinacional les financiaba la construcción de la oficina central del nuevo Banco

Levantino con sede en las Islas Caimán, país puntero en investigación científica.

Los controles de carretera tampoco existían, ya que los gobernantes valencianos habían vendido las garitas, las señales de tráfico, los pueblos cercanos y el asfalto de las carreteras subastando fondos para la construcción de un complejo de protección para animales en Morella. Un complejo con canódromo, acuario, hipódromo, una plaza de toros y un gran casino donde se permitiría fumar.

Así que la antigua autopista de Castellón a Valencia era una especie de camino pedregoso. Aun así era mucho mejor que la carretera nacional, que ahora era un cementerio de grúas y excavadoras de última generación esperando el dinero de la Unión Europea para construir aeropuertos que nunca se hicieron.

Al parecer, según la radio del coche, el asunto era una prioridad nacional para los políticos locales.

Cuando Tito y Raúl pasaron a la altura de Castellón, pudieron comprobar que la ciudad, literalmente, había desaparecido.

El presidente de la diputación provincial había derribado Castellón a cambio de una subvención para hacer una gran piscina termal que atraería a miles de turistas. La piscina ya estaba proyectada, pero, de momento, las obras todavía no habían comenzado.

Castellón era un inmenso solar sin desbrozar. Por lo visto, había algunos problemillas con el drenaje del agua que impedían la construcción.

Los Ayuntamientos de Benicàssim y Peñíscola habían aceptado asfaltar quince mil hectáreas de mar para conseguir una desaladora instalada encima de lo que antiguamente era Benidorm. Una verdadera obra de ingeniería. Calculaban que en dos años el drenaje del mar empezaría a dar beneficios y que en un máximo de cinco años estaría lista la piscina. Castellón tendría la piscina más grande y moderna del mundo.

Raúl y Tito siguieron rumbo a Valencia.

La antigua carretera ahora era como un río seco, y sus orillas eran solo

campos chamuscados.

—Esta zona estaba llena de naranjos —le dijo Tito a Raúl—. Eran preciosos, compi, tenían más naranjas que estrellas tiene el cielo... Recuerdo cuando íbamos de bolo con La Polla Records, siempre parábamos a robar naranjas.

—¿Aquí había naranjos?

—¿No has oído hablar de las naranjas de Valencia? Son las mejores del mundo, aunque por culpa de los judíos y de sus frutas israelíes que no saben a nada se arruinó el negocio.

Efectivamente, los naranjos de la carretera sufrieron el mismo destino que los edificios de Castellón. Según el director adjunto de Salud Pública de la Generalitat de Valencia, todos los naranjos debían ser talados inmediatamente. Con su madera elaborarían una especie de celulosa revolucionaria que absorbía la menstruación femenina y la mierda de los bebés hasta límites nunca superados. Una materia prima milagrosa.

La venta de la madera del naranjo también daría miles de puestos de trabajo a corto y a medio plazo, aseguraba el ministro de no sé qué.

Cuando llegaron a Valencia, ya era demasiado tarde. La sala de conciertos ya no existía, ni la calle, ni el barrio.

Donde antiguamente estaba el Carmen y las torres de Quart, hasta la Malvarrosa, se alzaba una estatua inmensa, un busto del presidente de la Comunidad Valenciana. La verdad es que la escultura no estaba nada mal: había sido esculpida con mármol extraído de las minas del rey Salomón, descubiertas hace poco por otro héroe del país, nacido en Elche, el famoso aventurero y reportero de la televisión Pepe Miravete.

Una tal Zaha Hadid era la escultora, un pedazo de artista, genio de la arquitectura. Había ganado un montón de premios internacionales.

El parecido del busto con el presidente era meritorio. Zaha Hadid había logrado el récord: era la estatua con forma humana más grande del mundo.

Esa simbiosis entre estatua, edificio y ciudad estaba destinada a cambiar el curso de la arquitectura.

Lo malo de las estatuas es que no sirven para nada, aparte de mirarlas.

Raúl y Tito miraron la estatua unos segundos y enseguida leyeron en sus inmensos ojos que en Valencia tampoco harían concierto. Así que siguieron hacia el sur, a ver si conseguían llegar a Alicante. Pero ante ellos apareció la nada, una neblina que dejó de ser neblina para convertirse en la nada más absoluta, un vacío, un agujero. ¿Cómo se puede explicar la nada con palabras? Pues en silencio, el silencio sería la mejor forma de explicar la nada.

Nada por aquí, nada por allá.

Y, de pronto, un trocito de puerto apareció ante ellos: habían llegado a Alicante, aunque todo lo que quedaba de ella era un pequeño muelle recubierto de oro donde un yate solitario se mecía con elegancia.

Era un yate precioso, el yate más bonito que nadie se pueda imaginar. El yate más caro del mundo atracado en el muelle más sofisticado del mundo. Hacía dos semanas que el mismísimo rey lo había inaugurado. Los quinientos seguratas que les impidieron el paso demostraban que en Alicante también se hacían cosas de valor. Estaban hartos de malvivir del negocio del zapato.

—Seguid la carretera hacia la nada y con suerte llegaréis a Murcia, gilipollas.

—Muchas gracias, señor segurata.

## XXI

Llegar a Murcia fue un regalo para los sentidos.

Apareció de nuevo la autopista, con sus señales y sus peajes, sus áreas de servicio y sus rayitas pintadas sobre el asfalto totalmente reglamentado por la Unión Europea.

Raúl se preguntó si los murcianos sabían lo que estaba ocurriendo en las provincias de al lado, pero como en Europa cambia todo tanto en apenas diez kilómetros...

De pronto, Tito frenó violentamente, dio un volantazo, salió de la autopista y se metió por un caminito de carro.

—Es por aquí, ya estamos llegando a Murcia.

—¿Estás seguro? Es un poco raro, ¿no?

Esta vez valió la pena que Tito se equivocara de ruta. Se fueron internando en una maraña de caminitos que rodeaban huertas interminables, pero ni rastro de la ciudad.

A Raúl le pareció que estaban perdidos, pero le gustaban el olor y los colores de ese sitio. Cuanto más se adentraban en la estrechura de las huertas, mejor se sentía.

Era una sensación agradable, casi afrodisíaca.

Tito conducía con seguridad, totalmente convencido de sus decisiones, aunque todo indicara lo contrario.

«El asunto se está poniendo feo», pensaba la pobre furgoneta mientras se abría paso por senderos cada vez más estrechos y fangosos.

—Ya casi estamos, tranquilo, que todo esto me lo conozco.

Media hora después estaban atascados en un barrizal.

Totalmente perdidos en la huerta murciana.

La expresión del viejito cuando los vio indicaba que hacía bastante tiempo que aquel camino no era precisamente de paso.

Tito ni se inmutó y le dijo al viejo:

—Estamos buscando un garito donde comer de puta madre. ¿Sabe usted de alguno?

—Si ustedes quieren, yo les puedo dar algo de comer. —El viejito les señaló una barraca en la lejanía.

Raúl le dio las gracias y se fue tras él. Tito se quedó en la furgoneta:

—¿Y la furgo?

—No se preocupe, nunca oí que las moscas se comieran una furgoneta.

Los tres caminaron hasta la barraca, que estaba al fondo del huerto.

El viejito sacó unos tomates, un pedazo de pan, un queso, algunas frutas y vino de Jumilla.

Estaban hambrientos, desde el fuet de Quimi no habían comido nada decente.

El viejito tenía unas tijeras de podar con las que cada diez minutos se cortaba la barba, pues le crecía a una velocidad vertiginosa.

La barba le crecía dos o tres centímetros cada minuto, a cada mordisco.

Tito no pudo aguantar más y le dijo:

—Perdone, le crece la barba a usted muy rápido.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Raúl intervino.

—Son los mejores tomates que comí, y el pan es el mejor pan que nunca probé, y la fruta está deliciosa. Cuando agarras una fruta del árbol y la fruta está en su punto, sabes que no cambiarías ese bocado por nada del mundo.

—Los famosos tomates de la huerta murciana, la mejor del mundo, Raúl.

—Este Jumilla está que se sale —exclamó Tito.

—¡Salud!

—¡Salud!

El viejo y Tito empezaron a vaciar botellas de Jumilla.

Tito, de repente, se acordó.

—¡La papela de Said! ¿Le apetece una raya abuelo?

—Ya estabas tardando —contestó el viejito mientras le daba un tijeretazo a su barba.

## XXII

Cayó la noche y Tito y el viejito llevaban un pedo del quince.

Raúl se aburría, entendía todos los idiomas menos el de los borrachos. La noche era estupenda, así que decidió dar un paseo por los senderos que bordeaban las huertas; acabó las huertas y se metió en el claro de un bosque.

Se sentía bien.

Estaba confuso con la situación que le estaba tocando vivir, pero, aun así, y quizá gracias a los tomates del abuelo, era uno de esos momentos en que se sentía bien.

A pesar de que la gira no estaba resultando como él esperaba, a pesar de los fracasos, de los muertos y del horror, se sentía bien.

Empezaba a sentirse europeo. No le importaba un pimiento lo que estuviera pasando veinte kilómetros más allá, lo único que importaba era la hierba que pisaba y el pedazo de cielo que observaban sus ojos.

La noche era maravillosa, las estrellas y el murmullo del agua bailando en las acequias.

Raúl se sentía hombre, joven, poderoso, como si esa tierra fuese ancestralmente suya.

Se tumbó en la hierba, en su hierba, bajo un árbol, bajo su árbol. Fue entonces cuando apareció una chica muy linda, de mirada profunda, de no se sabe dónde, y se tumbó a su lado. Le dijo cosas bonitas y le acarició la mano y las mejillas.

Se confundieron con la noche.

Hicieron el amor.

A Raúl le pareció muy hermoso follar en el bosque.

Luego la chica muy linda de mirada profunda tal como vino se fue, pero como un regalo traído por el viento llegó otra mujer, rubia con los pechos enormes y un lunar en el hombro, y también se lo folló.



Hicieron el amor y el tiempo se detuvo.

Raúl se sentía feliz. Al rato, la mujer rubia con los pechos enormes y el lunar en el hombro también regresó a la noche del bosque.

Pero el bosque le regaló a Raúl otra mujer vestida rarísima, pero muy atractiva. Esa mujer trató a Raúl de un modo especial, haciéndole el amor y besándole mientras le envolvía con sus piernas larguísimas, casi eternas.

De madrugada, la mujer vestida rarísima pero atractiva también regresó al bosque.

Antes del amanecer llegó otra mujer, con una boca enorme que solo deseaba sexo oral. Raúl se conformó, cada persona es única, él no era nadie para no complacer los deseos de esa mujer joven, de gestos rudos y piel blanca.

Se besaron los cuerpos como locos durante horas, crearon una burbuja de saliva que los envolvió y les dio abrigo mientras salía el sol.

Hasta que la mujer con la boca enorme y de gestos rudos y piel blanca se despidió, evidentemente con un beso.

Luego llegó una mujer bastante mayor, pero con un caminar elegante y gestos gráciles, e hicieron el amor de una forma maravillosa.

Perdieron la noción de la gravedad, y Raúl sintió que sus cuerpos flotaban entre las hojas del árbol.

Luego, la mujer mayor de gestos gráciles se marchó volando.

Después llegó otra mujer y, luego de hacerle el amor, también se fue, y luego llegó otra, y luego otra y otra.

Se pasó el día entero haciendo el amor.

No se cansaba nunca de disfrutar de tanta mujer hermosa.

Se hizo de noche y vino otra mujer muy cariñosa con una nariz grande y preciosa. Y además le hizo una cama donde yacer y dejarse sodomizar más cómodamente.

Luego también se fue, pero vino otra mujer muy friolera que le hizo una pequeña cabaña con leños para proteger la cama del viento. La verdad es que quedó un espacio muy bonito. Tenía gracia esa mujer construyendo cabañitas en el bosque.

Luego llegó otra mujer, pero aún no se había ido la otra. No le importó, ni a ella ni a la otra. No solo no se enfadó, sino que se quedó con ellos y les dibujó unos garabatos en las paredes realmente asombrosos. Qué bien follaba la otra.

Raúl charlaba con ellas animadamente, intentaba cuidarlas y le regalaban muchas conversaciones, sensaciones, puntos de vista sobre la vida realmente interesantes, pero básicamente hacían el amor.

Llegó una mujer gorda y linda de verdad, luego llegó una tan joven que casi parecía una niña, pero muy desarrollada para su edad, y además sabía hacer el amor como ninguna, un pedazo de mujer.

Luego vino otra, y antes de llegar la noche ya tenía a cinco mujeres en casa. Era fabuloso hacer el amor con las cinco.

Cuando Raúl ya no podía más, ellas hacían el amor entre sí, y eso le excitaba de nuevo y volvían a follar.

Se fueron dos, pero llegó una; llegaron tres, pero se fueron dos; y finalmente se fueron todas y ya no llegó ninguna.

Se quedó solo.

Las mujeres le habían abandonado.

Ya no estaban.

Volvía a estar tumbado solo bajo el árbol. Se sintió único y le invadió el deseo. Así que se masturbó, se hizo una paja fantástica. Era tan bonito amar con la imaginación...

Cuando estaba a punto de eyacular, apareció otra mujer de la nada. Le observaba desnuda detrás de unos arbustos. La mujer desnuda se acercó a la ventana de la cabaña y le susurró:

—¿Quieres que te ayude?

Raúl se subió los pantalones y salió de la cabañita.

—Me encantaría estar un rato contigo, pero tengo que regresar, mis amigos me están esperando.

Cuando llegó a la barraca, las barbas del viejito salían por la puerta y casi cubrían la totalidad del huerto. Entró en la casa y lo vio tirado en el suelo con

una barba de dos días, una barba inmensa totalmente descontrolada que Tito estaba utilizando como cama.

Dormía como un bebé encima de las barbas del viejito. La casa olía a Jumilla.

Raúl despertó a Tito.

—*Mecaquentó*. ¡Si estamos a miércoles! He dormido un día entero. ¿Por qué no me has despertado antes?

—Estuve haciendo mis cosas.

Tito agarró el móvil e hizo veinticinco llamadas.

—Se anuló el concierto de Cartagena. Nos volvemos a Madrid, el sábado volvemos a tocar en la sala Galileo. Les encantó el concierto, eres un crack.

## XXIII

Tito subió al auto con un resacón evidente, una dignidad envidiable y tarareando una canción imposible.

—En cuatro horitas estamos en Madrid.

Lo dijo como si la cosa fuera fácil, pero Raúl sabía que cuatro horas de distancia por una carretera en España podían ser eternas. Podía suceder de todo y llegar a ver todo tipo de paisajes y maneras de vivir. Viva Rosendo.

Dejaron atrás Murcia y entraron en la provincia de Albacete. Pasaron por Hellín, Tobarra y Pozo-Cañada.

Vieron llover, nevar, caer granizo, sufrieron vientos huracanados y un sol de mil demonios. Subiendo inexplicablemente por la sierra de las Cabras, vivieron un duro invierno de tres horas y ochocientas cuarenta y cinco curvas que acabó de sopetón en una meseta eterna, seca y calurosa. A Raúl le dio la sensación de que, en apenas media mañana, habían visto un desierto similar al de Atacama, una estepa más enorme que la Pampa y la montaña más alta y fría de los Andes.

—El tiempo está un poco raro, ¿verdad? ¿Será el cambio climático? —preguntó Raúl.

—¿Cambio climático? En absoluto. Desde que empezó la crisis en el país, se acabó lo del cambio climático mundial —sentenció Tito.

Raúl no entendía nada, y Tito seguía hablando, casi ignorándole, como quien hace un discurso ante un tren lleno de cabras o frente a un campo de girasoles. Estaba de buen humor.

—Cuando la gente está arruinada ya no se preocupa de la desertización del planeta. No hay nada como un problema nuevo para olvidar un problema antiguo —prosiguió Tito.

Algo de razón tenía. De hecho, la noticia del día en España era que el Barça por fin se había convertido en el mejor equipo del mundo. Acababa de

ganar su enésima Champions goleando al Real Madrid en la gran final. Pero al equipo aún le faltaba la guinda del pastel para convertirse en leyenda. Consiguieron su objetivo cuando el avión que los traía victoriosos de regreso desde Atenas se estrelló en algún punto del Mediterráneo.

Murieron todos los jugadores y la mayor parte de los técnicos y directivos.

—¡*Mecagon* su puta madre! Estos del Barça siempre tan histriónicos — gritó Tito, rabiando.

Tito era del Real Madrid y, como buen madridista, estaba muerto de envidia. Ellos merecían más que nadie ese destino. Sabía perfectamente que la muerte del héroe lo convierte en inmortal. ¿Por qué el Barça y no el Madrid? ¿Cómo habían dejado pasar esta oportunidad?

Tito conducía y sus pensamientos también viajaban; se imaginaba delante del televisor, llorando, viendo las mejores jugadas de su equipo del alma a cámara lenta y con música de balada épica. El gran Real Madrid, mejor equipo de España, del mundo, de la historia, invencible; todos muertos en un accidente de avión. Leyenda. Esos héroes que solo cayeron derrotados en el partido más difícil de sus vidas, disputado en un Boeing 747.

España estaba de luto.

Sin embargo, Raúl no acababa de entender que, después de presenciar tantos atentados, manifestaciones y pestes indiscriminadas, la gente se preocupara por la muerte de unos jugadores de fútbol.

Empezó a llover a cántaros, y luego salió el sol y la luna al mismo tiempo y por el mismo sitio. La provincia de Albacete era una extensión de cosa amarilla. Raúl se percató de que las carreteras eran más anchas que las de Uruguay, pero los paisajes más estrechos, y que no había vacas ni vida alguna allí donde pasaban, pero sí molinos supersónicos. Raúl siempre había creído que los molinos eran muy distintos.

—¿Estamos cerca de Almansa? —preguntó.

—¿Por qué? —Tito se sorprendió de que le preguntara precisamente por Almansa.

El uruguayo se explicó:

—Mi papá me contó que un antepasado mío, Francisco Suárez, murió luchando en la guerra de Almansa.

Tito sonrió sorprendido y aclaró:

—Pues sí, en Almansa hubo una batalla muy famosa entre tropas borbónicas y carlistas. Aquí murió el hermano del rey.

—Pues mi antepasado Francisco Suárez también.

A Raúl se le hizo raro pensar que un antepasado suyo hubiese muerto en el mismo sitio, el mismo día y por el mismo enemigo que el mismísimo rey de España. La vida te puede llevar a lugares muy extraños, solo depende de dónde, de cuándo y de qué coño naces.

Tito seguía su monólogo intentando convencer al guardabarras del coche, autoafirmándose de vez en cuando por el retrovisor:

—Lo de Almansa fue la hostia. Entonces los reyes de España ya tenían la costumbre de matar a sus hermanos y obligar al pueblo a luchar en guerras fratricidas interminables. Esta ancestral tradición de los Borbones de quitarse de encima a sus hermanos perdura, de momento, hasta el siglo XXI.

Tito seguía cagándose en todos los reyes de España y no solo en ellos; también maldijo a Primo de Rivera, a Azaña y a Franco, por orden cronológico, y en un par de kilómetros destripó los últimos trescientos años de política española.

Siguió hablando de política, pero Raúl se fue alejando poco a poco de su voz, sumergiéndose lentamente en el universo infinito de las rotondas con la voz de Tito como música de fondo.

Ahora veía claramente que la diferencia con las carreteras de Uruguay eran las rotondas. Había cientos de ellas: rotondas con motivos florales; rotondas más al estilo chillidesco, con un mamotreto de hierro encima; rotondas con pavos reales de madera y cola colorida; con modelos más folklóricos, estatuas de toreros, guardias civiles, cantaores, obispos; rotondas amarillas llenas de banderas; rotondas con barcas encima; rotondas con aviones; otras de cemento puro y duro, rotondas con olivo; con esculturas hechas con tapones de vino gigantes.

Tito seguía maldiciendo. Que si el maldito Felipe González nos metió en la OTAN, que si los propios socialistas fueron los que introdujeron el

capitalismo y el consumismo salvaje en España, que si los nuevos ricos, que si tenían tanta pasta que hasta se compraron su propio grupo terrorista, que si patatín, que si patatán...

Raúl ya no tenía ni idea de lo que hablaba Tito. Había perdido el hilo, solo veía rotondas, rotondas verdes, azules, rotondas con una vaca, con un Cristo, con la cara del Che, con un nadador de bronce, con un molino falso, con un queso manchego gigante. La voz de Tito era solo un susurro que llenaba el coche, pero se alejaba cada vez más de sus orejas. Repetición.

En apenas veinte kilómetros, treinta y cinco rotondas. Hipnótico.

Que si Fraga Iribarne fue el ideólogo del nido de avispa, que si fue el arquitecto de la madriguera donde los franquistas pusieron las huevas, que si sus crías eclosionaron en plena democracia y se quedaron con todo, que si los ministros de ahora son los nietos de los ministros franquistas, que si aquí siempre mandan los fachas de siempre...

—¿Comprendes lo que te digo? —espetó Tito.

Entonces Raúl despertó del letargo de las rotondas y supo que se acababa de perder la historia de los últimos tres siglos de política en España.

A Tito le pareció que hablar de política le estaba poniendo de mala leche y, a los dos, que la política era demasiado invasiva con la gente. Era difícil vivir en este mundo sin estar pendientes constantemente de ese asunto. Verdaderamente injusto.

—Putas política y puta economía, hablemos de música.

—Maneras de vivir.

—Va a estallar el obús.

—Máter misericordiae.

—El jardín botánico.

—Deltoya.

—La asamblea de majaras ha decidido: mañana sol y buen tiempo —zanjó Tito.

Cruzaron otra rotonda con una lápida de mármol, luego otra con un naranjo muerto, y justo después de una rotonda con una especie de zurullo pintado de azul se encontraron con un cartel: BIENVENIDOS A BADAJOZ.

## XXIV

Los comienzos del escultor de rotondas fueron duros: empezó decorando la rotonda de su pueblo, San Leonardo de Yagüe, en la provincia de Soria. Era muy sencilla, de líneas simples y materiales baratos. Después diseñó la rotonda del pueblo más cercano: una palmera metálica.

Pero, poco a poco, y sin que nadie supiera por qué, fueron aumentando la cantidad de rotondas en la zona y con ellas la fortuna del escultor. Al cabo de pocos años consiguió quedarse la concesión de la decoración de las rotondas de toda La Mancha y, ya se sabe, ancha es Castilla. Luego se hizo con las de todo el país y creó un verdadero imperio. Después ya no solo controlaba las esculturas, sino que también comenzó a construir las propias rotondas. Montó su constructora, su inmobiliaria y se adueñó de la empresa que gestionaba toda la red de carreteras. Luego se hizo alcalde, diputado; en fin, a robar que son dos días. Una rotonda cada doscientos metros a una escultura por rotonda. Y llegó el gran día en que los españoles ya no medían las distancias por kilómetros, sino por rotondas. Imaginen el dineral que amasó en solo cinco años. Ganó lo suficiente como para colocar a su hijo de diputado, a su mujer de presidenta del auxilio social y a su cuñado de presidente del MOPU. Entrar en el edificio del Ministerio de Fomento era como entrar en su casa, y podía decirse que el ministro de Obras Públicas era su mayordomo.

El jefe de todo esto: autopistas, áreas de servicio, gasolineras... Hasta acabó pintando las señales de tráfico.

Era listo, sabía que enriquecerse con un aeropuerto no era por el aeropuerto en sí mismo, sino por los cientos de empresas que se podían crear para construir papeleras, vallas absurdas, escaleras mecánicas, pintura para rayas del parking, encofrados, mostradores, ceniceros, puertas giratorias y miles y miles de baldosas y cristalitos.



Un pedazo de artista, empresario de éxito, pero como escultor seguía siendo un desastre.

—¿Badajoz? ¿Qué coño hace Badajoz aquí en medio? —preguntó Tito casi reconociendo con los ojos que estaba totalmente desorientado.

—¿Te has perdido?

—Yo nunca me pierdo, chaval, pero te juro que es la primera vez que encuentro Badajoz entre Albacete, Cuenca y Ciudad Real. —Miró a un lado y al otro—. ¿Te has fijado si hemos pasado por Villarrobledo? Igual me he despistado. ¡Es que me agobias, Raúl, con tantas preguntas, hostia!

Raúl se estaba asustando de verdad. Ver la expresión de Tito perdido le aterraba. Por primera vez desde que llegó sintió ganas de volver a casa, tomarse un mate y comerse un asado en el ranchito de sus padres.

—Bueno, pues ya que estamos en Badajoz, vamos a comer un plato de jamón extremeño pata negra y una torta del Casar. No hay mal que por bien no venga, eso sí que es comida. Sin dextrosas, ni espumas, ni azúcares invertidos, ni hidrógeno... Joder, tronco, ¡no me extraña que los catalanes tengan cáncer de boca!

—¿Estás seguro, Tito, de que lo que dices es muy científico?

—Con la mierda que les ponen en la comida los Adrià, los Roca y las Ruscalledas, puede ser, amiguito, puede ser.

No pudieron entrar en Badajoz: las rotondas los escupieron en dirección a Cáceres pasando por Plasencia, que estaba sorprendentemente a tres rotondas de Mérida.

—Aquí hay un teatro griego muy famoso. La tragedia dice que pronto será una pista de pádel.

Tito no podía saber de todo. Así son las personas, pueden saberlo todo sobre Egipto y nada sobre Roma.

Llegaron a Quintanar de la Orden. Tito se tranquilizó: ya estaban en Toledo, se sentía cerca de casa.

Ese año los sanfermines no se celebraron en Pamplona; se estaban celebrando en la villa de Tarancón. Tito pensó que una fiesta así, aunque no

fuera en Pamplona, no se la podían perder, pero decidió no desviarse por miedo a encontrarse Huelva por en medio. Además, todavía estaba de resaca: tenía una cornada con dos trayectorias en la zona del estómago. No quería arriesgarse. Siguió en dirección Aranjuez. El paisaje empezaba a urbanizarse, a ambos lados de la carretera se extendían alambradas eternas con lo que parecían invernaderos o barracones con miles de personas dentro, completamente paradas, casi apáticas, casi estáticas. No hacían nada, solo estaban parados.

—Son campos de parados —dijo Tito, sin mostrar sorpresa.

—Son muy grandes —contestó Raúl asombrado.

—Sí, antes en estos campos retozaban toros tranquilamente pero, entre la crisis y los antitaurinos, los dueños de las fincas se las alquilan al Gobierno para plantar parados. De esta manera, no molestan a nadie.

Raúl escuchaba atónito, los campos de cereales también estaban presos tras unos muros llamados carreteras. Tito siguió disertando:

—Más allá están sembrando un campo de jubilados. Son un poco más caros porque la tierra necesita más nutrientes y mucho más abono, ya que los viejos se marchitan mucho antes.

Raúl se estaba asustando: lo de meter a los parados y a los jubilados en campos le parecía extraño, pero aún le inquietaba más la indiferencia con que se lo tomaban algunos.

Tito no parecía ver nada raro en todo esto; de hecho, solo le encontraba ventajas.

—Imagina que yo me quedo sin trabajo: que quiero estar en casa, pues estoy; que quiero buscar un nuevo trabajo, pues lo busco; que me quiero plantar en un campo de parados, pues me planto. Mi camita, mi comidita, mis siestitas, mis amiguitos, mis amiguitas. Estado del bienestar en estado puro.

Cerca de Aranjuez se estaba refundando la nueva España. Latifundistas de parados, terratenientes de jubilados.

Después de pasar por Corral de Almaguer los adelantaron, a toda velocidad y por la derecha, tres 4x4 relucientes con los cristales negros, cuatro tanques

y cinco camiones repletos de soldados. Parecían norteamericanos por sus uniformes sofisticados y las caras de gilipollas.

—¿Son soldados norteamericanos?

—No. Deben de ser soldados de las Naciones Unidas, las fuerzas de paz. Seguro que se traen alguna misión humanitaria entre manos.

—Pues en el auto llevan la bandera de Estados Unidos.

—Tranquilo que no son los norteamericanos. El presidente ha asegurado que no permitirá ninguna intervención militar extranjera.

Los españoles podían dormir tranquilos: según el Gobierno, los estadounidenses no estaban en España. Raúl sabía que cuando estos llegan a tu país estás perdido, pero si dicen que no están, date por muerto. Lo sabía por experiencia, de cuando decían que no estaban en Uruguay.

Raúl sintió vértigo. Todo era muy confuso. Los españoles estaban jodidos. Además, la gira se hacía cada vez más difícil. Sentía que había fracasado en su intento de conquistar Europa.

—Creo que lo mejor sería hacer el concierto de Madrid y luego me regreso a Uruguay.

—¿Por qué? Vamos a triunfar, tronco. ¿No has visto cómo se pone la gente cuando te escucha? España te necesita, Raúl, necesita de tus canciones.

Pero Raúl no lo veía claro, todo aquello le venía grande; le gustaba cantar, pero era demasiado peligroso. Ya tenía suficiente, no quería morir en España. A él le gustaba disfrutar de cada momento, saborear cada segundo de su vida. Sin embargo, Tito parecía disfrutar solo de sus planes de futuro o de sus recuerdos.

Y entonces llegaron a Madrid.

## XXV

El concierto de la sala Galileo iba a comenzar. Por segunda vez, Raúl cantaría en Madrid. Había pasado apenas un mes desde su primera actuación en la sala, pero parecía una eternidad. Desde ese día había vivido cosas inexplicables: una manifestación en el País Vasco de la que era imposible escapar, los muertos en Cataluña o la desaparición de Valencia y las pirámides de Egipto.

Estaba algo nervioso. Además, Javier Krahe estaba en la sala.

Raúl admiraba a Krahe desde siempre, cantaba tan bien el castellano...

Tito se quedó con Krahe a un lado del escenario, sentaditos junto a la puerta de la escalera por donde se subía al pasillo que hacía de camerino. Desde ahí podían fumarse unos porritos mientras escuchaban el concierto tranquilamente sin que nadie los viera.

Se apagaron las luces, Raúl guiñó el ojo al técnico de sonido y salió a cantar. Se sentía como un alumno de primaria en el examen oral ante el profesor Javier Krahe, cuya presencia era intimidatoria.

Decidió arrancar el concierto con la canción *La desintoxicación del chamán*, y luego *Una morsa rusa en la Patagonia*, *Saturno* y *El barco volador*.

Ese día Raúl se sentía cargado de sensaciones que transmitir. Había vivido demasiadas cosas.

El público le escuchaba en silencio, atónito, hipnotizado por su voz, cantaba casi susurrando, con la garganta medio rota por la emoción. Pero desgraciadamente ese día no bajó ningún ángel.

Muy al contrario. De repente, el silencio enmudeció, Raúl sintió un estallido inmenso, un ruido seco y ensordecedor que le sacudió todo el cuerpo y le levantó de la silla violentamente. Cayó hacia atrás sin entender nada.

El público desapareció de su vista, el sonido de los altavoces cesó y todo se quedó a oscuras. Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos y se sintió confuso, como en un sueño.

Raúl buscó al técnico de sonido esperando alguna explicación, pero la sala estaba llena de humo, un humo negro y denso que traía un olor a plástico y pelo quemado. Logró fijar la mirada. Donde antes estaba el público, ahora solo había un boquete inmenso. Le costaba moverse y vio cómo su guitarra se manchaba de sangre: se dio cuenta de que sangraba por la nariz y las orejas. Miró al lado y vio a Tito y a Krahe tirados en el suelo junto al escenario. ¿Qué había sucedido? Estaba todo borroso, no conseguía oír nada y creyó que se había quedado sordo. Estaba como dentro de una burbuja radiactiva, no podía pensar; sin embargo, pudo ver claramente la cabeza del señor del bigote de la tercera fila tirada sobre el escenario y un brazo de no sabía quién colgando del pie del micro.

Estaba confuso, le dolía todo el cuerpo y, poco a poco, el silencio se convirtió en un pitido insoportable que le perforaba el cerebro.

Vio a Krahe incorporarse mientras se tambaleaba. Tenía la barba más gris que nunca, tropezó y el suelo se lo tragó. Raúl fue tras él, pero junto al boquete por donde había desaparecido Krahe encontró a Tito, que maldecía entre gritos de dolor.

—*Mecagonlaputa*, eso ha sido una bomba.

Raúl quiso ayudar a Tito, pero al intentar levantarlo el suelo también cedió y cayeron los tres por un agujero que se hundía bajo tierra.

Un alud de piedras y escombros los persiguió durante la caída —que les pareció infinita— y obstruyó el agujero por donde habían entrado, así que no tuvieron más remedio que seguir adelante, caminando por una especie de túnel que parecía llevarlos al mismísimo centro de la Tierra. La linterna del móvil de Tito era su única antorcha.

El túnel parecía construido de una forma muy rudimentaria, totalmente irregular y tortuoso. Caminaban por él torpemente, tropezando y agachando la cabeza para no darse contra el techo.

Al fin llegaron a una caverna de unos cinco metros cuadrados, con las paredes infestadas de cucarachas y charcas de agua sucia donde cientos de ratas los miraban con cara de susto.

—¿Alguien sabe dónde estamos? —preguntó Tito.

—Ni idea —contestó Krahe.

—¿En España? —dijo Raúl.

Lo que estaba claro es que estaban bajo tierra, que la batería del móvil se les estaba acabando y que una bomba había destruido la sala Galileo.

Tenían que encontrar la salida cuanto antes, eso era evidente.

Había varias salidas, pero unas parecían tapiadas con ladrillos, y por otras era imposible pasar porque estaban llenas de escombros.

A un lado de la caverna, Raúl descubrió una pequeña abertura en la piedra que parecía ensancharse más adelante. Decidieron deslizarse por el agujero. Mientras se arrastraban como gusanos, Tito afirmó:

—Ha sido una bomba, el grupo terrorista Veintidós de Septiembre. Los tenían amenazados.

—¿Con una bomba? No creo. Esos siempre te disparan en la nuca. Seguro que han sido los antisistema radicales de Navarra.

—No creo, más bien los prolibertarios de Huelva.

—No, los prolibertarios te ejecutan rebanándote el cuello con un arma blanca, no utilizan bombas, igual que los del Frente Revolucionario Gallego.

Raúl los escuchaba mientras se hundían en túneles cada vez más angostos y húmedos. ¿Cómo eran capaces de acordarse de los nombres de tantos grupos terroristas? ¿Cómo podían los españoles tener tal cantidad de enemigos?

La lista de grupos terroristas era más larga que la de los reyes visigodos.

—Los del Poder de la Regla Feminista de la Alpujarra también tiran bombas.

—Pero solo en sedes de partidos políticos, nunca en un teatro.

—Esto me huele a los Mártires del Frente Cristiano Mariano Leonés.

—No creo, los Mártires del Frente Cristiano Mariano Leonés hacen ataques suicidas.

—¿Y quién te dice que no ha sido un ataque suicida? Vi a uno del público con cara de leonés, llevaba una mochila... No sé..., me pareció sospechoso.

Llegaron a otra cámara cuya única salida era un túnel inundado, el agua lo cubría casi por completo. No tuvieron más remedio que atravesarlo de rodillas con el cuerpo totalmente sumergido, apenas les salía la cabeza, lo justo para respirar.

Krahe se alegró de haber dejado de fumar. Ese recorrido para un fumador debía de ser fatal.

Finalmente, llegaron a una sala; no era una cueva ni una gruta, era una sala construida por el hombre, totalmente rectangular con una única puerta al fondo. Las paredes estaban llenas de frescos e inscripciones en latín y hebreo, casi borradas por la humedad y el paso del tiempo. Llegaron frente a la puerta, una puerta de arco imponente, de madera y cobre. En ella, tallada sobre mármol, había una inscripción donde se podía leer con dificultad:

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el Cielo, ni abajo en la Tierra, ni en las aguas debajo de la Tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos...

—¡El archivo herético de los iconódulos que ocultó la Santa Inquisición!  
—exclamó Javier Krahe.

—¿Los de las torturas?

—No, querido amigo, este archivo guarda los libros de la biblioteca prohibida de los iconódulos.

—¿Los iconoqué? —preguntó Tito con cara de tonto.

—Todo comenzó cuando el iconoclasta León III, emperador de Bizancio, prohibió las reproducciones de imágenes sagradas. Los iconoclastas querían destruir los libros y las obras de arte donde figuraban imágenes de Jesús y los santos. Se enfrentaron a los iconódulos, que pretendían conservarlas. La guerra entre iconoclastas e iconódulos duró más de cien años. Durante este tiempo, los iconoclastas quemaron libros e imágenes de un valor incalculable, pero los iconódulos consiguieron salvar muchos de ellos escondiéndolos bajo la mezquita de Jerusalén. Durante siglos recopilaron volúmenes de libros

cristianos y musulmanes con dibujos maravillosos. Siglos más tarde, Saladino, que también era iconoclasta, invadió la ciudad y la convirtió al islam, y declaró herejes a los iconódulos. Estos, convertidos entonces en una especie de orden secreta, trasladaron el archivo a tierras más seguras y cristianas. Un joven y apuesto fraile de pelo rubio y ojos azules, que acabó casándose después de pasar muchas penurias con la hija bastarda del rey de Macedonia...

—Espera, espera.... ¿Cómo sabes tú todo eso? —le interrumpió Tito.

—Bueno, siempre me ha interesado la historia.

—Ya, pero cómo sabes lo del joven novicio rubio con ojos azules y apuesto y que se casó con la hija de...

—Bueno, eso me lo he inventado. Como sé que las historias de frailes y libros no tienen ningún interés, he añadido un joven rubio y apuesto de ojos azules para darle un poco de emoción a una trama tan aburrida.

Raúl le rogó que continuara. Javier Krahe prosiguió:

—En aquella época, los caballeros templarios, cuya orden contaba con muchos iconódulos en sus monasterios, protegieron la biblioteca, y finalmente dieron escolta al joven rubio y apuesto, y los ocultaron en el monasterio de Trevi. Sin embargo, los Borgia, sabedores de la existencia de la biblioteca, pretendieron robarla para revenderla al obispado de Canterbury.

Raúl pensó en voz alta:

—Claro, los Borgia eran valencianos...

—Sí, sabemos perfectamente de lo que hablas —ironizó Tito.

—Los Borgia consiguieron, mediante engaños, envenenar al joven rubio y apuesto de ojos azules junto a su esposa. Los dos murieron de una forma espantosa.

—Qué final más triste.

—No, esto no termina así —continuó Krahe—. Una pequeña campesina que aseguraban hablaba directamente con la Virgen María, obró el milagro de trasladar la enorme biblioteca en un solo baúl de oro, ayudada por un ejército de ángeles capitaneados por el mismísimo arcángel San Miguel. Sea verdad o mentira, lo cierto es que esa noche la biblioteca apareció milagrosamente en



el monasterio de Poblet, donde los monjes la ocultaron bajo unas catacumbas cercanas cuyo paradero no revelaron jamás.

Tito le interrumpió bruscamente:

—No me creo nada.

Pero Raúl le suplicó que le dejara continuar.

—Debido a las pestes y a una época de caos y destrucción en que las fuerzas del mal reinaron sobre Tarragona, la biblioteca se dio por perdida. Los frailes de la secta secreta de los iconódulos, perseguidos y dispersos, ingresaron en otras órdenes religiosas. Algunos en los jesuitas, benedictinos o franciscanos, otros incluso se convirtieron al islam.

»Jamás se volvió a saber nada de la fabulosa y sangrienta biblioteca. Unos la situaban en Carcasona, unos en Canterbury, otros la convirtieron en leyenda. Hasta los nazis, con Himmler en persona al frente, trataron de hallar sin éxito este archivo en la montaña de Montserrat...

—¿Y entonces qué sucedió?

—Alguna vez oí que un pastorcillo de Despeñaperros la llevó a Madrid, escondida en el vientre de sus ovejas, pero es muy improbable.

Raúl escuchaba a Krahe embobado: realmente, ese tipo, cuando hablaba, te convencía de lo que fuese.

Krahe empujó la puerta, que se abrió con un largo quejido.

Entraron en la biblioteca: ante ellos se alzaban miles de libros, algunos perfectamente ordenados en una estantería gigantesca, otros tirados desordenadamente en las mesas o por el suelo.

Volúmenes y volúmenes de libros vestían una estantería que forraba una pared más alta que la torre España.

Algunos esqueletos estaban sentados aún a las mesas o recostados en la estantería.

—Qué maravilla. —Krahe se volvió loco de alegría, recorría la estantería y revolvía los pergaminos de las mesas como un yonqui buscando la papela perdida—. ¡La colección secreta de Argimónedes! —exclamó, presa del júbilo—. ¡Y sus tratados sobre las jugadas prohibidas del ajedrez! Dicen que Argimónedes consiguió crear la trampa en el ajedrez inventando movimientos, según la leyenda, inspirados por el mismísimo diablo. El papa

Pío le condenó, pero Argimónedes ordenó a su discípulo Eurípides, entonces un joven avisado y atractivo atleta, conocido por todos como Tom, que ocultara ese tratado en la biblioteca de los capuchinos. Pero Diana, hija del emperador, le traicionó por celos, al ver que Eurípides estaba enamorado de la hija de un simple leñador: Natascha.

Raúl agradeció a Krahe que le diera ese toque personal a su relato. Esos pequeños paréntesis románticos le daban un aire más humano y poético a la historia. Javier Krahe casi contaba los cuentos mejor que su madre.

—Además, ¿no es cierto que la historia no es la misma según quien la escriba? —dijo Krahe.

—Claro, todo el mundo sabe que la poesía fue la primera en narrar la historia —añadió Raúl.

—Pero ¿la historia no es acaso poesía?

—La poesía es imaginación, y la imaginación, señores, es el principio de la mentira.

—Entonces un mundo sin mentira sería un mundo sin imaginación.

—Sin imaginación no existiría la historia —sentenció Raúl.

Fue entonces cuando Tito consiguió reaccionar:

—No sé lo que está pasando aquí, pero solo estamos diciendo tonterías. Creo que la biblioteca nos está poseyendo. Aunque ¿por qué tengo tantas ganas de hablar de libros si lo que quiero es salir cagando leches de aquí?

—Tranquilos, amigos míos, vamos a salir de aquí, pero antes hablemos de los cátaros —propuso Krahe.

—No, tenemos que salir de aquí como sea. ¡Corred! La biblioteca está encantada, pretende que nos quedemos aquí leyendo sus libros y disertando sobre ellos eternamente —observó Raúl.

—Y una mierda, yo no me quedo aquí hablando de gilipolleces toda la eternidad, vamos —dijo Tito.

—¿No veis los esqueletos? Aún sostienen libros en sus manos, murieron leyendo —exclamó Raúl.

Tito empezó a correr como un loco hacia una puerta que se encontraba justo en medio de la estantería, pero unos esqueletos se incorporaron súbitamente y le impidieron el paso.

—Me *cagon*...

Esta vez Tito no se cagó en la puta ni en Dios. Se cagó encima. Se quedó lívido al ver los esqueletos amenazándole. Su cara estaba totalmente desencajada de terror. Y se cagó encima.

—Mierda.

—Sí, el asunto se pone feo.

—*Nooo*. Digo mierda, que me he cagado encima, ¡me he cagado! Esperadme, dejad que me quite los pantalones rápido.

Se quitó los pantalones y se limpió como pudo con el primer pergamino que encontró encima de la mesa.

—Te acabas de limpiar el culo con el manuscrito original de *Don Quijote de la Mancha*.

Manchado de mierda es como quedó el manuscrito que un buen día escribió el pobre Cervantes.

Los tres corrían por la biblioteca como pollos sin cabeza sin saber por dónde escapar, mientras cada vez más esqueletos se incorporaban caminando lentamente pero a paso seguro hacia ellos.

Atrapados en un rincón sin escapatoria, completamente rodeados por esqueletos, de pronto Raúl se acordó del mago Tamariz.

Le había regalado una cajita que solo debía abrir en casos de máxima necesidad.

Se sacó la cajita del bolsillo y la abrió.

Dentro había un dado con siete costados. Lo lanzó como un proyectil contra los esqueletos, pero el dado se convirtió en una baraja de naipes totalmente inofensiva.

Luego sacó un pañuelito rojo con lunares que agitó desesperadamente, pero solo apareció una paloma que escapó pitando del lugar.

Los esqueletos ya estaban encima de ellos, habían agarrado a Krahe y le obligaban a leer una obra de posturas sexuales con ilustraciones escrita por la mismísima santa Teresa de Jesús.

Entonces, desesperado, Raúl sacó un último objeto de la caja, un frasquito con una etiqueta que decía: «Pócima contra los esqueletos y sus ataques de

cultura».

La bebieron los tres y como por arte de magia del mago Tamariz aparecieron en la Casa de Campo.

Una prostituta los miraba con cara de asombro.

La pesadilla había terminado.

Las prostitutas empezaban a rodearlos.

—¿Queréis follar? Veinte euros la mamada.

## XXVI

Los dos lo tenían claro.

Tenían que salir de España cuanto antes mejor.

Por Francia era imposible. Los europeos se habían organizado y habían tapiado los Pirineos debidamente; tenían larga experiencia en defenderse de los males que les venían de España. Por ahí no se podía salir del país. Por Portugal tampoco era posible. A ningún español se le ocurriría ir a Portugal. Para los españoles, Portugal simplemente no existía: por lo tanto, no se podía escapar por ahí.

La única opción era Algeciras. Tal vez por el sur se podría encontrar alguna embarcación que los llevara a África. Desde allí podrían regresar a Uruguay.

Salieron de Madrid por la mañana. Las carreteras no eran seguras, los vuelos estaban cancelados. No había más remedio que viajar a Sevilla en AVE, que en la actualidad más que un tren de alta velocidad era un borreguero cargado de gente histérica que intentaba huir de Madrid hacia el sur.

Subieron al tren de milagro. Tito se abría paso a codazos entre la gente desesperada. No sabían que ese era el último tren que saldría de Madrid en mucho tiempo. Pero, cuando llegaron a Ciudad Real, el tren no se detuvo en la estación, pasó de largo a toda velocidad.

La gente de Ciudad Real se agolpaba en los andenes pidiendo auxilio, tirando a sus bebés al tren para que al menos ellos pudieran salvarse.

Raúl estaba asustado, ya no pensaba ni en canciones ni en giras, solo quería salir de España cuanto antes.

El tren cada vez iba más rápido, tanto que llegó un momento en que todos los pasajeros empezaron a sospechar que algo raro estaba pasando. El AVE iba totalmente descontrolado.

Acababa de morir el conductor.

El conductor muerto era un burro, un burro viejo de color blanco tirando a gris. A su edad debería estar jubilado. Pero le habían obligado a conducir el tren y su corazón no había aguantado tanta presión.

El revisor fue desesperado por todo el tren, vagón por vagón, preguntando a la gente a ver si tenían un burro a mano.

—¿Alguien tiene un burro?

Al fin, casi en el penúltimo vagón, una señora le contestó.

—Yo no tengo un burro, pero tengo un perro.

—Tal vez nos sirva. ¿Me puede acompañar, por favor?

La señora y el perro se levantaron de sus asientos apartando a otros pasajeros de en medio y fueron tras el revisor. Cuando llegaron a la cabina del conductor, primero tuvieron que apartar al burro conductor muerto, que no fue fácil, pues era un pedazo de burro.

Inmediatamente pusieron al perro en la cabina. El revisor le ordenó:

—Vamos, chucho, conduce.

La señora le recriminó:

—Se llama *Moncho*. Y haga el favor de dirigirse a él con un poquito de respeto.

El revisor cambió de actitud:

—Venga, *Moncho*, inténtalo, bonito ¿Te gustaría conducir este tren? ¿Quieres una galletita del vagón bar?

Primero el perro se mostró reticente, tal vez estaba impresionado con el burro muerto aún de cuerpo presente. Desconfiaba. Pero, poco a poco, fue entendiendo la situación.

Finalmente, agarró los mandos con seguridad y consiguió disminuir la velocidad del tren.

Una hora después, llegaron a Sevilla sanos y salvos.

Le dieron al perro un paquetito de galletas Príncipe y dos Kit Kat, en agradecimiento por haberles salvado la vida a todos los pasajeros del AVE.

## XXVII

Ya en la estación de Sevilla, se dirigieron a las escaleras automáticas. Había un montón de gente.

Nadie sabe muy bien por qué la gente tiene la manía de agolparse en las salidas y entradas de los trenes, aviones y escaleras mecánicas.

Subían todos apretados por la escalera cuando Raúl se volvió para preguntarle la hora a Tito, pero al girarse le dio, sin querer, un codazo al señor que estaba detrás de él. Raúl ni se enteró.

Pero el señor resbaló, se tambaleó y se precipitó al vacío, destripándose contra las baldosas imitación mármol del suelo de la estación. Murió en el acto.

Se llamaba Francisco Heredia y le acompañaban sus tres hijos.

Cuando vieron a su padre muerto, no se lo podían creer: el padrino de los Heredia estaba muerto por culpa del codazo de un payo.

El mayor de sus hijos, Manuel Heredia, salió a perseguir a Raúl y Tito, que ya estaban en el piso superior de la estación, totalmente ajenos a la tragedia que habían provocado.

Manuel subió las escaleras de tres en tres apartando a la gente a golpes, hasta que tuvo a Raúl a la vista. Sacó la pistola y disparó.

Pero le salió el tiro por la culata y la bala le reventó la cabeza. Manuel también estaba muerto. Su hermano José siguió con la persecución cuando Raúl y Tito subieron a un Opel Corsa de alquiler. Los persiguió con su Mercedes plateado.

—Habéis matado al papa y a mi tete, malnacidos; mi venganza será terrible.

De repente, un autobús interrumpió sus pensamientos porque chocó contra su Mercedes y lo aplastó contra el escaparate de una perfumería. José murió al instante.

Tres Heredia menos en este mundo.

Sus primos, los hijos de la Conchita, alertados por el hijo menor del padrino, también salieron a la caza de Raúl.

Las órdenes eran claras: el clan de los Heredia condenaba a muerte a Raúl y a Tito. El mal de ojo ya estaba echado. Estaban sentenciados. No había sitio en el mundo donde pudieran esconderse. Podían darse por muertos.

Sin embargo, Raúl y Tito seguían charlando animadamente en el Opel Corsa mientras escuchaban a toda leche las canciones de Kiko Veneno.

Cruzaron el puente de Triana: allí les esperaban los tres primos Heredia con una mochila bomba que, desgraciadamente para el mundo gitano, les explotó encima, cargándose a los tres primos y el puente de Triana, que después de tantos siglos contemplando Sevilla se hundía en el Guadalquivir para siempre. Raúl y Tito ni siquiera oyeron la explosión. Estaban escuchando la canción de Lobo López a todo volumen: «Al río lo que es del río...».

El Opel Corsa seguía tranquilo, con la música a tope, ajeno a la persecución.

—¿Quieres ver la iglesia del Cristo del Gran Poder?

Cuando llegaron a la iglesia, una bala de mortero rozó la oreja del Corsa, pero ellos ni la sintieron, ensordecidos con los superhéroes del barrio. El Opel Corsa temblaba al ritmo de Kiko Veneno.

—¡Qué caña tiene el equipo del Corsa!

El Mercedes blanco del menor de los Heredia ya los habría alcanzado de no ser porque la explosión fue tan potente que salió disparado y, como si de otra bomba se tratara, destrozó la fachada de la iglesia del Gran Poder, la cual se resquebrajó unos segundos y después se desplomó como un castillo de naipes.

Poco poder tuvo el tal Cristo ante la bala de mortero de los Heredia.

Tito seguía perdido por el centro de Sevilla, pero disimulaba y distraía a Raúl con las canciones de Kiko Veneno.

—Esto es la Alameda.

Sonaba Joselito.



En la Alameda los esperaban los primos por parte de madre de los Heredia, y los de la parte del compadre Sebastián. Unos hacían guardia al principio de la calle, otros les cerrarían el paso por detrás.

Todo perfecto, si no fuera porque Tito giró a la derecha por la calle de la comisaría, en contra dirección, una decisión absurda y totalmente inesperada para el pelotón de fusilamiento de gitanos que ya empezaba a disparar.

—Por aquí llegaremos antes a la Giralda —dijo Tito.

El Corsa ya no estaba, pero Los Heredia dispararon unos contra otros. La Alameda se convirtió por un momento en un callejón sin salida donde los gitanos tiroteaban sin orden ni blanco a cualquier cosa que se moviera.

Los clientes de las terracitas reaccionaron. Los sevillanos de a pie también se habían armado. Las noticias que llegaban del resto del país eran desalentadoras y tenían miedo. Eran conscientes de que la violencia podía llegar en cualquier momento a Sevilla. Así que decidieron armarse. Armarse no. Armarse hasta los dientes. Quien no se compró una pistola, se compró dos, algunos una escopeta, otros una metralleta. Si llegaba la guerra, ellos querían estar preparados. Las botellas de manzanilla y las cañas de cerveza empezaron a volar por los aires.

Los clientes, camareros y peatones sacaron sus armas y se unieron a la guerra.

La Alameda era un campo de batalla.

Los disparos alertaron a los vecinos de las calles cercanas. Algunos se escondieron en sus casas, otros salieron a la calle a saldar viejas cuentas, los del Betis fueron a por los del Sevilla, los costaleros de la cuadrilla de la Virgen de la Amargura contra los costaleros de la cuadrilla de la Hiniesta, los de la caseta de la peña del Rocío contra los de la caseta de la peña del Gato Negro, los seguidores del torero Curro Romero contra los de Espartero.

Demasiadas cuentas pendientes en Sevilla. Era un polvorín y algún día tenía que explotar.

La Giralda fue la última en caer.

Cuando salieron de Sevilla, la ciudad estaba medio en ruinas, y más de la mitad de los Heredia estaban muertos.

Raúl y Tito seguían ilesos en su Corsa escuchando *Volando voy*. No se habían enterado de nada.

—Parece que Sevilla está tranquila. Si lo llego a saber, montamos un bolo aquí.

Si Tito hubiese mirado por el retrovisor, habría visto cómo ardía Sevilla, pero estaba intentando encontrar el camino de Jerez.

—Vamos por Málaga, que es más corto.

## XXVIII

En vez de tirar recto a Jerez, Tito siguió derecho hacia Málaga.

Raúl sintió sueño, ya sabía que el camino iba a ser largo. Se durmió escuchando *Reír y llorar*.

Cuando despertó, el coche estaba detenido. Tito dormía recostado encima del volante, tenía barba y su ropa parecía envejecida, el cristal estaba sucio. El coche estaba cruzado en medio de la carretera y había crecido hierba en el asfalto. Todo parecía medio abandonado.

Se dio cuenta de que él también tenía barba. Salió del coche. Tenía el cuerpo entumecido, le costaba pensar. Todo estaba en silencio, parecía que todo el paisaje también iba desperezándose lentamente.

Tenía mucho pis.

Se internó discretamente unos metros dentro del bosque, y cuando se disponía a mear, se encontró de frente con un hombre vestido de negro, con los botones de la camisa abiertos, mostrando el pecho ligeramente, unas gafas de sol y barba, fumando un cigarrito mientras bebía tranquilamente un cubalibre en un vaso de tubo.

—Buenos días —dijo Raúl.

—Buenos días —contestó el hombre—. ¿Qué tal te sentó la siesta?

—¿Se me nota? Me quedé dormido en el coche y me salió barba.

—¿No te has enterado? Has estado durmiendo un año entero.

—¿Un año entero? ¿Cómo sabes eso?

—Sé que el rey de las cucarachas del planeta Tierra tuvo una hija y se le olvidó invitar a un hada a la fiesta de su bautizo.

»Sé que el hada era una cucaracha hechicera muy perversa y retorcida. Condenó a la joven cucaracha a dormir hasta que el joven príncipe de los cucarachos la besara.

»Sé que todos en el reino se durmieron, primero la princesa cucaracha, luego sus padres, sus sirvientes, los perros, los caballos, las personas que vivían en el reino de la princesa cucaracha. Todos los seres vivientes de la Tierra habéis dormido un año entero.

—Entonces, ¿se acabó el hechizo?

—Sí, el príncipe cucaracho es muy valiente y consiguió besar por fin a la princesa. Pero no quiero aburrirte con mis chistes malos. Ya me voy, te dejo mear tranquilo.

Mientras meaba, a Raúl le pareció ver que los pájaros empezaban a cantar, las flores se movían ligeramente con el viento, se oían las voces de algunas personas y los primeros motores empezaron a arrancar. El mundo entero se desperezaba.

Regresó al coche. Tito se estaba mirando en el espejo retrovisor.

—¿Tengo barba?

Raúl le puso al día, mejor dicho, al año, de la situación.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Me dijo que se llamaba Eugenio.

—¿Eugenio? ¿El humorista? Murió hace quince años.

Raúl sintió un escalofrío en el cogote, un cosquilleo por todo el cuerpo.

Realmente, Eugenio sabía mucho de los muertos mientras estaba vivo. Ahora que estaba muerto sabía mucho de los vivos. Un genio.

## XXIX

El coche tardó en arrancar, la carretera daba pena, llena de hierbajos, piedras, arena y coches abandonados.

Fueron sorteando obstáculos hasta que llegaron a una curva donde una señal de tráfico les indicaba que por ahí no llegarían a Cádiz. Tito se había vuelto a equivocar. Frenó en seco, se encendió un porro y tiró marcha atrás.

—Por este camino de carros llegaremos antes.

El camino, por supuesto, no llegaba a Cádiz. Terminaba frente al jardín de un pequeño cortijo medio en ruinas donde unas diez personas se encontraban sentadas en círculo alrededor de un fuego.

Uno de ellos se levantó, iba vestido con una túnica blanca y su voz era amigable.

—¿Habéis venido para tomar la ayahuasca?

—¿Ayahuasca? —A Raúl se le iluminaron los ojos—. ¿Podemos tomar un poco?

Tito se sorprendió. ¿Raúl quería ayahuasca? Él creía que no tomaba drogas.

—Por supuesto. Adelante, sois bienvenidos —dijo el señor de la túnica blanca. Les dio un vasito de la bebida y los invitó a sentarse.

Primero Tito no sintió nada, por eso se fue al de la túnica blanca y le pidió otro trago de ayahuasca.

Como tampoco sintió nada, le pidió otro vaso. Como si de *gin-tonics* se tratara.

Al tercer vaso ya era demasiado tarde.

No tardó en sentir el típico bienestar, cierto gustito en el cuerpo. Luego, se adormeció de aburrimiento. Después todo fue un poco a cámara lenta, como si todas las cosas tuvieran un amortiguador cuando se movían. Todo daba vueltas, se sintió un poco raro y luego un poco mal. Su corazón empezó a palpar rápidamente, sintió ganas de vomitar pero se aguantó, no quería

hacer el ridículo. Intentó serenarse, pero empezó a ver cómo el fuego empezaba a bailar violentamente, su respiración se aceleraba, los ruidos parecían más fuertes, los pensamientos se le desordenaban, no sabía cómo ponerse, estaba incómodo, la piel se le tensaba y el aire parecía no llegarle a los pulmones, miles de agujas le pinchaban el cuerpo. Empezó a jadear y finalmente vomitó encima de los presentes.

Nadie se inmutó, le limpiaron tranquilamente y le dieron una manta para que se cubriera; tiritaba de frío.

Entonces se tumbó en el suelo y ya no sintió frío ni calor, como si estuviera en medio del centro de todo. Sus pensamientos empezaron a fluir. El tiempo se detuvo.

La gente toma ayahuasca por muchos motivos. Los que buscan a Dios acaban viendo a la Virgen María; si son cocainómanos les da la euforia y son incapaces de guardar silencio y van contando todo lo que les pasa por la cabeza, al contrario que los heroinómanos, que se tumban a babear tranquilamente.

Otros recuerdan su infancia, otros pueden convertirse en animales, otros charlan con su padre muerto y arreglan las cosas.

Tito, como buen rockero, empezó a ver guitarras eléctricas y baterías Yamaha volando dulcemente como si fueran manadas de pájaros en cielos llenos de un público formado por ángeles que coreaban sus canciones.

Aparecieron Antonio Vega y Antonio Flores y le perdonaron. Charló con Enrique Urquijo y le confesó que fue él quien le robó aquella papela de caballo que le desapareció durante el concierto en aquella sala de Cuenca.

Después volvió a ser joven, y caminó con el niño que fue Ray Heredia por prados de hierba verde fluorescente y flores de todos los colores. Todo tenía sentido. Todo encajaba. Tito no sabía lo que veía, pero lo veía claramente. Entendía todo. Los pensamientos fueron uno solo y andaban de la mano de su cuerpo, que ahora era flexible, vaporoso, con todas sus células bailando en armonía para conformar ese ser perfecto que era Tito.

Ojalá ese momento hubiera sido eterno, era maravilloso, pero la toma de ayahuasca acabó. Todos se levantaron, se abrazaron y fueron a comer pasteles vegetarianos. Tito no despertó, estaba en su ensueño, mirando al

vacío; se negaba a salir de ese estado, quería convertirlo en perenne. Consiguió balbucear:

—¿No lo ves, Raúl? Todo cuadra. Lo entiendes ahora, ¿verdad? ¿Tú también lo entiendes?

—A mí no me ha pegado mucho —contestó Raúl.

Él ya conocía un poco la ayahuasca, de pequeño vivió tres años en Mapiá, en medio de las selvas de Acre. Tomaba la bebida con sus padres y convivió con el Santo Daime. Fumó santamaría en la iglesia y bebió ayahuasca junto con los vecinos del pueblo. Por entonces Mapiá era una comunidad reducida y próspera que fue levantada alrededor del culto a la ayahuasca. Fue una etapa de su infancia muy feliz. Su padre ayudó a construir la iglesia y allí vivieron al menos dos años.

Tenía buenos recuerdos de la selva. El río era el patio de la escuela; la iglesia, el sitio donde gamberreaban viendo a los mayores desplomarse mientras cantaban los himnarios de Mestre Irineu.

En Mapiá aprendió a tocar la guitarra.

Habían pasado unos años de eso. Ahora echaba de menos a sus padres. Tenía ganas de regresar a Uruguay.

Metió a Tito en el coche y se fueron a Jerez.

Raúl hacía tiempo que no conducía, y menos en un país extranjero.

Tenía que estar atento. Jerez, Cádiz, Algeciras y luego África. Adiós, España.

La ruta estaba desierta. Aún no había recorrido ni veinte kilómetros cuando vio a una mujer tendida en medio de la carretera, parecía inconsciente.

Frenó y fue a socorrerla, pero en ese momento apareció un hombre con una escopeta en las manos, apuntándole.

El hombre ordenó que salieran del coche. Raúl pensó que quería matarlos, pero, en vez de disparar, el hombre silbó, y de entre los setos salieron sus dos hijos. La mujer que estaba tendida en la carretera se incorporó y todos subieron al coche apresuradamente.

—Lo siento, amigos, lo hago por mi familia. Necesito su coche.

Arrancó el Opel Corsa a toda prisa con toda su prole dentro y abandonó a Raúl y Tito en medio de la nada.

—Dios los bendiga —dijo Tito—. Lo ves claro, ¿verdad Raúl?

—Sí, Tito, lo veo muy claro.

—Es maravilloso. Todo encaja. Es muy grande.

—Muy grande.

Raúl agarró de la mano a Tito y siguieron andando hasta Jerez.

Tito, por fin, estaba feliz. Era otro hombre, el Cielo le sonreía y él sabía muy bien por qué. Raúl le guiaba como si fuera el lazarillo de un ciego, intentando que no tropezara con nada ni se tirara por ningún barranco.

Sabía que Tito se sentía capaz de volar, pero en realidad no podía casi ni andar.

Llegaron a Jerez.

Anochece.



## XXX

De la simpatía de los andaluces ya no quedaba ni rastro. Esta se demuestra en los momentos difíciles, y los andaluces en situaciones extremas dejan de ser chistosos.

En Jerez, la gente literalmente se mataba por conseguir un pasaje a Marruecos. Pero esta vez no querían bajar al moro para pillar chocolate, esta vez iban a África para salvar la vida.

Los señoritos huían a caballo atropellando sin miramiento a las masas. Montados en corceles blancos, con sus sombreritos de terrateniente tronado, apartaban a las gentes a base de latigazos, como en los viejos tiempos. Las masas se mataban a golpes para llegar a las garitas donde se falsificaban pasaportes o títulos de refugiados políticos. La picaresca española en su máximo esplendor, todo el mundo engañando y robando a su prójimo. Los españoles mostrándose de una vez como verdaderamente son.

Raúl y Tito consiguieron subirse de milagro a un camión de refugiados que pasó a su lado y que por poco los atropella. Se encaramaron a un lateral, agarrados como podían a la lona que cubría la caja del camión.

Tal vez por suerte, tal vez por mala suerte, el camión se estrelló veinte kilómetros después contra un carrito de helados regentado por una señora coja que cruzaba lentamente la carretera.

Tito y Raúl estaban inconscientes cuando los pasajeros con heridas de mayor gravedad fueron evacuados en un camión de la Cruz Roja que se estrelló veinte kilómetros después contra esos típicos niños que corren detrás de una pelota y no se molestan en mirar cuando cruzan la carretera.

Murieron todos los pasajeros menos Tito y Raúl, que seguían inconscientes.

Fueron recogidos por un camión fúnebre que llegó a las afueras de Algeciras y tiró todos los cadáveres por un barranco.

Raúl se despertó rodando montaña abajo entre muertos. Se incorporó, se sacudió el polvo y despertó a Tito, que estaba literalmente colgado debajo de una señora gorda y un chirigotero con pinta de taxista que ya empezaban a pudrirse.

Raúl estaba muy desanimado, no veía la manera de escapar de España. Le daba la sensación de que estaban perdidos. Sin embargo, Tito seguía eufórico. El ciego de ayahuasca aún le duraba.

—Tranquilo, Raúl, todo encaja.

## XXXI

Al día siguiente estaban en Algeciras, frente a la valla.

Miles de personas tenían la misma intención que ellos, querían salir del país por el único lugar posible. Estaban rodeados de gente desesperada. La muchedumbre se apretaba frente a la frontera.

De pronto, Raúl vio a una niña entre la multitud con una nariz de payaso. Parecía ajena al caos que reinaba a su alrededor. Mientras los otros críos lloraban o chillaban, ella se mantenía serena, con una media sonrisa dibujada en su rostro. Raúl se acercó a ella, se llamaba Francisca.

## XXXII

Manuel y Juliana eran unos pintores argentinos que lideraban un colectivo artístico llamado Mondongo.

Habían viajado a España con su hija de siete años, Francisca, invitados por el Ministerio de Cultura. El museo Reina Sofía preparaba una exposición retrospectiva con buena parte de sus obras.

Pero dos días antes de abrir la exposición habían rechazado la propuesta del ministerio de pintar un retrato de Mariano Rajoy.

Esta negativa a pintar el retrato del célebre político provocó que el Gobierno español suspendiera la exposición.

Los echaron del hotel, les quitaron los pasaportes y fueron abandonados a su suerte en algún punto de una pista forestal entre Badajoz y Huelva.

Dos semanas después, y tras muchas penalidades, consiguieron llegar a Algeciras.

Ahora se encontraban apiñados entre la multitud de españoles que intentaban huir frente a las vallas que los propios españoles habían levantado años atrás para impedir el paso de los africanos.

Las vallas se habían convertido en su propia cárcel, eran infranqueables, llenas de púas y pinchos. Altísimas, niqueladas, electrificadas, una preciosidad, orgullo de los sistemas de seguridad de la Europa de antaño.

Los policías marroquíes y subsaharianos se lo pasaban en grande disparando a los pobres desdichados que conseguían saltar la valla.

Manuel, Juliana y Francisca estaban horrorizados, realmente era imposible escapar de España por ahí.

La niña estaba aburrída, por eso se había puesto una nariz de payaso.

Raúl miró a la niña emocionado, se puso la mano en el bolsillo y también sacó la nariz de payaso que le había regalado Tortell Poltrona.

—Hola, bonita. Mira, yo también tengo una nariz de payaso.

—Sí. La mía es igual que la tuya.

—¿De dónde la sacaste?

La gente los apretujaba, gritaban histéricos.

—Nos la regaló un payaso que se llama Tortell Poltrona. Es muy simpático.

—¿Conoces a Tortell Poltrona?

Entonces Raúl recordó las palabras de Tortell Poltrona cuando le regaló la nariz: «Cuando tengas un problema de vida o muerte, ponte esta nariz, ella te ayudará. Esta nariz, te lo aseguro, tiene poderes».

Tito, que estaba siendo aplastado literalmente por la muchedumbre, se estaba rascando los huevos con cara de felicidad, más tranquilo que nunca. Sus ojos estaban en paz. Miraba a algún punto perdido en el cielo con cara de extasiado.

—Todo cuadra ahora, por fin lo entiendo todo. Es maravilloso.

Raúl intentó sacarlo de su ensoñación.

—Ponte la nariz, Tito, esto te ayudará a verlo aún más claro.

Tito se puso la nariz y sin saber por qué empezó a reír como un loco. Reía de tal manera que Raúl y Francisca se contagiaron, y también empezaron a reír; primero les dio la risa floja, después a carcajada partida. Los tres se reían como locos.

Manuel y Juliana también decidieron ponerse las narices.

Entre la multitud de gente llorando, gritando de desesperación, ahí estaban los cinco riendo como locos en medio del apocalipsis y al borde del abismo.

De pronto, un agente de aduanas los vio con la nariz puesta.

Se acercó a ellos apartando la gente a golpes de culata con cara de enfadado.

—Disculpen, caballeros, ustedes cinco tienen que acompañarme.

Siguieron al policía sin dejar de reír hasta que entraron dentro de una garita de frontera.

Entonces el policía sacó del bolsillo otra nariz de payaso y también se la puso.

Estuvieron riéndose los seis como si la garita fuese una carpa de circo ajena al terror que sucedía fuera.

Finalmente, el policía se sacó la nariz y se la volvió a meter en el bolsillo. Entonces se puso serio.

—Bien, ustedes cinco podrán salir ahora. Cuando salgan de aquí, suban inmediatamente y sin mirar atrás a cualquiera de las dos pateras que aún quedan libres. Sobre todo, no se quiten las narices hasta que no estén en alta mar.

Salieron de la garita y se pusieron a andar los cinco metros que los separaban de la playa donde esperaban las pateras.

La multitud se apretujaba y a golpes intentaba subir desesperadamente a las pateras. Los policías los aporreaban e incluso disparaban sin mirar a quién. Los seis, simplemente, caminaban. Parecía que nadie los viera, como si fueran fantasmas invisibles con narices de payaso, ignorados por la ola de violencia.

Manuel, Juliana y Francisca subieron a la primera patera.

Raúl y Tito consiguieron hacerse un hueco en la segunda.

La travesía fue larga y penosa.

La patera de Manuel, Juliana y Francisca pudo ser rescatada por un petrolero canadiense.

Quince días después, los tres fueron repatriados a Argentina sanos y salvos.

La patera donde viajaban Raúl y Tito no tuvo tanta suerte y se hundió en el mar.

Nunca encontraron el cuerpo de Tito.

El cadáver de Raúl fue arrastrado misteriosamente por no se sabe qué corriente marina hasta las playas de Cabo Polonio.

Estaba todo hinchado y morado. Los peces ya se habían comido sus ojos.

El cuerpo de Raúl parecía el cadáver de uno de esos muchos leones marinos que cada día encuentras en las playas de Rocha.

Como ellos, los despojos de Raúl también comenzaban a ser parte del paisaje y los olores que conforman esa playa.

Los pocos habitantes que viven en Cabo Polonio en invierno decidieron dejarlo pudriéndose allí, para que definitivamente se convirtiera en parte de la playa que le vio crecer.

En tiempos de violencia, los hombres buenos son los primeros en morir.

© Albert Pla i Álvarez, 2015

Publicada de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Primera edición en este formato: noviembre de 2015

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-16306-05-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.